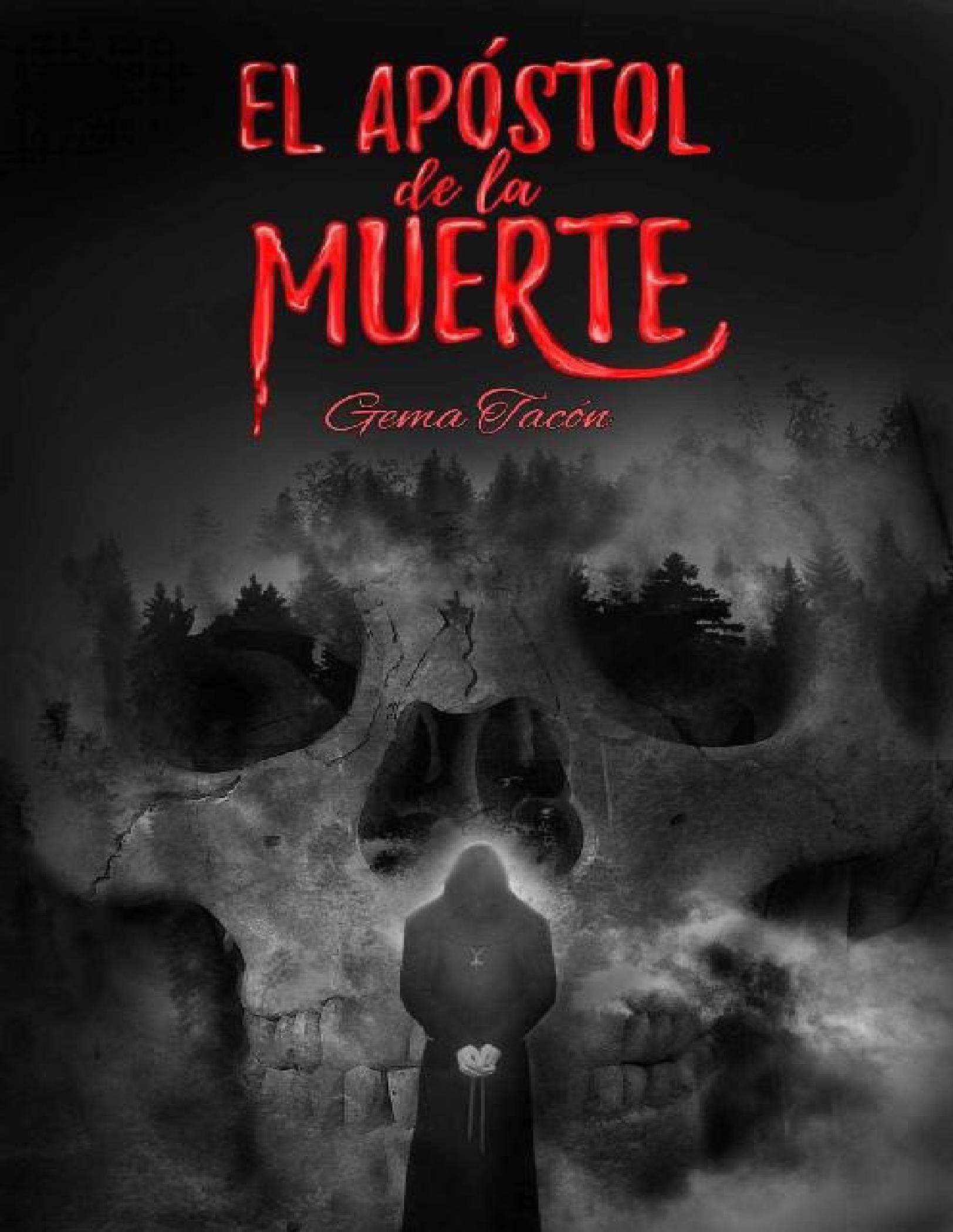


EL APÓSTOL *de la* MUERTE

Gema Jacón



El Apóstol de la muerte

Gema Tacón

Primera edición: Febrero © Gema Tacón, 2019

Portada © Mónica Gallart, 2019

Corrección: Noelia Medina

Maquetación: Gema Tacón

Todos los derechos reservados

ISBN: 9781797096636

Impreso en España Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

Índice

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[CATORCE](#)

[QUINCE](#)

[DIECISÉIS](#)

[Glosario de nombres](#)

[Glosario de Lugares](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

*Todos tenemos derecho a caer,
lo que hay que saber es hacerlo el
tiempo suficiente como para que
ayude a llegar más lejos al
impulso que venga a continuación.*

Gema Tacón

Prólogo

UN DÍA CUALQUIERA, y por casualidad, me topé con un lugar pequeño, acogedor y, para mi punto de vista, mágico. Tal vez porque fusionaba mis dos grandes pasiones: los libros y el café. Así que hablé con su encargada para proponerle realizar algún evento literario. Más tarde descubrí que quien servía aquellos cafés y se encargaba de que no faltaran libros lo hacía siempre con una sonrisa, por muchas cosas que aguardara. Entonces comprendí que La Buhardilla no era mágica solo por lo material. Así entró en mi vida Gema Tacón. Después reconoció que, había tenido la cara tan dura de hablarle sin conocerla y montarme un encuentro de autores, que le hizo gracia y aceptó. Cara dura, yo... Siempre habla un cojo.

Fue mejor conocerla como persona antes que escritora, porque así fue capaz de conmocionarme con cada una de sus facetas literarias. Primero descubrí ¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices?, con la que solté carcajadas y me lo pasé de rechupete. Pero siendo sincera, era su estilo, sus bromas, sus locuras... Era su esencia. No obstante, llegó a mis manos *El último susurro*, y ahí sí, me desarmó. Fue un *thriller* que cambió mi vida. Escrito con maestría y hablándonos de algo que hasta entonces desconocía y que ahora es una parte más de mí, gracias al descubrimiento del ASMR. Tras esta historia, el porcentaje de personas que comenzaban a conocerlo creció, por lo que no solo se benefició de su propia originalidad, sino que ayudó a los demás. Muy de Gema eso de dar todo por poco que tenga, incluso de manera inconsciente.

Y ahora está aquí otra vez, deleitándonos con un nuevo caso de la inspectora Warne y su equipo. Y tú, lector, al igual que yo —privilegiada por haberlo descubierto poco a poco mientras lo creaba—, terminarás con ganas de más. De nuevo llegan las dudas, el preguntarte constantemente quién será, quién no, ¿estará jugando Gema con nosotros, haciéndonos creer que puede ser para luego llevarnos un chasco? Ya ni hablemos de ese romance que, como la anterior vez, nos trae de cabeza. Cuando pienses que algo saldrá como tú esperas, ¡pum!, va ella y le da la vuelta. Parece que la estoy viendo disfrutando desde su casa mientras le da a la tecla y piensa: «Que se jodan las del romance, ahí lleváis». Y la pluma..., delicada y sencilla a la vez; sobria

pero casual, haciéndote soltar una carcajada en el momento más inesperado, en ese que tu cuello sufre más tensión por una escena de incertidumbre que rompe con un comentario que se sale del tiesto. Esa es la magia de su autora y de *El Apóstol de la Muerte*, que el engranaje de la cabeza no deja de funcionar durante su lectura. Así que felicidades, porque pocas son las obras que hoy en día siguen consiguiendo tantas cosas a la vez.

Te doy la bienvenida a una lectura que devorarás y que te hará llevarte las manos a la cabeza cuando acabe.

Y a ti, Gema, las gracias por seguir creando, por seguir soñando, por seguir luchando. Porque al igual que en tus novelas, en el momento más enigmático, el peor, en el que no sabes qué ocurrirá justo después o si ya ha llegado la hora de tocar fondo..., aparece algo que se sale del tiesto, te hace sonreír y, de nuevo, flotas.

Noelia Medina

Uno

DESDE QUE RESOLVÍ mi último caso no había vuelto a tener nada lo suficientemente interesante como para que el corazón se me acelerase de nuevo. Estaba en un punto en la relación con Joseph de estancamiento total, digamos que tendríamos que dar un paso más para que aquello no terminase. Ser su jefa no ayudaba demasiado y, desde que nos fuimos a vivir juntos, de lo único que hablábamos era sobre el trabajo o de a quién se le había olvidado meter las botellas de agua fría en el frigorífico. Hasta esa mañana, justo cuando la nueva agente de la comisaría, con curvas despampanantes, rubia, de ojos azules, y dolorosamente parecida a Clea, entró como una exhalación en mi despacho, arrojando un dossier sobre la mesa e interrumpiendo mi partida del Buscaminas en mi viejo ordenador.

Hacía tiempo que Rich había cambiado todos los aparatos de la comisaría, sin conseguir que soltase mi antigualla. Si alguna vez tenía que hacer algo más importante que eso en aquel cacharro, bajaba a verlo y así salía de las cuatro

paredes que cada día me iban asfixiando más y más. A veces me preguntaba si aceptar la propuesta de Dupín y ocupar este puesto fue buena idea.

—¡Algo no cuadra y creo que tiene que saberlo! —vociferó alterada—. ¡Hay un asesino en serie de mujeres en la ciudad y nadie está haciendo nada para detenerlo!

Mis ojos pasaron del asombro a la confusión, hasta que segundos después entró Joseph visiblemente incómodo. Creo que su objetivo era haber detenido a la chica antes de que entrase en el despacho, pero lo de correr nunca fue su fuerte.

—Ya le he dicho que no hay pruebas suficientes como para realizar tal afirmación.

No pude esconder una sonrisa al verlo intentando guardar la compostura. La novata era su nueva compañera y la noche anterior me divertí preguntándole si alguna vez soñaba con ella ligera de ropa. A lo que este contestó con evasivas y girándose para dormir. ¡Joder, hasta yo misma me había imaginado a la rubia sin sujetador!

—¿Me explicáis qué sucede? —pregunté. Agarré los papeles y comencé a

leerlos mientras los dos policías titubeaban.

Se trataba de distintas denuncias por la desaparición de cinco mujeres. Lo que me resultó extraño fue que no hubiese ni una foto en ellas y que ninguna existiese realmente según la base de datos. Aquello hizo que el caso llamase mi atención.

—Estoy segura de que sucede algo —insistió ella.

—¿Podemos llamar a los denunciantes a declarar? —le pregunté a Joseph, quien justo antes de rebatirme rodó los ojos sabiendo que cuando me entusiasmaba con un caso, por muy alocado que este resultase, era imposible hacerme cambiar de opinión.

—Sí, Warne, podemos llamarlos de nuevo. —Cuando estábamos a solas me decía Kate, pero delante de otros compañeros para él era la Capitana Warne, por mucho que le molestase que fuese yo la que llevase los pantalones, tanto en casa como en el trabajo.

Si había algún ápice de posibilidad de que Grace, así se llamaba la rubia, estuviese en lo cierto, tenía que investigarlo o recaería sobre mis hombros, y después del Silenciador de Susurros no quería tomarme nada a la ligera. Bueno, eso y que mi vida era completamente soporífera y un poco de entretenimiento o incluso acción me irían bastante bien. Tras el ascenso me uní a la ley Seca y había días en los que me subía por las paredes. Intentaba suplir la carencia de alcohol con nicotina y las yemas de mis dedos comenzaban a amarillear como si fuese un abuelete. Si soy sincera, sin la ayuda de Joseph no habría conseguido dejarlo, pero estaba a punto de entrar en los cuarenta y mi vida se estaba convirtiendo en una rutina de la que a veces me preguntaba si lograría escapar.

Cuando se marcharon me puse una merecida taza de café y decidí ojear los papeles que me acababan de traer.

—¡Capitana! —gritó Grace entrando en mi territorio sin llamar a la puerta, dándome un susto de muerte y haciendo que me tirase el maldito café encima de la blusa azul—. ¡Lo siento, no era mi intención!

—¿Sabes lo que es llamar a la puerta?

—Disculpe, Capitana, pero he conseguido localizar a uno de los denunciantes y viene hacia aquí, quise avisarla.

La ignoré prefiriendo no abrir la boca para que no comenzasen a salir sapos y culebras de ella. Era imposible que lo hubiera logrado tan rápido. Si algo me habían enseñado estos años era que nada ocurre por casualidad y que aquella tunanta ya había estado intentando contactar con alguno de ellos por

su cuenta. Me levanté y me marché en dirección al baño dejándola de pie bajo la puerta sin siquiera mirarla.

Mientras caminaba enfadada por la mancha, recordé que hacía un año esa tontería no me habría importado en absoluto. Me sentí como una desconocida y bajé a ver a Rich, él siempre conseguía sacarme una sonrisa cuando más lo necesitaba.

Mi informático favorito estaba de espalda, ensimismado, mirando las tripas de un viejo ordenador. Me aproximé lentamente para asustarlo y, justo cuando estaba a punto de ponerle la mano en el hombro, un puntero rojo se fijó directamente en mi frente dejándome paralizada y un poco aterrorizada.

—¿Pensabas que por muy jefa que seas ahora te iba a dejar seguir provocándome mininfartos cada vez que te venga en gana? —se burló, dándose la vuelta en la silla giratoria y poniendo cara de interesante—. Última tecnología, señorita, he creado la alarma antiKates.

—Muy gracioso —me quejé, intentando parecer enfadada sin lograrlo.

—A ver, suéltalo, ¿qué quieres?

—¿Por qué se supone que tengo que querer algo?

—Porque estás aquí...

—*Touché*. Vale, sí. La rubia nueva piensa que hay un asesino matando a diestro y siniestro a mujeres que no existen y quería que me ayudases a documentarme un poco antes de que llegue uno de los testigos.

—Creo que no te sigo.

—Me he dejado los papeles arriba, sube conmigo y lo vemos.

Rich me acompañó a regañadientes quejándose de que, si lo tuviese todo informatizado, tal y como me dijo, no tendría que andar diez metros de más. A veces creo que cualquier día se olvidara caminar. Nos cruzamos con un hombre alto, con gabardina marrón que se cubría la cara con el cuello de esta.

La puerta de mi despacho estaba abierta y los papeles que Grace me acababa de traer colocados sobre la mesa uno tras otro, perfectamente puestos como para fotografiarlos. Corrí detrás el desconocido pero, para cuando quise darle caza, ya había desaparecido misteriosamente del edificio. Rich se llevó una copia del dossier y me prometió investigarlo. Cuando me dirigía a seguridad a comprobar si el hombre salía en las cámaras, Joseph y Grace aparecieron tras de mí.

—Warne, el señor John Walker está en la sala de interrogatorios —me informó Joseph con desgana. Tendría que dejar la tarea de encontrar al fisgón para cuando terminase.

Delante de mí había a un señor de unos cincuenta años, con nariz aguileña, párpados caídos, ojos oscuros, pelo cano y complexión robusta, que no paraba de sudar, pese a que la temperatura de la sala no era para estar en esas condiciones. Me senté frente a él sabiendo que Joseph y Grace nos observaban desde detrás del espejo.

—Le agradezco que haya acudido tan rápido, señor Walker.

—¿Han encontrado a Elizabeth Maguie?

—Lamentablemente no hay nadie que responda a ese nombre ni a esa descripción, caballero. Por eso necesitaba que me diese usted algún dato más.

—Sabía que algo no andaba bien. ¡Lo sabía! —vociferó dando un golpe en la mesa.

—Si fuese un poco más explícito, a lo mejor hasta me entero de lo que habla. —Sí, reconozco que le estaba vacilando, pero es que no era para menos. Comencé a pensar que Joseph estaba en lo cierto y que aquello era una pérdida de tiempo.

—Creo que ha sido un error —agregó incorporándose—. Siento mucho el malentendido.

—¿Sabe que poner una denuncia falsa es un delito? —El hombre se sentó otra vez y me miró a los ojos.

—Señora, estoy casado, y esa mujer entró en mi vida cuando más lo necesitaba. No debí hacerlo, pero sucedió, y de pronto ha desaparecido sin dejar ni un mensaje. Ella no es así, o yo pensaba que no, tampoco la conozco tanto. Después de lo que me ha dicho me estoy replanteando que sea un ardid de mi esposa para dejarme sin nada.

Realmente aquel sinvergüenza me dio pena y lo dejé marchar, sudando más todavía de lo que estaba cuando llegó.

—¿Y ya está? ¿Se va sin más?

—Grace, yo cuando empecé y tenía tu edad también veía fantasmas donde no los había.

—Pero ¿y las demás?, ¿también son fantasmas?

—¡He dicho que se acabó!

Grace salió dando un portazo, dejándome mirando al espejo donde sabía que estaba Joseph, que apareció a los pocos segundos.

—No se lo tengas en cuenta, me recuerda demasiado a alguien —dijo intentando aplacar mi ira.

Me quedé hasta tarde en la comisaría con la excusa de que tenía papeleo que terminar. En cuanto Joseph se hubo marchado, corrí al bar de la esquina

que tanto me gustaba. Ese que olía a madera añeja y a tabaco. Era de los pocos bares clandestinos en los que aún se podía fumar. Me senté en la barra y pedí una cerveza. Tenía la televisión justo enfrente emitiendo imágenes sin sonido cuando de pronto me pareció ver de pasada al hombre con el que me topé en el pasillo. Debajo de él se deslizaban unas letras que decían:

«*Asesino en serie de mujeres*».

Lo leí cuando le di el primer y merecido trago a la cerveza después de no sabía cuánto tiempo y, como resultado, lo escupí entero a un lado.

—¡Si lo sé no me disculpo!

—¿Qué diantres haces aquí?

—Te he seguido. —La cara de Grace estaba roja y empapada por completo.

—Creo que estamos en paz —le recordé señalándome la mancha de café—. Espero que no hayas sido tú la que ha filtrado esa información a la prensa o vas a tener que ir acostumbrándote a estar mojada y con olor a cerveza para tu próximo trabajo.

Le pedí el mando al camarero y aumenté el volumen. El tipo, definitivamente, era el mismo que había estado en mi despacho. Dio todos los datos de las supuestas desaparecidas y puso a la comisaría del distrito Cuatro por los suelos, encargándose de decir bien alto mi nombre. Juro que iba a matar a ese tipo.

—Le prometo que no he tenido nada que ver.

—Más te vale. ¡Vamos!

—¿Adónde?

—A detener a ese hijo de mala madre —le ordené dejando allí mi ansiado elixir dorado y cogiendo a la novata del brazo.

Odiaba tener compañeros, pero ya que estaba allí no iba a dejar que le fuese con el cuento a Joseph de que me había visto bebiendo, ya me sentía demasiado culpable aún sin haberlo hecho, no quería ni imaginar su cara de decepción si se enteraba.

Le dije a Grace que buscara desde dónde se acababa de retransmitir el programa del susodicho mientras yo ponía la sirena en el techo del coche y conducía como si nos dirigiésemos a un incendio. Cuando llegamos a la entrada de los estudios de grabación, el enchaquetado y satisfecho ladrón de documentos estaba saliendo de las instalaciones con la misma sonrisa estúpida que se tiene después de haber echado el polvo de tu vida. Frené justo delante de él, me acerqué y lo agarré por la espalda golpeándolo con el capó,

estrujándole la cara contra el cristal. Al otro lado de este podía ver el rostro desencajado de Grace, aún dentro del vehículo.

—¡Tiene que leerme mis derechos! ¿Qué he hecho?

—Tienes derecho a callarte la puta boca, tienes derecho a un abogado de mierda y, si no puedes permitirte, ya te lo pagarán el resto de los ciudadanos a los que acabas de acojonar con ese reportaje.

—¡La gente merece saber la verdad! — gritó girando la cara y dejando al descubierto una enorme cicatriz bajo un ojo, lanzándome una sonrisita que me enervó todavía más de lo que ya estaba.

Le tiré con fuerza de las esposas y lo incorporé escuchando cómo crujía su hombro.

—Grace, ¿acabas de ver lo que me ha hecho? —preguntó con total naturalidad a mi compañera.

En el instante en el que oí que los dos se conocían, mi enfado aumentó hasta casi echar humo a modo de olla exprés y miré a Grace con ganas de asesinarla. Esta se puso la mano en la frente y suspiró ruidosamente.

—Muchas gracias, capullo —le respondió sin moverse ni un milímetro.

En cuanto llegamos a la comisaría, lo introduje en la sala de interrogatorios, cerré la puerta y cogí a la rubia chivata del cuello de la camisa.

—¿Sabes que tengo dieciocho llamadas perdidas del alcalde? ¿Y qué te vas a comer este marrón tú solita? ¿Quién cojones es este indeseable?

—No sabía que haría eso, lo juro.

—Creo que ya me juraste algo parecido antes...

—Vale, sí, se lo dije, pero estaba borracha, estábamos en la cama y no sabía que era periodista, y menos que lo fuese a decir en directo. ¡Tienes que creerme!

Por un momento me volvió a recordar a mí misma hacía algunos años y a mi maldita mala suerte con los hombres y se me pasó un poco el enfado.

—No se te ocurra moverte de aquí.

Entré con ganas de arrancarle la yugular a aquel energúmeno oportunista.

—La chica no tiene la culpa de nada, asumo toda la responsabilidad.

—¿Ahora te haces el héroe? —bramé dando un puñetazo en la mesa justo cuando Grace entró—. ¡Te he dicho que no te muevas de allí!

—Lo sé, pero es muy importante. Tienes que atender una llamada —respondió poniendo ojos de cordero degollado intentando que le perdonase la vida.

—Salvado por la campana. Pasarás aquí algún tiempo, ponte cómodo.

—¿De qué se me acusa?

—De venir a tocarle los ovarios a la persona menos indicada.

Grace me pasó temblorosa el teléfono.

—Capitana Warne, soy Elizabeth Cochran. Creo que ha habido un grandísimo error. No ha desaparecido ninguna mujer.

Mi interlocutora hablaba casi en susurros con la respiración entrecortada.

—¿A qué se refiere?

—Por teléfono no me atrevo a decirle nada, es peligroso, no quería meter a nadie en todo esto. Lo siento de veras. Solo pretendía que la verdad saliese a la luz. La policía está implicada. Veámonos ahora en Tom`s Tavern —agregó colgando y dejándome con la palabra en la boca. El sitio era una casa antigua a las afueras, transformada en garito donde se podía escuchar música y estar tranquilo sin que nadie te molestase. Había ido en alguna ocasión hacía años, cuando quería desconectar.

—Te vienes conmigo.

—Pero ¿y el reportero?

—Pasaré la noche en el calabozo y mañana ya se le habrán bajado los humos. Primero tenemos que ir a ver de qué está hablando esta mujer.

—¿Y si es una broma? ¿Y si lo ha visto en la tele y quiere su momento de gloria? —Grace tenía razón, pero mi intuición me decía que había que ir a verla.

Sin saber a quién buscábamos y ningún otro dato que nos ayudase a contactar con nuestra interlocutora, una vez allí tan solo nos quedaba esperar a que ella se acercase a nosotras. Nos pusimos en la barra aguantando las poco discretas miradas del resto de clientes y pedimos dos cervezas sin alcohol. Me preguntaba cuándo había comenzado a ser demasiado obvio que era poli.

Una hora después y varias birras tomadas casi de un trago, mi paciencia comenzó a agotarse, pero me negaba a darle la razón a la tetona y aguanté otros treinta minutos más hasta que me di por vencida.

En cuanto regresamos a comisaría bajamos a ver a Rich.

—Rich, necesito que me busques a alguien y que me digas qué número tiene y dónde está —le mandé entrando por la puerta, con Grace pisándome los talones y una sonrisa de «te lo dije» dibujada en la cara.

—Hola, buenas noches, me alegro de verte. Sí, claro, por supuesto, ahora mismo, no tengo nada que hacer en todo el día, tan solo aguardaba a que

vinieras para cumplir tus deseos —respondió irónico a la vez que se giraba e iba bajando el tono de pitorreo a medida que sus ojos se fijaban en los de Grace y se daba cuenta de que no estábamos solos.

—Rich, es importante. Haz tu magia y encuentra a una tal Elizabeth Cochran en la base de datos —añadí.

Comenzó a mover los dedos en el teclado como si fuese el mismísimo Flash y, a los treinta segundos, de su impresora salió la ficha de la desconocida.

—Elizabeth Cochran. Mujer de treinta y cinco años. Nació en Pensilvania. Profesión, periodista. Detenida por alteración del orden público en una manifestación —leyó en alto Rich, orgulloso—. Ahí tienes el número de teléfono y su dirección. ¿Algo más para salvarte la noche, jefa?

—¡Eres el mejor! —respondí dándole un sonoro e inapropiado beso en la frente que lo dejó encendido cual luciérnaga nocturna, y a Grace detrás de mí riendo a carcajadas.

—No me lo digas, vamos a su casa.

—Efectivamente, mi querida Grace —le confirmé imitando a mi amado Sherlock.

Tras llamar varias veces y que nadie abriese, miré a Grace y puse cara de terror.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—¡Eso! Hay alguien dentro pidiendo ayuda desesperadamente —concluí pegándole una patada a la puerta y rompiendo la cerradura—. ¡Hala! Parece que me he equivocado, sería el gato. —Adoraba usar ese truco y más con una novata al lado para serle de mala influencia.

La casa estaba perfectamente ordenada. Tenía libros por todas partes y una minitelevisión sobre una mesita en un rincón del salón. Continuamos buscando algo que nos dijese dónde podía estar Elizabeth, sin hallar nada que resultase sospechoso, hasta que subimos las escaleras que daban a la buhardilla de la casa. Había una gran mesa como las de maquillaje de los camerinos, pelucas de todos los colores y un perchero metálico con prendas de distintas tallas y gustos. Incluso en una esquina sobre unos maniquís se veía relleno del que usan los actores cuando quieren aparentar ser más gruesos en alguna película. Grace y yo nos miramos extrañadas y seguimos figoneando.

—Warne, mira esto.

Grace estaba de pie en la parte trasera del espejo del gigante tocador que se encontraba a casi un metro separado de la pared. Allí había fotografías de distintas mujeres, las mismas que según nuestras denuncias habían desaparecido, pero que en realidad no existían. El teléfono me sonó insistente.

—Nos vamos, luego regresaremos. Han encontrado al hombre que estuvo en comisaría denunciando la desaparición.

—¿Cómo que lo han encontrado?

—Está ardiendo en su patio trasero, los bomberos continúan intentando apagarlo.

DOS

JOSEPH YA ESTABA en el lugar esperando, con una cara, mezcla de dormido y desorientado. Se suponía que me iba a quedar trabajando y no estar media noche de cacería con la nueva.

—¿Me cuenta alguien qué está pasando?

—El hombre que vino antes por la desaparición de una de las mujeres de la lista está ardiendo en su jardín —respondió Grace con poco tacto.

—Grace, creo que eso lo ha visto él solito —indiqué volviendo los ojos.

De pronto un coche aparcó frente al camión de bomberos y de él salió una mujer de unos cincuenta años, con un traje rojo, demasiado estrecho para su edad, y unos tacones con los que casi se rompe la crisma al correr por el césped. La adelanté para detenerla suponiendo saber de quién se trataba.

—¡Es mi casa! ¡Déjeme pasar! ¡Mi marido está dentro!

—Señora, su marido no está dentro de la casa —le informé logrando captar su atención—. Siento comunicarle que ha fallecido. Cuando consigan apagarlo, tendrá que identificarlo.

—¡Kate! —me gritó Joseph, pero ya era demasiado tarde, la mujer se acababa de tirar de rodillas al suelo y estaba mirando entre embelesada y aterrorizada el humo que salía de su patio, llorando desconsolada—. ¿Se puede saber qué narices te pasa?

Ignoré a Joseph y me reuní con el equipo de forenses que analizaba la escena. Grace me siguió cual perrito faldero, después de la cagada con el periodista le tocaba lamerme el culo. A medida que nos íbamos aproximando, el olor a carne quemada era más notable en mi sentido del olfato y casi de mi estómago. La carne quemada, ya sea de vaca, de cerdo o de humano, huelen exactamente igual y yo no había cenado.

—¿Qué tenemos? —pregunté a uno de ellos. Desde que Clea murió, no había vuelto a mantener ninguna relación de amistad con otro forense, ni pensaba hacerlo. Creo que me tenían puesto entre ellos más de un apodo poco cariñoso, pero en realidad me daba exactamente igual.

—Es un homicidio. Lo han atado a una silla y le han prendido fuego. Han usado un acelerante bastante fuerte porque nos está costando apagarlo más de lo que pensábamos. Lo raro es lo que hemos encontrado dentro de la vivienda.

Seguimos a aquel escurridizo muchacho hasta la puerta de cristal que comunicaba el salón con el jardín, desde allí se vislumbraba una mujer rubia sentada en el sofá mirando atenta, sin parpadear, la improvisada barbacoa.

—¿Habéis hablado con ella? ¿Está bien?

—Me temo que no lo comprende. Creo que debería verla de cerca, Capitana —me aconsejó el huesudo.

Efectivamente, tenías que estar a menos de un palmo de distancia para darte cuenta de que aquello no era ninguna persona, sino un maniquí terroríficamente bien hecho, colocado en esa posición específica como si estuviese de espectador en una película gore. Si la observabas de cerca había algo que no terminaba de cuadrar en aquella muñeca y, por desgracia, me resultaba demasiado familiar. Me puse a temblar, me entraron náuseas, mi corazón se encogió y empecé a quedarme sin aire. Necesitaba salir de allí, gritar, correr, algo, lo que fuera. Me tapé la boca con la mano intentando soportar una arcada y me fui al patio en donde el olor a quemado, aunque parezca mentira, se había incrementado al mezclarse con el agua. Y fue imposible. Corrí para no estropear el escenario del crimen. Si Clea hubiese estado allí jamás me lo habría perdonado, y terminé vomitando detrás de unos setos.

—Kate, ¿estás bien? —Joseph me había puesto la mano en la espalda y aguardaba preocupado a que fuese capaz de incorporarme.

—¡Ha vuelto! —le grité con un ataque de pánico.

—¿Quién, Kate?

—¡El silenciador! Está cogiendo trozos de sus víctimas otra vez —le susurré al oído para que nadie más se enterase.

—Kate, murió, ¿lo recuerdas?

—Ha muerto dos veces, puede hacerlo una tercera.

—¡Grace! —gritó Joseph—. Continúa sola, me llevo a la Capitana, no se encuentra bien.

—No pienso irme a ninguna parte —respondí limpiándome la boca con la manga de la chaqueta y entrando de nuevo en el salón con paso firme, bajo la mirada de todos los presentes—. ¡Tú! Ven aquí y analiza el material de esas pestañas.

—¿Señora? —El pobre tuvo la osadía de llamarme «señora».

—¡¿Quieres pasarte el resto de tu vida examinando ratas de alcantarilla?! —El forense corrió e hizo exactamente lo que le había ordenado. Al retirar lo que se suponía que eran pelos postizos se despegó también un trozo de piel de párpado humano que estaba adherido al ojo del maniquí, dejando un pequeño rastro de sangre tras él—. ¡Que sea la última maldita vez que intentas evitar que haga mi trabajo! —grité a Joseph. Sabía que no era posible que se tratase de la misma persona, pero por un instante dentro de mi cabeza todo se reavivó como si nunca hubiese acabado y sentí algo que detestaba: Miedo—. ¡Grace, te vienes conmigo!

—Pero, Kate... —comenzó a decir Joseph hasta que le lancé una mirada asesina. El pobre bajó la vista y salió de allí moviendo la cabeza de un lado a otro. Sabía que luego me arrepentiría por tratarlo así, pero ahora mismo me daba exactamente igual lo zorra que pudiese parecer. Quería respuestas y las quería ya.

Conduje lo más rápido que pude a casa de la tal Elizabeth, Joseph se encargaría de decirnos a quién pertenecía el trozo de piel. Ahora mismo tenía que mantener mi mente entretenida si no quería regresar al psiquiátrico de nuevo.

No podía quitarme de la cabeza la imagen de John Walker en la sala de interrogatorios tan solo unas horas antes. El pobre hombre estaba preocupado por una mujer que casi seguro lo había quemado vivo. Porque si me paraba a pensar la única sospechosa y nexa que teníamos era Elizabeth, como quisiera que se apellidase. Encontrarla era la clave para descubrir qué demonios estaba sucediendo.

La puerta de la casa estaba completamente abierta, estaba segura de que antes de irnos la había dejado encajada. Miré a Grace y le hice señas para que sacase su pistola y anduviese detrás de mí. Fui lo más sigilosa que pude hasta que la patosa que llevaba cubriéndome la espalda le dio una patada a una mesa. En el salón, una figura se volvió en la oscuridad.

—¡Alto o disparo! —le advertí, pero huyó por la puerta que daba al patio

trasero haciendo caso omiso de mis palabras—. ¡Corre! —chillé a Grace. Lo seguimos de cerca por el patio, pero quien quiera que fuese nos sacaba la ventaja de los metros del salón. Estaba casi segura de que era un varón. Sin esfuerzo saltó una valla que separaba la casa de la calle. Grace intentó imitarlo quedándose a medias y dándose de bruces contra el asfalto. En cuanto vi la dirección que tomaba atajé por la parte lateral, le hice un placaje de película de acción y caí encima de él derribándolo. Le di la vuelta sin que opusiese resistencia, para mi sorpresa, le coloqué las esposas y lo levanté de un puñado. Sabía que no era ético, pero si no lo hacía terminaría mordiéndome la lengua y envenenándome, y aún no quería morir. Miré a una sorprendida Grace todavía espatarrada en la valla, con una pierna por encima y el resto del cuerpo en el frío cemento, le sonreí y me burlé—. ¡Novata, con menos culo también se caga y se coge mejor a los malos!

La chica puso cara de haberse comido un kiwi verde, conteniendo una respuesta, de seguro nada adecuada para la diferencia de rango que teníamos, y se levantó como pudo siguiéndonos al interior de la vivienda. A la luz el magullado hombre no estaba nada mal, algo bajito, pero la estrecha camiseta revelaba los músculos que tenía tanto en los brazos como en los abdominales. Era evidente que era sudamericano y que parecía que estuviese a punto de echarse a llorar. Lo senté en el sillón y le pedí a Grace que le trajese agua.

—Gracias, señorita —le agradeció tembloroso.

—¿Dónde está Elizabeth Cochran?

—Aquí, señora. —Oí la risita tonta de Grace.

—¿Aquí? —preguntó la novata.

—Sí, aquí vive, señorita. —Juro que como ahora me dijese a mí «señora» iba a sacar la pistola y metérsela en la boca...

—Vale, empecemos por algo un poco más fácil. ¿Cómo te llamas?

—Pedro Pablo, pero todos me dicen Pepe. —Grace y yo nos miramos—. Por las dos «pes», se...

—A ver, Pepe, ¿qué hacías aquí y por qué has intentado escapar? —le interrumpí antes de que acabase la puñetera palabra.

—Me ha asustado. Estaba buscando a la señorita Eli, no la he visto hoy.

—Vas a tener que venir a comisaría con nosotras —lo avisé.

—¿Me van a detener?

—No, tan solo quiero que veas unas fotografías —lo tranquilicé, le quité las esposas y nos fuimos los tres al coche.

El tal Pepe no tenía más de treinta y pocos años. Por el espejo retrovisor vi cómo rezaba, no recordaba el tiempo que hacía que yo no iba a una iglesia o hablaba con el altísimo, pero desde que «murió» mi compañera, mi fe cayó un poco en decadencia.

Cuando estábamos a punto de entrar en la sala de interrogatorios nos cruzamos con Joseph que me miró cabizbajo. Me detuve y le puse una mano en el hombro, mi forma de pedir perdón era un tanto peculiar, pero las palabras nunca fueron lo mío y él lo sabía. En el momento en el que notó mi roce sonrió y se le iluminó la mirada como a un niño con un juguete nuevo. A veces me preguntaba qué hacía una bellísima persona como él conmigo.

—Los bomberos han sacado muestras de todo y lo han mandado a analizar, en pocas horas tendremos algunas respuestas. ¿Quién es?

—Me temo que nadie que nos valga para nada, pero ahora mismo no tengo a nadie más para interrogar. Consigue localizar al resto de los hombres que han denunciado la desaparición de esas mujeres. Puede ser que este sea un caso aislado, pero prefiero no precipitarme. Dile a Rich que salga de su agujero, necesitamos su ayuda en esto. Quiero la dirección, trabajo, y hasta la talla de calzoncillos de esos hombres y que siga intentando dar con Elizabeth Cochran.

—Ahora mismo —respondió complaciente. Cuando se volvió le di un pequeño pellizco en el culo y le guiñé un ojo antes de entrar en la habitación. Grace ya había comenzado a hablar con él y se le veía mucho más relajado hasta que entré yo.

—¿Cómo vais?

—Bien. Pepe me estaba contando que conoce a Elizabeth del voluntariado de beneficencia. Los dos van a un albergue algunos días a la semana para dar de comer a indigentes. Habían quedado allí y ella no apareció.

—¿Tenían una relación íntima, Pepe?

—No, en absoluto, yo siempre he respetado a Elizabeth.

Aquello me estaba empezando a parecer una pérdida de tiempo así que lo mandé a su casa con la promesa de avisarlo si sabíamos algo nuevo, y él nos juró y perjuró que haría lo mismo.

Rich estaba en mi despacho esperándome con un montón de papeles.

—¡Y el conejo salió de su madriguera! — se mofó Grace.

—¿Tú también? —protestó.

—Tiene una buena maestra. Centrémonos. ¿Qué tenemos? —le apuré.

—Por ahora no mucho más que hace un rato. El quemado es John Walker, dueño de una empresa inmobiliaria varias veces puesta en entredicho por usar materiales de segunda y vender las viviendas a precio de oro, pero aparte de ser un estafador sin demostrar, poco más —leyó Rich en alto cuando entró Joseph.

—Los forenses han sacado muestras de ADN y han encontrado una coincidencia. Se trata de Thomas Midgley —informó este.

—¿Y tengo que saber de quién se trata porque...?

—Capitana, es otro de los que han venido en estas semanas a denunciar la desaparición de una de las mujeres Doe —explicó Grace que sí que se había empapado el caso de memoria.

Rich cogió su miniordenador portátil, se sentó en mi silla y agregó:

—Thomas Midgley es el dueño de la empresa de eliminación de residuos peligrosos más importantes del condado. Está divorciado, tiene cincuenta años y vive solo.

—Pues mucho me temo que ya va a reciclar poco —dije olvidando que el resto de las personas tenían más empatía que yo por los posibles muertos y recibí una merecida mirada de desaprobación por parte de Joseph—. Rich, quédate y busca al resto de los hombres, a partir de ahora son posibles víctimas. Joseph, ve a meterle presión a los forenses para que encuentren algo que relacione el cadáver con Elizabeth Cochran, mientras Grace y yo iremos a buscar lo que quede de Midgley.

Primero no dirigimos a su domicilio, allí nos abrió una somnolienta criada que aseguró que su jefe no había pasado por allí esa noche, pero que

no se había preocupado porque a menudo solía quedarse a dormir en el trabajo.

—¿Qué piensas? —me preguntó Grace.

—Pues creo que hay algo que une a estos hombres con la tal Elizabeth y que si no nos damos prisa tendremos un montón de cuerpos esparcidos por la ciudad.

La empresa de reciclado se encontraba cerrada y el guardia de seguridad nos aseguró que Midgley se había ido al mediodía. Estábamos en un callejón sin salida, lo único que podía hacer era intentar encontrar la relación entre ellos, y la forma de hacerlo era conocer mejor a nuestra supuesta asesina.

La noche ya había sido lo suficientemente larga y decidí seguir por la mañana.

Estaba bien trabajar con Grace. Aunque no lo dijese en voz alta, volver a las calles, a la acción y sobre todo alejarme de Joseph, era lo que necesitaba.

Mandé a una patrulla a vigilar la casa de Elizabeth por si regresaba, dejé a Grace en comisaría para que recogiese su coche y me volví con Joseph a casa a intentar descansar las pocas horas que nos quedaban.

—Siento lo de antes. —Siempre me resultó fácil hablar a oscuras y en posición horizontal y más cuando se trataba de disculparme.

—Kate, me tienes preocupado. Sé que no estás bien y no quiero que este caso acabe con tus nervios. Tan solo te pido que no excluyas como haces siempre, no eres más vulnerable por confiar en alguien —me respondió tumbado de lado mientras me acariciaba el pelo y me miraba como si yo fuese la mujer más bella del mundo, lo que hacía que me sintiese todavía peor persona.

Él continuaba locamente enamorado de mí, mientras que en mi interior se debatía la encrucijada de si dejarlo o no. Por mi parte, solo pude asentir, besarle la mano para quitármela de encima, darle las buenas noches y recostarme de lado a la vez que en mi cabeza resonaba la palabra «traidora» una y otra vez a modo de macabra canción de cuna.

A la mañana siguiente fuimos directos a casa de Elizabeth. Todavía sin noticias sobre el paradero de Midgley era crucial encontrarla o averiguar dónde lo tenía secuestrado. El resto de los denunciantes estaban a salvo en sus casas, se les había puesto en sobre aviso y se les colocó protección para

mayor seguridad. Ninguno de ellos reconoció la fotografía de Elizabeth Cochran como la mujer a la que creían desaparecida y no entendieron el porqué de tanta protección. Desde luego si ocultaban algo lo hacían de maravilla. Los cité a todos a la misma hora en la comisaría para un interrogatorio exhaustivo. Quería comprobar una idea que tenía en mente.

Grace y Rich ya estaban en el patio delantero aguardándonos. Creo que era de las pocas veces que lo veía salir de su mundo de tecnología y eso solo quería decir una cosa, también se había imaginado a la rubia sin sujetador. Sinceramente me alegraba por él, desde lo de la Asmrlist no se había vuelto a interesar por nadie, o al menos, de carne y hueso, a saber qué hacía en sus ratos libres delante del ordenador. La imagen de Rich con los pantalones por los tobillos me dio un poco de grima. Era de los típicos hombres con dedos largos y manos suaves, ojos pequeños y nariz alargada, y llevaba el pelo estilo años setenta como si fuese fan de *La Tribu de los Bradys*. En definitiva, era la feminidad hecha hombre y yo personalmente cuando había necesitado esas características me había liado con una mujer sin ningún tipo de problema, pero cuando lo hacía con alguien del sexo opuesto era porque necesitaba otras cualidades de las que estaba segura que Rich carecía, y que mucho me temía que Grace también anhelaba.

—Rich, ¿tú por aquí? —se adelantó Joseph a decir casi seguro que intuyendo mis pensamientos.

—No he podido encontrar mucho del resto de las posibles víctimas y pensé que sería de más ayuda con vosotros —explicó el muchacho ruborizándose cuando le di un pequeño puñetazo en el hombro y le guiñé moviendo la cabeza en dirección a Grace que estaba observando las ventanas de la casa que daban adonde nos encontrábamos.

Joseph era más minucioso que yo a la hora de buscar pistas, así que lo dejé abajo con Rich y me fui a la buhardilla con la nueva a ver qué encontrábamos.

Frente a nosotras estaba el imponente tocador de roble que me devolvía mi imagen desde el espejo. Delante de él había una desvencijada silla con el tapizado casi inexistente, como atemorizada de tener que hacer frente a semejante pieza de coleccionista. Me senté en ella, a la vez que esta soltó un débil crujido a modo de protesta debido a mi peso. Era obvio que tanto los muebles como la decoración fueron improvisados y puestos como el que tira

una baraja de naipes encima sobre de un tapete. De la parte derecha del espejo sobresalía un polvoriento foco en forma de flor con una ristra de bolitas metálicas colgando de él. Cuando tiré de ella y encendió su luz dejó al descubierto la cantidad de cosas inverosímiles que estaban esparcidas sobre el tocador. Podías encontrar desde distintos tipos de botecitos que guardaban lentes de colores, hasta todo tipo de prótesis faciales: narices, pómulos a mentones de silicona. Las brochas de distintos tamaños estaban esparcidas sin cuidado, llenando la madera en su mayoría de distintos tonos de color carne. Dentro del único cajón que tenía justo sobre mis piernas había botes de látex, espuma de látex, silicona y cera para modelado, junto con bastantes tarros casi vacíos de algo que se llamaba *Pros-Aide*. En la etiqueta de este ponía «Pegamento con base al agua». En el espejo se veían los restos de papel adherente, donde seguro había colgado las fotografías de las mujeres a las que quería imitar. En ese momento un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Me puse en pie y miré los maniqués de mi izquierda con los rellenos de senos, estómago y caderas. Justo detrás de ellos, en una estantería, las cinco cabezas donde reposaban las despeinadas melenas, y todo comenzó a cuadrarme poco a poco. Anduve de espalda tres pasos hasta que me tropecé con algo que permanecía oculto por la sombra de la silla y me quedé sentada sobre él.

—Capitana, ¿está bien? —Grace salió de la parte trasera del espejo al escuchar el golpe y me vio sentada de manera casual sobre un pequeño baúl.

—Todo bien. Veamos qué hay aquí dentro.

Estaba cerrado con llave, era de los baúles que usaban las abuelas para guardar los restos de costura o las manualidades a medio hacer. Tenía una mezcla entre olor a añejo y a humedad que vaticinaban que lo que hubiese en su interior no estaría en muy buen estado. Nunca se me había dado bien abrir cerraduras, siempre he sido más de romperlas, la delicadeza nunca fue lo mío, pero no podía arriesgarme a destruir pruebas, así que suspiré de forma sonora y me senté como los indios mirando el diminuto orificio fijamente, como si de pronto en mi bolsillo fuese a aparecer un trozo de seta que achicase mi tamaño lo suficiente como para caber por él.

—¿Me permites? —me pidió Grace poniéndose de rodillas a mi lado. Lanzó una malvada sonrisa al baúl, sacó de su bolsillo una cajita con unas

cuantas varillas y las introdujo con suavidad moviéndolas de un lado a otro hasta que ambas oímos un nimio clic—. ¡Eh, *voilà!*

La dejé hacer los honores y le indiqué que abriese el baúl. De forma demasiado teatral fue levantando la tapa poco a poco hasta que ya me cansé la aparté de un empujón y continué yo. Cuando mis ojos se posaron en el interior mi decepción rozó el grado sumo. Dentro solo había trajes de época, bisutería barata oxidada, en su mayoría, y restos de lanas. Todo mi gozo metido en un pozo. Me senté abatida observando el hortera estampado de florecitas blancas que recubría la parte inferior de la tapa.

—¡Blancas! ¡Claro, si es que hay que ser tonto!

—¿Llamo a Joseph? ¿Se le está yendo la olla?

—A ti sí que se te va a ir como lo repitas. ¡A ver, novata! ¡Céntrate! ¿De qué color es el interior?

—De tela *beige* —respondió frunciendo el ceño sin tener ni idea de lo que estaba intentando explicarle.

Aquí es donde se volvía a demostrar que la antigüedad es un grado y que más sabe el diablo por viejo que por diablo, bueno, yo por ambos. Saqué mi navaja de su funda e hice un corte perpendicular al rectángulo de la tapa y la imité satisfecha.

—¡Eh, *voilà!* Si el paño no hubiese sido puesto hace poco, estaría del mismo color que el resto del forro y, además, ¿quién cierra con llave un montón de porquerías? —concluí terminando de arrancar el retal y dejando al descubierto dos carpetas azules de cartón metidas en plásticos transparentes.

Saqué el contenido con sumo cuidado, abrí la primera carpeta y le di la otra a Grace. Dentro había fotos de diversos negocios: una inmobiliaria, una de energía renovable, una clínica privada llamada Pasteur, una de fumigación y una de eliminación de residuos. Tras estas la cara de cada uno de los denunciados a los que tenía intención interrogar en unas horas, había un sexto, pero ponía «Johannes Gutenberg» y, en vez de su retrato, una interrogación pintada a bolígrafo rojo. Un viejo diario con un pequeño recorte de un diario local concluía con el material del extraño dossier.

—Charles Cochran. Desaparecido hace tres años —leí en alto. Esto último estaba tachado y encima habían escrito «Asesinado».

—Kate, deberíamos bajar a ver cómo les va a Joseph y a Rich —dijo Grace levantándose con su carpeta pegada al pecho.

—¿Qué hay en esa? —Era la primera vez que me llamaba por mi nombre...

—No lo sé, pero creo que deberíamos salir de aquí —insistió.

—Es cierto, huele un poco fuerte y tengo el mismo olfato que un sabueso. —Asentí, haciéndola bajar la guardia, arrebatándole los papeles que había sacado y estaba intentando ocultarme—. Espero que los orgasmos los finjas mejor, rubia, porque mentir se te da como el culo —añadí mirando las hojas entrando en *shock*.

TRES

LO SIGUIENTE QUE recuerdo es estar tumbada en un sofá con Joseph a mi lado echándome aire con una revista y ver las caras de preocupación de Rich y de Grace tras él. Me senté con cuidado, aún estaba mareada, no sabía bien cuánto tiempo había pasado, tan solo sé que todo comenzó a darme vueltas y que la cabeza iba a estallarme.

—¿Estás mejor? Kate, creo que deberíamos dejarle este caso a la comisaría de otro distrito. Habla con Dupín, él lo entenderá —dijo Joseph temeroso ante mi respuesta.

—Dame de nuevo la carpeta, por favor.

—Kate, será mejor que... —intervino Rich, a quien le lancé una mirada asesina. Al segundo Grace me había puesto todos los papeles en la mano y se había acomodado en el brazo del sofá, a mi lado. Supuse que para evitar que me cayese si me daba otro tabardillo, pero esta vez estaba preparada.

—Gracias —dije intentando que el ambiente estuviese un poco menos tenso.

Parpadeé un par de veces antes de fijar mi vista en la primera de ellas. Eran las fotos del caso del Silenciador de Susurros, estaban todas las víctimas tal y como las encontramos, con escenas del crimen incluidas, e incluso mi análisis psiquiátrico. Era prácticamente imposible que esa mujer poseyera toda esa información siendo una persona cualquiera. Ahora sí que estaba claro que se nos escapaba algo a lo mejor demasiado grande como para que nos diésemos cuenta. Muchas veces vemos el grano en el ojo ajeno, pero no el tronco en el nuestro. Sí, sé que no se dice así, pero los refranes y yo nos llevamos bastante mal.

Cuando no pude evitar dar un pequeño salto fue tras ver la foto de los cuerpos de Clea y de la Capitana Dick. Había pasado un año desde que ocurrió todo, pero en mi fuero interno se repetía en bucle cada noche, e incluso había veces en las que no me podía despertar y era yo la que le disparaba directamente a mi amiga. No pude evitar que los ojos se me llenasen de lágrimas ante ese recuerdo. Le di las carpetas a Joseph y salí a

fumarme todo el tabaco que tuviese en el bolsillo.

—¿Estás bien? —me preguntó de nuevo Joseph.

—¡Haz que Rich vaya inmediatamente a

ver si pueden averiguar cómo tenía todo eso, que saquen huellas, que hagan lo que sea necesario para encontrarla!

—Kate, cuando te caíste, Grace tiró los papeles al suelo y nos llamó a gritos, entre ella y yo te bajamos y Rich los cogió. No llevaba guantes, hemos contaminado las pruebas —confesó temeroso.

Me senté en el frío bordillo de piedra del escalón de la entrada de la casa, dejando que la humedad traspasase mis vaqueros y me hiciese sentir algo que no fuese ira en ese instante.

—¿Has encontrado algo más?

—Realmente nada importante. Álbumes de fotografías familiares, pero poco más.

—¡Rich! —chille—. Ponte los malditos guantes y no toques nada. Grace, coge todos los productos para hacer prótesis de la buhardilla. Los álbumes también, quiero saber con quién de sus familiares puede estar escondida y qué pretende. ¿Sabréis hacerlo sin meter la pata o traigo a alguien competente para variar?

—Kate.

—Ahora no, vamos a comisaría. Hay que interrogar a esos hombres antes de que aparezca otro cadáver, Joseph —le dije lo más suave que mi tensión me lo permitió.

Fuimos a comer para hacer tiempo a un restaurante donde ponían bocadillos de medio metro. Necesitaba atiborrarme de comida y calmarme, era eso o coger una borrachera. Joseph lo sabía y no dijo nada cuando me vio engullir como si no hubiese un mañana.

—¿Qué opinas, Kate?

—En una de las carpetas estaban todos los denunciantes junto con la foto de un tal Charles Cochran, quien supongo que, si no es su hermano, es su primo. En el diario ponía «Desaparecido», pero lo habían tachado y escrito encima «Asesinado». Creo que de alguna forma ella piensa que esos cinco

hombres fueron los que lo hicieron y se está vengando, no hay más. Bueno; seis, había seis futuros muertos, pero del último tan solo tenemos el nombre, espero que sea suficiente para que el inútil de Rich lo localice.

—Kate, sabes que él nunca sale a la calle. No seas tan dura, ya debe sentirse bastante mal.

—Lo sé, pero necesito echarle la culpa a alguien.

—¿Por qué tendrá el caso del Susurrador? —me preguntó suavizando el tono todo lo que pudo.

—Hemos encontrado los párpados en el cuerpo de John Walker, no creo que sea una imitadora porque no se queda los trofeos, más bien nos va dando pistas de quién será el siguiente. Aún no sabemos nada del paradero de Midgley.

Realmente no tengo ni idea, Joseph. No sé si lo está haciendo así para llamar mi atención o porque quiere que la detengamos. ¿Quién sabe realmente lo que se le pasa por la cabeza...? No vuelvas a decirme que deje el caso, por favor. Los problemas que tengamos como pareja no deben de influir en nuestro trabajo.

—Lo he dicho porque no quiero que vuelvan a internarte ni que regreses al alcohol —me aseguró levantándose para pagar—. Y no sabía que teníamos problemas, es la primera noticia que tengo al respecto, creo que la que los tienes eres tú, y tan fuerte como dices ser o, más bien, te crees ser, no tienes el valor de decirlo en alto.

Se marchó dejándome con un nudo en la garganta y el bocado a medio tragar sin que fuese ni para un lado ni para el otro. Realmente tenía razón y esas palabras se me acababan de clavar en el pecho como si me hubiese lanzado dardos venenosos. Solo alguien que te quiere es capaz de provocar esa sensación con unas pocas palabras.

Permanecimos callados hasta llegar a comisaría. Grace nos esperaba en la entrada con cara de pocos amigos, una pequeña montaña de colillas a sus pies y apurando otro cigarro. Nunca la había visto fumar. Joseph pasó por mi lado sin mirarme, yo, por mi parte, sí le seguí la silueta con la mirada hasta que se perdió en la negrura de la distancia del pasillo.

—¿Podemos hablar? —me dijo nerviosa Grace.

—No tengo tiempo para...

—Me da igual el tiempo que tengas, pero pienso que debes de dejar de comportarte como una auténtica estúpida egocentrista con todos los que te aprecian. Rich está en su cubículo hecho una mierda porque ha estropeado las pruebas, pero sobre todo porque siente que te ha fallado, ¿de verdad tenías que ser tan cruel?, ¿te sientes mejor contigo misma haciéndolo?, ¿qué demonios te sucede? Todos en la comisaría te tienen miedo, he perdido la cuenta de los motes que te han puesto y tu reputación llega hasta el resto de los distritos. —Todo esto lo dijo casi sin respirar, temí que de un momento a otro fuese a ponerse de colores—. Y ahora si quieres me abres un expediente, pero creo que ya era hora de que escuchases en alto y a la cara lo que el resto del mundo opina sobre ti.

—¿Has terminado?

—Sí —contestó confusa

—¿Han llegado los cuatro a los que hay que interrogar?

—Solo tres. Midgley sigue desaparecido.

—De acuerdo. Ya que se te da tan bien eso de ser el poli malo, te va a tocar volver a hacerlo delante de ellos —la informé, dejándola en pie detrás de mí, y entré sin decir nada más.

Para variar me salté el protocolo y los metí a todos a la vez en la sala de interrogatorios, mientras los observaba tras el espejo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Grace todavía alterada y desconcertada entrando en la sala contigua.

—Para ser la mejor en lo tuyo solo hay tres normas: Primero, haz lo que te dicte el corazón, aunque eso quiera decir que tienes que romper las reglas; segundo, nunca jamás dejes en la estacada a los que te quieren, y tercero, no seas una auténtica cabrona como lo soy yo, y ten los ovarios de reconocer cuando te equivocas. Esta, querida Grace, es la primera de ellas, intentaré resarcir el resto en lo que va pasando el día. Ahora, siéntate y dime qué ves. — Ella, más sorprendida de lo que de seguro había estado en su vida, me obedeció de inmediato, pegó la nariz al cristal y miró detenidamente a los hombres.

—No veo nada raro, lo siento. Son tres personas esperando a que les expliquen qué sucede.

—Por eso es por lo que siempre fallas. Paciente debes ser, mi joven

Padawan. —Toda la vida he querido meter una frase de Yoda en una conversación, y esta me venía que ni pintada para intentar limar asperezas—. No busques cosas raras, mira qué es lo normal y qué no está sucediendo. Si te meten en un cuarto en una comisaría con dos desconocidos más, ¿qué harías?

—Preguntarles, hablar, sudar y asustarme, supongo.

—¿Y ellos qué están haciendo?

—Nada. Se evitan la mirada.

—¿Por lo tanto?

—Ocultan algo.

—¡Y el peluche para la señorita! Ahora sí que entramos, pero de que seas el poli malo no te libra nadie, bonita —le advertí dándole un sonoro tortazo en el cachete del culo, justo cuando entraba Joseph y nos veía sonreírnos con demasiada complicidad. Al igual que entró en el cuarto, salió.

—Joseph, espera... —lo llamó Grace sin que este se volviese.

—Déjalo, luego hablaré con él. No metas la pata ahí dentro.

Cuando los tres hombres escucharon la puerta abrirse, se giraron rápido y, al ver a dos despampanantes mujeres, vale, una más que otra, respiraron al unísono y cambiaron la expresión de preocupación a la de alivio. Me uní a ellos en la mesa colocando ruidosamente mi silla y aguardé con curiosidad a que Grace comenzase el papel de su vida.

—Los señores Volta, Pasteur y Haber, ¿verdad? —les preguntó mirando un cuaderno el cual estaba segura de que permanecía totalmente en blanco.

Todos asintieron como si tuviesen una coreografía preparada. Grace puso delante de ellos, en medio de la mesa, una foto de Elizabeth Cochran, y mi curiosidad cada vez iba en aumento. Luego colocó una copia de las fotos que habíamos encontrado en la parte trasera del espejo con la supuesta persona de la que habían denunciado la desaparición a lo largo de aquellas semanas. Con la primera imagen se mantuvieron indiferentes, pero al ver la que le correspondía a cada uno, fueron teniendo distintas reacciones. El primero en pronunciarse fue Haber.

—Es Hedy. ¿La han encontrado? ¡Es de vital importancia que hable con ella! —gritó levantándose bruscamente de la silla. Mientras, los otros abrían

los ojos como platos y lo miraban.

—Todo a su debido tiempo. Si vuelve a levantarse de esa forma me veré obligada a esposarlo a la mesa y así evitar cualquier altercado —lo amenazó sin pestañear.

El tal Haber era regordete y bajito, con menos pelo que una fregona vieja. Llevaba un mostacho de los de cuando Hitler mandaba y unas gafas de pasta gruesa y redondas con los cristales tirando a verde. Las gafas luchaban contra la gravedad sobre una diminuta nariz respingona, la misma que temblaba tras cada inspiración que este hacía y ponía aún más al borde las temerosas lentes. Visto desde mi perspectiva era algo bastante gracioso a la par que grotesco. El señor Pasteur le lanzó una mirada asesina, y Haber se sentó e intentó guardar la compostura sin que sus aletillas de la nariz dejaran de imitar el orificio por el que respiran las ballenas cuando salen a la superficie.

—¿Se nos acusa de algo? —le preguntó Pasteur con su mejor y, me temí, más falsa sonrisa puesta.

Este, al contrario, era el cincuentón de gimnasio con el pelo cano, penetrantes ojos azules, demasiado pequeños para mi gusto, eran como cuando das dos puñaladas a una caja de cartón, los rodeaban unas atractivas arrugas de la edad que a cualquier mujer nos dirían que son patas de gallo pero que como se trataba de un macho alfa las llamaban de otra forma. Los hoyuelos se les pronunciaban a ambos lados de la cara al sonreír. Digamos que le faltaba el brillo en su blanca dentadura, era de las personas de las que no me fiaría jamás.

—No, tan solo queremos protegerlos y para ello tenemos que aclarar quién es esa mujer y por qué les ha estado engañando —respondió acertada Grace.

—¿Engañarnos?

Eso acababa de coger al guapito desprevenido y ya las arruguitas del ceño no eran pequeñas y disimuladas, sino enormes grietas en la ladera de un volcán. Si lo llego a saber me habría puesto antes al otro lado de la barrera, era mucho más divertido. Dónde iba a parar... Grace cogió todas las fotos y las puso correlativas.

—¿No perciben nada raro en estas cuatro mujeres? —Los hombres se

miraron entre ellos sin saber a cuál les tocaba proseguir con el, demasiado evidente, apalabrado guion.

—No veo nada fuera de lo normal —respondió Pasteur confirmándome quién era el que mandaba.

—Siento decirles que han sido víctimas de una estafa —les aclaré teniendo toda su atención—. Esta señora que ven aquí es una timadora profesional. Las cuatro personas son la misma —concluí levantando la foto de Elizabeth.

—¿¡Cómo!?! —exclamó Volta pronunciándose por primera vez. Creo que este era el más mayor de los tres, o eso, o se conservaba más o menos igual de mal que yo.

Era el inconfundible calvo que se negaba a serlo. Tenía cuatro pelusas que se peinaba hacía un lado de la cabeza intentando cubrirla toda entera con el peinado de un lengüetazo de una vaca. Cejas sin depilar en las que se podían hacer trencitas, grandes ojos negros y nariz puntiaguda con algunos pelillos que le sobresalían de esta haciéndole juego a los de las cejas. Me pregunté qué hacía Pasteur juntándose con semejantes personajes.

—Necesitaremos acceder a sus cuentas y a sus empresas para comprobar por dónde ha estado intentando robarles Elizabeth —me siguió el juego Grace.

—Bueno, creo que no habrá que tomar medidas tan extremas, nosotros tenemos al día todas nuestras finanzas y no es necesaria tal intromisión ni tantos gastos de recursos por parte de la policía —se apresuró a decir Pasteur.

—¿Se conocían de antes? —le pregunté divertida.

—Claro que no, es la primera vez que veo a estos caballeros —respondió.

Estoy casi segura de que estaba tan acostumbrado a mentir que incluso pasaría el polígrafo sin problemas.

—Como acaba de decir que lo tienen todo controlado, me preguntaba cómo puede saber lo que respecta al resto —agregué—. Grace, ¿puedes enseñarles al cómplice de Elizabeth? Es algo sumamente importante, yo que ustedes no me mentirían, entre otras cosas porque John Walker, a quien dirán que no conocen, fue quemado vivo anoche en su casa, y Thomas Midgley ha desaparecido —concluí.

Grace supo a lo que me refería y colocó sobre la mesa la fotografía ampliada de Charles Cochran. Fue en ese momento en el que los tres, a partir de entonces sospechosos, dejaron de respirar, tensaron sus mandíbulas y dieron por concluida la reunión alegando que si no estaban retenidos no podíamos dejarlos allí o nos echarían a sus abogados encima.

—¿Qué acaba de suceder? —me preguntó Grace una vez que se marcharon.

—Sencillo, ahora tenemos dos casos que resolver. Uno, el paradero de Elizabeth Cochran, y otro, el de Charles Cochran. Esto se está poniendo entretenido.

Mi conciencia no me permitía pasar ni un minuto más sin ir a ver a Rich, Joseph era mi pareja y ya estaba acostumbrado a mi mal humor y a mis desaires, pero el pobre chico era la primera vez que los sufría y aunque me costase reconocerlo la bofetada de sinceridad por parte de Grace me había calado hondo.

—Toc, toc —dije dando a la vez golpecitos en el marco de la puerta de donde trabajaba Rich—. ¿Hay alguien en casa?

—¿Qué necesita, Capitana?

—Que me apuntes con ese láser en la frente y me dispires por tonta y por bocazas — le respondí poniéndole cara de pena.

—No hay problema. Esto es todo lo que he podido encontrar sobre los de las fotografías — dijo mientras me alargaba unos folios evitando cualquier tipo de roce entre nosotros.

—Rich, lo siento. De verdad. Creo que no he terminado de superar el otro caso y, también sé que no es excusa, pero necesitaba pedirte perdón.

—Ya te he dicho que no hay problema.

—¿Todo bien entre nosotros?

—Todo bien, jefa —respondió ocultando su tristeza tras una sonrisa fingida que me dolió aún más que si me hubiese puesto a parir.

Ya tenía la primera cuenta casi saldada, con el tiempo intentaría un nuevo acercamiento. A la noche tocaría lidiar con Joseph, pero como dijo Jack el Destripador, «Vamos por partes».

En las notas de Rich decía que el tal Charles Cochran desapareció con tan solo veintinueve años, que estaba casado con Sara Ann Gillis y que tenía la friolera de cuatro hijos; tres niñas y un niño. Desde luego alguien con tanto amor hacía la familia era difícil que los dejase del día a la mañana. Era especialista en seguridad informática para empresas y ganaba un dinero considerable. Desde hacía tres años no había hecho ningún movimiento en sus cuentas ni había dado señales de vida. Su mujer y sus hijos se marcharon del país y no habían regresado. Su único pariente cercano era Elizabeth Cochran quien, por cierto, me estaba poniendo las cosas bastante difíciles, porque, aunque tuviese razón y esos sinvergüenzas asesinasen a su hermano, ella se estaba tomando la justicia por su cuenta y era tan asesina como ellos. Decidí investigar un poco más y hablar con la persona que llevó el caso de Charles. La respiración volvió a detenerse cuando leí el nombre de Cressida Dick en los papeles de su investigación. Aquello iba a remover aún más todo lo que llevaba por dentro. Me pregunté si Joseph no tendría razón y debía abandonar ahora que todavía estaba a tiempo.

CUATRO

CUANDO CRESSIDA MURIÓ dejó como único heredero a un sobrino, primo hermano de Lydia, al que conocía bastante bien. Había ido alguna que otra vez, por no decir cientos, a su casa, y sabía de sobra que guardaba en el sótano la información extra que iba acumulando de los casos. Dudaba bastante que él se hubiera deshecho de ellos. No tenía pinta de ser la típica persona que hace limpieza por amor al arte. Me tocaba pasar un mal trago y lo sabía, lo que no estaba segura era de si realmente podría hacerlo.

Fui a buscar a Grace con la suerte de no cruzarme con Joseph, seguramente no me hablaría, pero de hacerlo no quería mentirle y si le decía dónde iba no me dejaría ir y comenzaríamos otra discusión que no me apetecía en absoluto.

—¿Dónde vamos?

—El trío de energúmenos tiene puesta vigilancia, lo que nos viene bien para tenerlos controlados por si intentasen destruir alguna prueba y ya de paso para que Elizabeth no se los cargue. Rich me ha facilitado el nombre del comisario que llevó el caso de Charles, vamos a su casa a ver qué más tiene que no esté en el dossier de la policía. No me cuadra que esta mujer tenga datos confidenciales a no ser que se haya acostado contigo también, claro...

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Digamos que es lo mínimo que puede pasarte por sermonear a un superior y por decirle cosas confidenciales a un reportero —espeté procurando controlar el temblor de mis manos, aguantando con fuerza el volante.

A medida que nos íbamos acercando a la dirección, mi corazón empezó a acelerarse tanto que, si no hubiese sido por el rugido del motor, estaba segura de que se podría oír como si de *El corazón delator*, de Poe, se tratase. Todavía me sentía culpable por matar a Cressida y mi corazón no me dejaba olvidarlo. Hay momentos en la vida que por mucho que te duelan los repites una y otra vez como si el tiempo se hubiese detenido sin que puedas hacer

nada por evitarlo, y este era el peor de ellos. Jamás podré borrar sus ojos suplicantes de mi retina.

—¿El que llevó el caso está jubilado? — preguntó Grace sacándome de mi mundo de auto flagelación.

—No, está muerta.

—Vaya, ¿cómo murió?

—Le disparé —respondí sin apartar la vista de la carretera y sin que Grace pronunciase ninguna palabra más. Sabía que se le acababa de helar la sangre, pero estaba cansada de fingir que no había sucedido y creo que si me iba a encontrar con la muerte de frente lo mejor era llamarla por su nombre.

Efectivamente, el chico no estaba en allí. Lo llamé y me dio permiso para ir al sótano. Se llegaba desde la parte trasera de la abandonada casa. Yo sabía dónde guardaba la Pato las llaves, así que para él fue toda una alegría no tener que verme la cara. No es que tuviese mucho contacto con su tía antes de que esta muriese, pero teniendo en cuenta que ya había matado a dos de sus familiares supuse que no era plato de buen gusto mirarme a la cara y hacer como si nada. Grace me seguía en silencio, sabía que estaba un poco en *shock* al ver lo que estábamos haciendo, sin una orden, sin nadie que nos indicase dónde estaban las cosas. Y más aún al comprobar que me movía como si aquella fuese mi propia casa.

Las llaves estaban debajo de una figurita en forma de caca de perro oculta entre el olvidado césped. Las enredaderas se habían adueñado en un año de las paredes exteriores. De las flores que tanto amaba Dick, ahora solo quedaban los secos maceteros que las custodiaban. Únicamente continuaba en pie el árbol central del patio que luchaba por seguir vivo expectante e inmóvil. Aquel árbol fue mi gran cómplice silencioso de todas las veces que nos habíamos escapado a hurtadillas hasta ese sótano para poder estar a solas sin que las miradas acusadoras de los intolerantes nos persiguiesen. A mí personalmente nunca me importó lo que la gente pudiese decir, pero Lydia era distinta y solíamos usar la casa de Dick como refugio. Vivimos en un mundo en el que nos escondemos para hacer el amor mientras que la violencia se practica a plena luz del día, como diría Jonh Lennon.

Las escaleras crujieron en cuanto las pisamos. Nunca entendí por qué el interruptor de la luz estaba abajo del todo. Conociendo a Cressida, supongo que era por si entraba alguien que no estuviese acostumbrado al lugar y se

rompiese la crisma antes.

—Kate, ¿ves algo?

—Agarra mi mano, yo te guío.

Como era de esperar y sin que me diese tiempo a decírselo, Grace tropezó al intentar poner el pie en el inexistente último escalón y me empujó hasta que la mesa que había a pocos metros nos detuvo. Su nariz quedó rozando la mía y su acelerada respiración penetraba en mi boca de tal manera que casi podía saborearla.

Instintivamente la había asido de las caderas. Su cuerpo estaba dentro de mis piernas y, sin saber si fue por el lugar, por los recuerdos o porque realmente lo necesitaba, acerqué mi boca a la suya despacio, anhelando que ella se apartase, pero cuando nuestra silueta se hizo una comprendí que eso no sucedería y que Grace tenía las mismas ganas que yo de ser querida. Agarré su pelo con fuerza y la empujé aún más hasta mí cuando de pronto oí pasos en el exterior y regresé a la realidad. «¿Qué demonios estoy haciendo?». Me separé bruscamente de ella y encendí la luz justo a tiempo para ver unos zapatos de hombre bajando las destartaladas escaleras.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunté rezando porque el rubor de mis mejillas se hubiese evaporado.

—No contestas a la radio del coche y tampoco al móvil. Rich me dio la ubicación y no podía creérmelo —me escupió Joseph, ignorando a Grace que estaba vuelta de espalda haciendo como a la que de pronto le interesaba más que nada en este mundo la colección de tarros de cristal que Cressida guardaba allí.

—¡Te he dicho que discutiríamos en casa, estoy trabajando!

—¡No, rectifica!, ¡estás intentando desenterrar cadáveres, no te confundas!

—¿Y vienes a decirme lo que no tengo que hacer?

—¡No, vengo porque han encontrado el cuerpo de Midgley y a lo mejor quieres dejar de hacer el tonto y centrarte en el caso de una jodida vez! Está en su empresa, los forenses ya han llegado. Me adelanto —respondió iracundo.

—Voy contigo. Warne me ha dicho que no me necesita aquí —se

apresuró a decir Grace para no quedarse conmigo a solas de nuevo.

—Haz lo que quieras —respondió Joseph desapareciendo con Grace tras de sí, casi corriendo.

Cuando no eres capaz de cerrar bien las puertas del pasado e intentas abrir en su lugar una ventana para disimular el olor a moho, finalmente este te llena y obstruye las futuras puertas que puedan aparecer.

Me monté en el coche de nuevo y me dirigí hasta la empresa de eliminación de residuos. Al ir a encender un cigarro comprobé que la cajetilla estaba vacía y de pronto sentí un nudo en la garganta que no me dejaba respirar, cerré los puños hasta el punto de clavarme las uñas y comencé a golpear el volante con todas mis fuerzas. Arranqué y me detuve en el primer bar que encontré de camino. Era un cuchitril de mala muerte donde nada más entrar se te quedan los zapatos pegados al suelo. Detrás de la barra había un gigantesco motero lleno de tatuajes con los bíceps del tamaño de mi jodida cabeza y trencitas en la anaranjada barba. Compré el tabaco y le pedí dos chupitos de tequila antes de marcharme. Me los bebí como si de agua se tratase bajo la atenta y extrañada mirada del grandullón. Suspiré y de pronto el oxígeno volvió a llenar por completo mis pulmones. Sabía de sobra que no tenía que hacerlo, pero lo necesitaba y tan solo sería una vez, no tenía por qué volver a repetirse ni nadie tenía por qué saberlo. Reanudé mi marcha mucho más tranquila y conduje hasta la escena del nuevo crimen.

—¿Qué tenemos? —le pregunté a los forenses conteniendo el aliento todo lo posible antes de traspasar el perímetro acordonado.

—Es mejor que lo vea usted misma, Capitana —dijo temeroso el delgaducho al que amenacé la última vez con trasladarlo a las alcantarillas.

Joseph y Grace estaban en el interior de una nave mirando a una especie de bañera blanca de aproximadamente cuatro por cuatro metros que tenían a sus pies. Cuando llegué junto a ellos y vi lo que observaban me alegré de haber entrado en ese garito.

—¡¿Qué es eso?!

—Warne, te presento a Tomas Midgley, o lo que queda de él —dijo Joseph en un tono desenfadado que me asustó teniendo en cuenta nuestra conversación de hacía escasa media hora.

—¿Y por qué continúa ahí metido? —pregunté tapándome la boca y aguantando una arqueada.

—Porque nuestros especialistas no venían preparados para sumergirse en un *jacuzzi* de ácido fosfórico —agregó marchándose de allí, de nuevo con Grace pegado a su culo.

La imagen era lo más dantesco que había visto en mi vida. El cuerpo estaba lleno de ampollas gigantes explotadas, tenía la boca abierta y se le habían derretido los ojos. Le faltaba piel en todo lo que se podía ver desde donde me encontraba, era de un tono rosa, rojo y marrón. Tan solo esperaba que hubiese tirado allí el cuerpo y no estuviese vivo cuando le sucedió.

Llamé a una grúa para que ayudase a los técnicos a sacar el cuerpo sin que nadie sufriese ningún accidente y esperé fuera a que consiguieran hacerlo.

De pronto Rich apareció tras de mí.

—Capitana, ¿podemos hablar?

—Claro, ¿ha pasado algo? ¿Has encontrado algo más?

—He seguido investigando a la familia de Charles Cochran. Es cierto que se marcharon del país, pero no fue eso lo único que sucedió.

—Abrevia, Rich. Mi día ya está siendo bastante jodido y me temo que vas a continuar arreglándolo.

—La familia Cochran estaba metida en una secta cristiana para los que la familia era lo primero, de ahí tantos hijos en tan poco tiempo.

—¿Y?

—Y cuando se marcharon de su casa no fue para buscar al cabeza de familia. A los pocos meses encontraron muertos a los niños y a la madre. Todo apunta a que ella los envenenó y luego se quitó la vida para, según ellos, ir al cielo con Charles. Encontraron una carta escrita por Sara Ann despidiéndose de Elizabeth hasta un nuevo amanecer.

—¡Joder! ¡Putita loca! —exclamé apoyándome en el capó del coche llevándome las manos a la cabeza. En ese instante estuve segura de que si la autora de aquel crimen también había sido ella, Thomas de seguro estaba vivo cuando lo introdujo ahí.

—¿Pasa algo? ¿Rich, qué haces aquí? — le preguntó Joseph poniéndole la mano en el hombro. Me preguntaba desde cuándo se habían vuelto tan amigos...

—Es una vendetta personal y no se detendrá hasta terminar con cada uno de los que ella cree que mataron a su hermano. Lo ha perdido todo por culpa de ellos y nada ni nadie la parará. Hay que encontrarla lo antes posible.

Rich, busca cualquier lugar que haya estado a nombre de esa familia. Casas, campos, garajes, hasta un maldito trastero del tamaño de un armario —le pedí.

—¡Capitana! —gritó otro forense desde dentro.

—¡¿Y ahora qué?! —exclamé llevándome las manos a la cabeza a la vez que anduve hasta el interior.

—Mire ahí arriba —demandó el hombre.

A nuestra derecha había unas escaleras metálicas que daban a una pequeña oficina acristalada desde donde seguramente monitorizaban las temperaturas de las diferentes cabinas para la descomposición de residuos. Detrás de uno de los cristales se podía distinguir una figura parecida a la que estaba en casa de Walker. Corrí a comprobarlo y al abrir la puerta me topé con otro maniquí perfectamente caracterizado, como la mujer de la foto que había estado acompañando a Midgley. Al entrar moví la silla giratoria en la que se encontraba y de su mano cayeron dos uñas ensangrentadas.

—Tomen muestras inmediatamente y díganme a quién pertenecen —le ordené saliendo de allí con todo dándome vueltas—. ¿Rich, estás bien?

—Sí, creo que no voy a volver a salir de mi cueva en un tiempo —me respondió. Había entrado y estaba mirando fijamente el cadáver de la tina.

—¿Vienes conmigo a ver si los tres restantes siguen vivos?

—¿Es necesario? —me respondió sosteniéndose el estómago.

—No, no lo es. Vete a casa y tomate el resto del día libre. Mañana te llamo —le dije. Después de lo mal que lo había tratado se merecía un poco de manga ancha. Asintió y salió de allí como alma que lleva el diablo—. Grace, di un número.

—¿Cómo? —respondió estupefacta.

—Te tocó. Te vienes conmigo. Joseph, acompaña a los forenses y en cuanto estén los resultados dime de quién se trata.

Según los agentes que tenía custodiando las casas de los implicados ninguno había salido en todo el día. A lo mejor estaba equivocada y no se trataba de ninguno de ellos, el problema es que había un sexto jugador del que desconocía los datos y podría tratarse de él.

Grace siguió con su voto de silencio después de que nos besásemos y ya me estaba comenzando a resultar demasiado incómodo, no tenía ni tiempo ni ganas de niñerías así que para variar cogí al toro por los cuernos. Pegué un frenazo en medio de la carretera y la enfrente de cara.

—A ver, dejemos dos cosas claras. Has sido tú la que me has besado y podría denunciarte por acoso a un superior y, segundo, no tienes edad para remilgos. Si no te crees capacitada para sobrellevarlo y necesitas irte a casa a llorar por descubrir que te van los conejos pídete una baja psicológica y meteré a alguien que me sirva para algo. ¿Entendido? —Para mi sorpresa, Grace se inclinó y me besó de nuevo—. Esta no era la respuesta que estaba esperando, precisamente.

—Mira, Kate, me gustas como hacía tiempo que no me atraía nadie. Te prometo que lo que siento no intervendrá en mi trabajo. Sé que estás con Joseph, pero también sé que no estáis bien. Tan solo quiero que sepas que estoy aquí como reserva esperando por si me dejas jugar.

Retomé la marcha y, justo al lado de donde había detenido el coche, vi a Pepe Nakada mirándonos asombrado. El chaval había visto la escena en primera plana y continuaba con la boca abierta. Le saludé con la mano intentando que el momento fuese menos incómodo para los tres y me dirigí a casa de Volta. Si yo fuese Elizabeth me iría a por el más débil de todos y ese era sin duda el vejstorio o el enano regordete.

Después de que los agentes me asegurasen que no había habido ningún movimiento desde que comenzaron su guardia, Grace y yo fuimos y llamamos a la puerta para corroborarlo con nuestros propios ojos.

—Disculpe las molestias, tan solo queríamos saber que todo andaba bien —le expliqué a un todavía más feo Volta. Parecía que le acabábamos de despertar y tenía los pocos pelos como si hubiese metido los dedos en un enchufe.

—Voy a empezar a considerarlo acoso policial en vez de custodia. Buenas noches —nos gritó dando un portazo que casi me deja más chata de lo que ya era.

—Bueno, quedan dos —me consoló Grace encogiéndose de hombros.

Cuando nos montamos en el coche nos llamaron por radio anunciando la aparición de un cadáver en nuestro distrito. O era el dueño de las uñas o la gente estaba comenzando a volverse loca del todo.

Cambiamos de dirección y acudimos a la llamada. La zona era la peor parte de la ciudad, había droga, prostitutas, camellos y toda la alta alcurnia que pudieras imaginar, pero pese a lo que pudiese parecer casi nunca había problemas, los ladrones no robaban en sus casas...

El cuerpo estaba tapado por una sábana blanca con una cruz pintada sobre él. Me recordaba a algo que había oído o leído con anterioridad, pero no sabía exactamente qué ni dónde. Otra patrulla cerca encontró el cuerpo y dio el aviso. Me confirmaron que ya estaba cubierta cuando ellos llegaron y que no habían tocado nada. Al levantar la sábana descubrimos a una mujer de unos cincuenta años, con un tiro en la frente a modo de ejecución. Definitivamente no se trataba del cadáver que estaba esperando ver. El suelo estaba cubierto de sangre y el pelo estaba sumergido en un gran charco carmesí.

De la nada apareció una joven pelirroja, con exceso de maquillaje, tacones de aguja y un traje que yo podría usar perfectamente de cinturón para mis vaqueros. Corrió hasta nosotras intentando quitar la sábana. La detuve y esta entró en pánico.

—¡Quiero saber quién es! ¿A cuál de todos nos ha tocado ahora?

—Es la escena de un crimen, no puede pasar —le dije lanzándole una mirada a Grace y esperando que ella me entendiese.

Al segundo siguiente mi nueva compañera estaba ladrándole a los dos policías para que pusieran el precinto y acordonasen la zona, cosa que ya tenían que haber hecho para que precisamente esto no sucediese.

—¡No os importamos una mierda! ¡Al contrario, estoy segura de que os alegráis con todo lo que está pasando!

—Señorita, o se calma o tendré que detenerla —le advertí.

Grace me oyó y se situó a mi lado, supongo que por si necesitaba algún tipo de ayuda. La pobre muchacha no pesaría más de cincuenta kilogramos, pero según me indicaban sus pupilas iba de cocaína hasta el culo, y con personas en ese estado nunca se sabía por dónde podían salir.

—¿Me vas a detener a mí? Al hijo de puta que nos está cazando no, a mí. ¡Me dais asco! —concluyó satisfecha tirándome un asqueroso escupitajo en la chaqueta.

Grace la cogió por la mandíbula casi levantándola del suelo, la golpeó contra la pared, girándola, y le puso las esposas.

—Creo que una noche en el calabozo no le vendrá mal —sugirió a la vez que la conducía al coche patrulla de los dos polis incompetentes, quienes todavía estaban luchando contra la cinta como si de una anaconda se tratase.

—¡No, a comisaría no! ¡Lo siento, os contaré lo que sé, pero tenéis que jurarme que haréis algo! ¡Quiero saber quién es! Por favor. —Lloró la prostituta con lágrimas de verdad, dando pequeños saltitos.

Me limpié con un clínex como pude los restos de saliva, la miré y sentí curiosidad. Quería saber qué sucedería cuando viese de quién se trataba, así que me agaché y levanté la sábana. La chica se puso a gritar como si le estuviésemos arrancando los dientes uno a uno, llamando la atención de todo el vecindario. Pese a que estábamos en un callejón poco o nada transitado, la muchedumbre comenzó a arremolinarse a nuestro alrededor y presentí que la cosa iba a empezar a complicarse. Fui rápida hasta la esquina donde estaban jugando a la comba Mortadelo y Filemón y les ordené que pidiesen refuerzos y al equipo forense inmediatamente. Cuando los hombres levantaron la cabeza y se dieron cuenta que estábamos rodeados por bandas y yonquis, se pusieron pálidos y se dieron patadas en el culo para llegar hasta su coche. Para que después digan que los hombres son los héroes de las historias...

—¡Teresaaaa! —gritó la chica esposada cayendo de rodillas. Un chaval moreno, delgado y con gorra se le acercó sin importarle que Grace estuviese al lado y la abrazó.

«¿Dónde cojones estaban los refuerzos?». La multitud comenzó a zarandear el coche patrulla con los dos lumbreras dentro, todavía más blancos que antes, si es que eso era posible. Hice señas a Grace para que se colocase junto a mí y ella no tardó en reaccionar. Se me vino a la mente la

imagen del pobre Rich casi vomitando al ver el cuerpo, menos mal que decidió no acompañarme o se habría visto envuelto en este embrollo y no sé cómo hubiese actuado él. Sin embargo, Grace era distinta, a ella le gustaba la acción, incluso diría que lo estaba disfrutando, no mutó su gesto de tranquilidad ni un solo segundo pese a que cada vez nos estaban estrechando más el cerco. Si seguían, terminaríamos encima de la muerta.

Un cristal salió de la nada y golpeó a Grace en la mejilla haciéndole un corte profundo. De un manotazo la coloqué tras de mí, saqué la pistola y di dos tiros al aire a modo de advertencia. Justo cuando los gritos comenzaron a dejarme sorda, el hermoso sonido de la sirena de los coches de policía aulló más fuerte y todos se desperdigaron tan rápido como aparecieron. Me giré a ver a Grace. La herida tenía mala pinta y necesitaría puntos. Joseph situó su vehículo a nuestro lado y vino a ayudarnos, mientras que los dos polis ineptos salieron sofocados y sin aire como los que habían hecho algo en cuanto vieron llegar a los refuerzos.

Cuando fui a explicarle a Joseph todo lo que había pasado, y que no tenía ni idea de a lo que se refirió la prostituta al decir que los estaban cazando, vi algo brillar en la oscuridad y a continuación un golpe seco me dio en el hombro con tal fuerza que me tiró de espalda haciendo que me golpease la cabeza.

De pronto percibí un calor inmenso en la zona del pecho seguido de un dolor punzante. Conocía esa sensación de sobra, ya la había vivido más veces. Sabía que estaba en el suelo mirando las estrellas. «Al menos era una noche sin nubes, sería una pena morir observando la bruma, fue lo último que pensé».

CINCO

ESTABA EN UN bar bebiendo cerveza cuando de pronto vi entrar a Clea sonriéndome. Casi me dio un infarto al verla. Estaba radiante, su larga y lacia melena rubia le caía en cascada a ambos lados de los hombros y sus espectaculares ojos brillaban relucientes como si fueran dos luciérnagas perdidas en la noche. Corrí hacia ella, pero justo antes de abrazarla alzó la mano y me detuvo. Las lágrimas me enturbiaban la vista, quería estar en ese lugar, me daba igual dónde estuviésemos. Si aquello era el cielo o el infierno estaría bien a su lado. Hasta ese momento no me di cuenta de cuánto la echaba de menos. Su risa, su voz, sus enfados, su mirada, su forma suave de regañarme... La añoraba más que a nada ni a nadie.

—Clea, lo siento, lo siento muchísimo — sollocé, aproximándome, hasta que su palma se encontró con mi pecho.

—Abre los ojos, Kate —me ordenó levantando la mano y acariciándome la mejilla. No quería irme a ningún lugar en el que ella no estuviese—. Mi pequeña Kate, siempre igual de cabezota. ¿Quién atrapará a los malos si no regresas? Yo estaré aquí para ti, pero no es tu momento —concluyó acercándose y dándome un suave beso en los labios para a continuación volver a susurrarme—: Abre los ojos, Kate.

El aire llenó mis pulmones de nuevo, intenté incorporarme, pero tenía las manos atadas a los lados. Hacía frío, mucho frío, estaba congelada, comencé a tiritar como nunca antes lo había hecho, las luces me cegaban, tenía a personas discutiendo y gritando sobre mí. Estaba confundida, desorientada y quería volver con Clea, hasta que lo oí. Joseph estaba chillándole a alguien, no entendía lo que decía, pero por su tono de voz no me gustaría estar en el pellejo de con quién estuviese batallando. Tenía algo en la garganta que me estaba haciendo mucho daño, quería gritarles que parasen que me explicasen qué estaba sucediendo, y de pronto todo se apagó de nuevo.

Una extraña sensación de *dèjà vu* me llenó la mente de recuerdos al abrir los ojos. Estaba en una habitación blanca de hospital con Joseph durmiendo en un sillón a mi lado. Tenía esa cara de tonto que ponía cuando descansaba que tanto me sacaba de mis casillas, odiaba sentir pena por él o por

cualquiera, nadie debería sentir lastima por otro semejante, y sin embargo cuando lo veía así de desprotegido ese era el sentimiento que primero llegaba a mi cabeza.

Me senté como pude para hacer balance de los daños. Al apoyar el brazo derecho el dolor punzante regresó incluso más fuerte que la vez anterior haciendo que soltase un quejido lo suficientemente alto como para que Joseph diese un salto de su improvisada cama y corriese a mi lado.

—¿Estás bien?, ¿llamo al médico?, ¿tienes mareos?, ¿me oyes?, ¿ves?, ¿puedes moverte?

—Sí, no, no, claro que te oigo, ¿cómo? ¡Paraaa! Joseph, no puedo responderte todo eso a la vez, no me ha dado tiempo ni siquiera de comprobar tantas cosas, me acabo de despertar —gruñí. Joseph sonrió, me sostuvo la cara y me besó con tal fuerza que casi dejé de percibir los labios durante algunos segundos.

—Está claro que estás mejor de lo que todo el mundo pensaba —agregó alegre.

—Si especulabas que te ibas a librar de mi tan fácilmente, vas listo. ¿Me cuentas qué ha pasado o pido una solicitud?

—Te dispararon en el callejón cuando intentabas cubrir a Grace y al caer te diste un golpe muy fuerte en la cabeza. Te han hecho pruebas y parece que no es grave, pero tu corazón dejó de latir durante un tiempo y no sabían las consecuencias que tendría.

—Guau, esta vez estuve cerca, ¿no?

—Demasiado, Kate. Este caso te está superando. Intenté decírtelo...

—¿Sabemos algo de la prostituta a la que dispararon?

—¿En serio quieres hablar de trabajo?

—Lo necesito.

—Grace ha comprobado lo que la chica os contó y era cierto, alguien está aniquilando o haciendo desaparecer a vagabundos, prostitutas, drogadictos y homosexuales, pero como son nómadas en su mayoría no se han relacionado las desapariciones, no han sido denunciadas.

—¿Todas en la misma zona?!

—Sí.

—¿Y cómo coño no nos hemos dado cuenta de eso antes? —grité haciendo una mueca de dolor.

—Kate, no debes alterarte. Has tenido un jodido paro cardiaco, no contaban contigo, por favor.

—De acuerdo, ¿cuándo me dan el alta?

—Hay algo más —continuó.

—¡¿Qué?!

—Te quiero —añadió volviendo a besarme.

—Venga, ahora dime qué sucede...

—La noche que te dispararon desapareció otro de los involucrados.

—¡No me jodas!

—Fritz Haber. Se suponía que estaba en su casa y que no se había movido, pero cuando los agentes entraron a comprobar que todo estaba bien encontraron un pañuelo con cloroformo y ni rastro del señor Haber.

—¿Y los resultados de las uñas del último maniquí?

—Coincidían con las de él.

—¡Mierda! No comprendo cómo va un paso por delante de nosotros siempre. ¿Los otros dos elementos?

—Están en casas francas separadas, imposibles de localizar. Puedes estar tranquila.

Grace vino un día a verme y fue bastante incómodo, por suerte Joseph estaba allí y nuestra conversación fue de lo más trivial. A la semana de permanecer enclaustrada los médicos medio me dieron el alta, creo que más bien por obligación, porque aguantarme más días les hubiese costado la baja psicológica de la mitad de las enfermeras de mi planta y echarme les resultaba mucho más rentable.

Lo primero que hice nada más salir fue coger el coche y dar una vuelta por el barrio en el que me dispararon. Había doblado la presencia policial de aquella zona. Me sentía culpable por no haber sido capaz de relacionar las muertes antes de tener tantos cadáveres sobre la mesa. Si era sincera

conmigo misma, aquello estaba comenzando a superarme, tenía dos casos distintos y ni idea de por dónde seguir en ninguno de ellos.

—¿Segura que no quieres estar unos días en casa tranquila? —insistió Joseph, que se había empeñado en acompañarme.

—¿Sigue sin aparecer el resto del cuerpo de Haber? —pregunté ignorando su perseverancia. Joseph negó moviendo la cabeza y mirando a todas partes, temeroso de que pudiesen volver a intentar matarme—. Tan solo le faltaban las uñas, es posible que lo tenga retenido con vida en algún lugar. Nadie va a dispararnos, ¿puedes prestarme atención?

—Perdona, pero no comprendo por qué has querido venir hasta aquí. Que mi mujer tenga instintos suicidas me altera un poco, la verdad.

—No tengo instintos suicidas, necesito respuestas y, si quieres las cosas bien hechas, amigo mío, hazlas tú mismo —concluí deteniendo el coche de pronto, me bajé y corrí hasta una chica que permanecía apoyada en una farola mirando al más allá.

—¿Tú!? —se sorprendió al verme e hizo el amago de salir corriendo de nuevo, pero esta vez estaba preparada, le apunté en las costillas con el dedo índice a modo de pistola. Le desapareció el color del rostro en segundos y desistió de su planeada carrera.

Joseph llegó a los pocos segundos, pero yo ya tenía las esposas sacadas. Cuando utilicé el brazo que se suponía debía de tener en reposo, noté la manera en la que cada milímetro de mi cuerpo se retorció de dolor llegando incluso hasta el punto de marearme y de comenzar a ver turbio. Lo disimulé como pude, la metimos en el coche y nos fuimos a comisaría.

—¡Esto es acoso! —gritaba desde la sala de interrogatorios. Aguardé un poco más hasta que se tranquilizase o por el contrario que siguiese alterándose y que fuese más fácil sacarle la información si estaba con la guardia baja. Cuando me dispuse a salir, Grace entraba en la habitación.

—¡Capitana! Me han dicho que estabas aquí, pero no podía creerlo. ¿No se supone que deberías estar un tiempo de baja?

—¿Y exactamente quién me va a obligar, tú...? Mira, Grace, ese beso no ha sucedido nunca, quiero a Joseph, estoy bien con él, todas las parejas tienen sus altibajos y el que diga lo contrario, miente. Y lo más importante, no tengo edad para que una niñata experimente con su sexualidad.

¿Entendido?

—Perfectamente. Solo quería darle las gracias por cubrirme en la calle — respondió con los ojos vidriosos, tratándome de usted.

—Acompáñame en el interrogatorio — concluí saliendo sin querer mirarla para no sentirme más mierda de lo que ya lo hacía.

La chica parecía estar un poco más relajada, sentada mirándonos con cara de asco, pero al menos no chillaba como si fuese un cochino en el matadero.

—No creas que me alegro de que sigas viva.

—Yo también estoy entusiasmada por verte —ironicé cogiendo una carpeta y leyendo en alto sorprendiéndome yo misma al descubrir lo que ponía—. Tu nombre es Lorraine Page, y fuiste policía encubierta hace unos años, hasta que te echaron por robar droga del almacén de pruebas. Teñirte el pelo no sirve de mucho para que no se te reconozca. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo que haga con mi vida ya no es asunto vuestro, no tenéis nada con lo que retenerme aquí. ¿Lo sabes? —me imitó descarada.

—Quiero creer que te queda algo de lo que un día fuiste y que harás lo correcto.

—No pienso decirte quién te disparó, vosotras os lo buscasteis — continuó cruzándose de piernas y lanzándome una mirada penetrante con los que en alguna ocasión fueron unos bellísimos ojos castaños.

Estaba comenzando a sudar, las manos le temblaban y estaba cruzada de brazos procurando esconder las marcas de pinchazos. Realmente era una pena ver cómo se podía arruinar una vida de esa forma, y lo peor era que en parte la culpa era nuestra. Sabía lo que podía hacerte estar metida en mafias de drogas y toda esa chusma, lo había vivido de cerca, demasiado cerca, y no podía más que sentir empatía por aquella mujer.

—Dime todo lo que sepas sobre las desapariciones o asesinatos de la zona —le pedí sorprendiéndola—. Si quieres que detengamos a quien mató a Teresa y a los demás te ofrezco la oportunidad de ayudarnos. ¿Qué dices?

—¡Kate! —dijo Joseph interrumpiéndome entrando en la sala sin llamar. Como era de esperar lo miré con ganas de asesinarlo, pero su rostro me reveló que lo que fuese era urgente.

—Mira, Lorraine, te dejaré marchar, pero quiero que pienses mi

propuesta y me contestes. Llámame a la hora que sea, como informante de la policía tendrás una bonificación económica, en lo que te la gastes es tu problema —añadí dándole una tarjeta e intentando que el síndrome de abstinencia que comenzaba a exteriorizársele fuese seducido con el tema económico por si la coherencia no le llegaba al cerebro.

—¿Qué ha pasado? —pregunté rápidamente dejando que Grace se encargase de liberar a la expolicía.

—Han encontrado el cuerpo de Fritz Haber y ha desaparecido Volta.

—¿No se suponía que estaba en un lugar secreto y que no les sucedería nada?! —chillé como si él mismo lo hubiese raptado.

—Kate, no comprendo cómo ha podido pasar. Hemos seguido el protocolo de siempre. No tenían móviles y la guardia ha sido la misma durante todo este tiempo.

—Pues me temo que hay alguien desde dentro ayudándola y juro que cuando me entere lo voy a matar con mis propias manos. ¿Dónde está Rich?

—Abajo, supongo.

Fui a la cueva de mi, esperaba, aún amigo quien para variar estaba metido en su mundo tecnológico.

—Rich, quiero que me ayudes con el caso de la prostituta muerta. No me da la vida para más y tiene que haber algún topo entre nosotros. Lo que no comprendo es quién ni por qué. ¿Podrás?

—Claro, lo que necesites, jefa —respondió alegrándome el día. Cuando estuve ingresada no supe nada de él y temía que nuestra relación se hubiese visto mermada por culpa de mi mal genio.

—Te va a llamar una confidente y no creo que tarde mucho. Ha sido policía, pero ahora mismo es drogadicta y prostituta. Siento dejarte este lío, pero te toca lidiar con ella. Lo mismo echas un polvo real en vez de virtual —bromeé dándole un golpecito en el hombro.

Joseph y yo nos dirigimos a la empresa de fumigación que tenía Haber. Los técnicos estaban fuera de una sala y habían sellado la puerta.

—Capitana —me saludó el enclenque que tenía pesadillas conmigo y seguro que también una diana de dardos con mi cara en su dormitorio—. El guarda de seguridad que encontró el cuerpo está en el hospital. No hemos

podido entrar.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque, según la sintomatología y la evolución clínica del guarda que está en el hospital, es compatible con el diagnóstico de intoxicación por fosforo de aluminio que se usa precisamente para la fumigación —respondió nervioso.

—¿Y en español eso quiere decir...?! —le insté.

—Capitana, si han echado ese producto hay que esperar con el lugar precintado de cuarenta y ocho a setenta y dos horas antes de poder acceder a la zona, porque es un gas letal del que no existe antídoto para su intoxicación aguda.

—¡Mierda! ¿Ha entrado alguien más?

—Sí, señora, pero está también en el hospital para que le realicen las pruebas pertinentes. Podemos entrar con máscaras, pero habría que sellar el resto del perímetro. Estábamos aguardando sus órdenes.

—Pues ya estás tardando. ¡Tenemos que entrar ya! —le mandé saliendo de allí para fumarme un maldito cigarro. Mataba por tomarme una copa, pero con Joseph de guarda espaldas lo tenía bastante complicado.

—Kate, tranquilízate. No es su culpa, tienen que seguir el protocolo para estas situaciones, lo sabes.

—Joseph, no comprendo qué es lo que quiere. Estoy intentando meterme en su jodida cabeza. Si ella cree que su hermano desapareció por culpa de estos mal nacidos, cosa que yo también comienzo a pensar, ¿es solo una vendetta personal? ¿No es más fácil simplemente pegarles un tiro en la cabeza? Es una mujer, por muy fuerte que sea, y no es el caso, tiene que batallar con ellos. ¿Cómo se ha enterado de dónde estaba el otro?

—Los agentes dicen que entró en el cuarto de baño a darse una ducha y que cuando fueron a ver por qué tardaba estaba la ventana abierta y ni rastro de él.

—Kate, céntrate —me dije en alto—. A ver, esto es como un mal chiste gaditano; ¿qué tienen en común el dueño de una empresa inmobiliaria y de construcción, uno de eliminación de residuos, otro de energía renovable, una clínica privada y una empresa de fumigación con un informático?

—Cariño, creo que se te está yendo la cabeza...

—¡Calla! ¡Somos estúpidos! ¿Por qué no nos han dejado mirar en sus cuentas o en sus ordenadores? ¡¿No lo ves?!

—No, no lo veo.

—¡Ordenadores! Todos tienen ordenadores. Han tenido que contratar a un técnico alguna vez, ¿no? ¿Y si Charles descubrió algo que no debía? Llama a Rich inmediatamente —grité eufórica por mi nuevo e inconcluso hallazgo justo cuando mi móvil comenzó a sonar con el nombre de Rich en la pantalla. ¡Eso sí que era efectividad!—. Iba a llamarte ahora mismo, necesito que busques quién era el que se encargaba de los ordenadores y de toda esa mierda que tú haces. ¡¿Cómo?! —Colgué con el miedo de nuevo recorriéndome el cuerpo tras su respuesta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joseph angustiado al verme.

—Han llamado los de balística. El proyectil de mi hombro y el de la cabeza de la prostituta provenían de la misma arma. El asesino estaba viéndonos aquella noche.

—Kate, no me gusta cómo se está encauzando todo esto.

—Joseph, ¡lo tenemos! Tan solo hay que preguntarle a los que estaban por la zona y conseguiremos una descripción. Yo simplemente era un daño colateral. Dudo mucho que venga explícitamente por mí. Aquí no podemos hacer nada, ayudemos con el otro caso.

No sabíamos exactamente dónde vivía Lorraine, me imaginaba que en la calle o con algún chulo por aquella zona, así que Joseph y Rich patrullaron por una parte, y Grace y yo por el otro. Como era de suponer el silencio en el coche era tan jodidamente incómodo que aparqué y le dije que continuásemos a pie.

—Capitana, ¿se ha puesto chaleco?

—Grace, no he usado esa cosa incómoda en mi vida y no voy a comenzar a usarla ahora, me han disparado más veces y sigo viva —le respondí procurando ser cordial—. Vamos a aquel bar, aún no es de noche y las putas tienen poco que hacer en la calle.

Tal y como pensé la ex poli estaba encima del típico machote con cara de pánfilo, gafas oscuras dentro de un local y flequillo a lo *Luke Luke* a falta del

sombrero de vaquero. El sitio era de los que yo personalmente añoraba, olor a mugre, suelo sucio, dardos en una esquina, mesa de billar con el desgastado tapete verde rajado y lleno de sospechosas manchas blanquecinas que casi prefería no pensar de qué eran... Si vinieran los de la científica con sus linternas ultravioletas se volverían locos de contentos.

Lo que más me llamó la atención fue que detrás de la barra no hubiese nadie atendiendo. Grace y yo nos pusimos al lado de la feliz y extrovertida parejita a la que lo único que le faltaba era mostrarnos directamente sus campanillas. El espectáculo de babas para un lado y para otro estaba empezando a levantarme el estómago. Me senté en el taburete de al lado y grité:

—¿No hay nadie que sea capaz de poner una maldita copa en este antro?!

Lorraine pegó un salto al oírme y le tiró el vaso de la mano a su acompañante derramándole el contenido encima de los pantalones.

—¡Eres una puta inútil! —le gritó a la vez que la zarandeaba del brazo y le pegaba una sonora bofetada dejándole los cinco dedos marcados en la cara.

Ella, al echarse para atrás y soltarse, cayó de culo sobre mis pies. Si había algo que detestaba era que un capullo se sintiese superior a una mujer, me daba igual fuese lo que fuese esta, así que se apoderó de mí la protectora que llevo dentro, me levanté y le propiné un puñetazo al engreído cambiándole de lado el ridículo flequillo. Tres hombretones que estaban sentados a pocos metros de él se levantaron y se pusieron en posición defensiva para ayudar a su amigote. Lorraine se acrecentó, cogió un trozo de vidrio roto del vaso que había caído y lo alzó amenazándolos. Aquello comenzaba a pintar mal.

Miré a Grace y esta se adelantó, sacó la placa y la pistola y se colocó junto a nosotras, pero por lo visto le tenían el mismo respeto a la autoridad que al sexo opuesto y nos lanzaron una silla, dándole a Lorraine y volviendo a derribarla. Desde luego no era su día de suerte. Me cabreé del todo y extraje el bastón extensible del cinturón y con un rápido movimiento le di un golpe contundente en todas las pelotas al que le había agredido, mientras se derrumbaba en el suelo de rodillas como si estuviese a punto de pedirme matrimonio. Lo levanté de nuevo y señalé con la cara a los tres valientes. A mi espalda oí cómo Grace pedía refuerzos. El trio salió corriendo, dejando

allí tirado a su supuesto amigo revolcándose en el suelo como si fuese una croqueta en la freidora.

—¿Has visto la que has liado en un momento? —me recriminó Lorraine sentándose a mi lado y bebiéndose algo de un color anaranjado típico del que tienen los *whiskies* malos, poniéndose la mano en el cachete amoratado para intentar ocultarlo.

—De nada.

—Si no hubieses aparecido nada de esto habría ocurrido —concluyó y se levantó entrando detrás de la barra. Cogió dos vasos empañados, los situó delante de mí y los llenó. Levantó uno de ellos, le dio con él al borde del otro y añadió—: Salud. Por una vida llena de mierda.

—Igualmente —respondí mirando de soslayo sobre mi hombro y tras comprobar que Grace aguardaba en la puerta a que llegasen los refuerzos. No tenía muy claro para qué los había tenido que llamar. Me tomé el veneno que me acababa de dar como si se me fuese la vida en ello—. ¿Me ayudarás con el asesino?

—Si dejas de venir a mi bar y espantarme a la clientela, sí.

—¿Es tuyo? —le pregunté asombrada, estuvimos buscando y no aparecía en ningún lado que tuviese ninguna propiedad ni mucho menos algún negocio.

—Es de mi padrastro, el viejo está en un asilo y me encargo de llevarlo como puedo. Me temo que no he arreglado los papeles todavía. Comprenderás que no me lleve muy bien con el sistema después de que me utilizasen y tirasen cuando no me necesitaban como si fuese un despojo —me confesó dando la vuelta y proporcionándole una patada al chulo que permanecía en el suelo con las lágrimas saltadas—. ¡Solón, levanta ahora mismo y sal por la puerta trasera por la cuenta que te trae!

—¡Pero...! —exclamé.

—Mi casa, mis normas, hermana.

—¡Corre! —le advertí levantándolo de un puñado. El tal Solón anduvo como pudo sosteniéndose los testículos y desapareció de nuestra vista.

Cuando Grace miró al interior y lo vio vacío suspiró y volvió a llamar por radio para anular el aviso.

—Veo que todo sigue igual, la policía es como para una urgencia —se mofó—. ¡Tú, la novata! Entra y cierra la maldita puerta si no quieres que vuelvan a tirarte otra botella por tener cara de tonta.

—Repite eso si tienes... —comenzó a decirle hasta que me vio mover la cabeza de un lado a otro, se contuvo y obedeció a nuestra nueva amiga.

SEIS

GRACE Y YO nos sentamos en una mesa mientras que nuestra aliada a la vez que camarera nos servía dos vasos más de *whisky* y se acomodaba con nosotras. El bar estaba cerrado con llave, así que tenía la tranquilidad de poder beber sin ser sorprendida por Joseph. Cada trago que tomaba hacía que mi sentimiento de culpa fuese desapareciendo poco a poco. No es que fuera a coger una borrachera, ni mucho menos, era tan solo una reunión de trabajo. Otras veces cuando había estado infiltrada yo misma tuve que consumir cocaína y no por ello era drogadicta, me consolé.

—No creáis que se sabe demasiado. He estado preguntando por las calles, pero desde que me llevasteis a comisaría la gente no se fía de mí como antes, saben que fui madero y eso no me da muchos puntos por aquí, que digamos. Tan solo espero que no hayáis terminado de joderme la vida y que la gente vuelva a entrar en el bar.

—Dinos lo que puedas y veremos cómo podemos hacer para ayudarte, *quid proquo*, amiga —le prometí, seguramente porque con el alcohol estaba comenzando a sentir eso de la amistad de forma exacerbada, lo que significaba que si no quería tener problemas con Joseph lo mejor sería que me contuviese.

—Han visto a una especie de monje, vestido con hábito marrón de estilo franciscano. El problema es que siempre lleva una capucha cubriéndole la cara. La gente es muy supersticiosa y ya le han apodado el Apóstol de la Muerte, dicen que viene a llevarse a las almas impuras. Hasta ahora ha matado a pobres enganchados, prostitutas, camellos y homosexuales.

—Si le dan un nombre lo que hacen es acrecentar el ego de ese psicópata —añadió Grace, quien estaba tomando notas.

—Lo sé, pero dicen que lo único que se ve en la escena de los crímenes es un destello, luego la víctima cae al suelo y el Apóstol desaparece hasta que encuentra su siguiente objetivo.

—Estos dos casos van a terminar con mi cordura —confesé apurando el culillo que me quedaba en el vaso.

—¿Dos?

—Es información clasificada, no podemos revelarte nada —contestó Grace satisfecha.

—Una loca que está en modo *supergirl* activado y se está cargando a un montón de magnates de la ciudad —le expliqué haciendo que Grace se enfadase.

—¿Ahora además de emborracharnos en las guardias también contamos el historial de los casos abiertos?

—Grace, no es que ella sea ningún periodista ni nada por el estilo —le recordé dándole un golpe bajo, podía que demasiado bajo incluso para mí. Grace se levantó, se fue a la puerta, abrió el pestillo y salió dando un portazo.

—Creo que hay problemas en el paraíso. Cuando yo era novata no se me permitían esos desaires hacia un superior. A no ser que...

—¡A no ser nada! —grité antes de que siguiese inmiscuyéndose en mi vida—. Rich, uno de nuestros mejores hombres, se pondrá en contacto contigo o vendrá a verte. Hasta entonces procura que no te maten.

—Trato hecho, jefa.

Me dirigí al coche yendo lo más recta que mi pequeña e imprevista borrachera me lo permitía. Grace estaba ya en el sitio del conductor mirando al más allá esperando a que llegase. Me subí, llamé a Joseph y quedamos en mi despacho de nuevo.

La carretera en aquella zona estaba destrozada y el coche iba dando pequeños saltitos a medida que cogía los adoquines inexistentes.

Se podían distinguir los rostros de las personas escondidas tras las ventanas, expectantes por ver quién sería el próximo en caer de todos ellos. Allí nadie estaba libre de pecado y, si realmente pensaban que el asesino era un justiciero del Señor, a lo mejor el índice de delincuencia bajaba durante un tiempo. Era como una nueva Sodoma y Gomorra, pero en vez de llamas esta vez estaban usando balas. Nunca fui muy creyente ni presté mucha atención en clase de Religión, así que tendría que tirar de contactos para poder dar con él.

Estaba muy cansada, me dolía la herida y la cabeza me iba a explotar,

demasiado tiempo sin beber, e igual de rápido que se me había subido me bajó. Estaba comenzando a sentir el corazón latir en mis sienes. Cuando estábamos en la puerta de comisaría los técnicos me llamaron. Habían comprobado con el medidor de gases que ya no era peligroso acceder a la parte donde estaba el cuerpo de Haber. Volví a llamar a Joseph y cambié nuestro punto de encuentro, pero al llegar el lugar estaba lleno de periodistas y cámaras que casi no nos dejaron acercarnos a la entrada. Me llevé las manos a la cabeza y cerré fuertemente los ojos, quizá si lo hacía toda aquella locura desapareciese. Mi neurona estaba comenzando a no dar para más.

—Tómate esto —me dijo Grace ofreciéndome una pastilla y una botella de agua que sacó de su bolso—. Se te pasará, créeme. —Gracias —dije haciéndole caso y tragándome el líquido sin respirar.

Los flashes nos cegaron una y otra vez en el instante en el que abandonamos el coche, los paparazi estaban locos por tener noticias del caso. Primero salió en la prensa que había un asesino en serie de mujeres y ahora alguien había corrido la voz de que estaban matando a los ricachones estos y que la policía no tenía ninguna pista. Tan solo me faltaba que conociesen el nombre del Apóstol de las narices y me degradarían en cero coma dos. Aunque, a veces, me preguntaba si no sería lo mejor.

Joseph y Rich ya estaban allí. Atravesamos la marabunta de cámaras como pudimos y cuando traspasamos la barrera policial suspiré como si la meta hubiese estado a kilómetros de distancia en vez de a escasos metros.

—Decidme que no hay ningún maniquí, por favor.

—Warne, aún no hemos entrado. Acabamos de llegar —me desilusionó Joseph. Cuando iba a acceder a las instalaciones me tiró disimuladamente de la manga de la chaqueta y me susurró al oído—: ¿Estás bien?

—Cansada, no me pasa nada.

El olor a amoníaco se había disipado, los plásticos ya no cubrían la pared del fondo y los técnicos estaban aún con los trajes blancos y las máscaras en la mano.

—Capitana, ya pueden entrar —dijo el pobre chaval con cara de miedo. La verdad es que estaba comenzando a caerme bien, pero nunca se lo diría ni tampoco se lo demostraría, le quitaría toda la gracia.

Entré rezando no ver otro espeluznante muñeco vaticinador de la muerte.

En los anteriores escenarios lo habíamos encontrado mirando el cuerpo, como si fuese un mensaje que la supuesta asesina nos estuviese mandando. Una figura vigilante, inerte, observadora y a la vez muda, alguien que estaba presente, que lo sabe todo y que no puede ayudarnos en nada. Supuse que así era como se sentía Elizabeth, como esos maniqués que nos va dejando con restos de su próxima víctima. Me preguntaba si ella se veía realmente como el verdugo o como el mártir.

El hombre parecía dormido, a excepción del vómito sobre el que reposaba su cuerpo, y todavía tenía los ojos abiertos. La habitación era su despacho. Había cuadros con fotos de aviones fumigadores de todas las épocas, un ordenador sobre una mesa abarrotada de papeles, una silla desgastada y, detrás de esta, un archivador con los cajones abiertos. Me acerqué y lo inspeccioné mejor. La cerradura había sido forzada y la mayoría de su contenido estaba desperdigado por el suelo. En la mesa, debajo del pie de una lámpara, había un pequeño sobre de papel en el que ponía «Detective Kate». Los ojos se me abrieron de par en par, por fin nos había dejado algo. Lo fotografiamos todo debidamente y eché al resto del cuarto. Necesitaba estar tranquila y sola para pensar con claridad. Dentro había una nota que decía:

**La casa se vendió y su peso no aguantó. La basura que se
hundió al final reflató.**

Los pájaros dejaron de cantar justo después de respirar.

La luz que anunció nunca brilló.

El que sanó lo cubrió.

Su amigo de teclas le falló.

Elizabeth Cochrane.

No tenía ni idea de lo que significaba aquello, pero si lo había escrito para mí era porque o bien suponía que lo entendería o me tenía más estima de lo que debería. Le hice una captura con el teléfono y la incluí junto con las otras pruebas. Salí de allí desmoralizada nivel Dios, me acerqué al resto del equipo y les dije que nos veríamos a la mañana siguiente si no había más incidentes durante la noche, que tuviesen los teléfonos operativos por lo que pudiese suceder.

Una vez en casa me metí en la ducha y dejé que el agua corriese por mi cabeza durante más de media hora, necesitaba despejarme y centrarme a la

vez. Ahora me tocaba afrontar a Joseph en la cama, no es que el beso de Grace hubiese significado nada ni mucho menos, bueno, los besos..., a nadie le amarga un dulce y que una niña se fijase en mí es bastante halagador. Cuando fui al cuarto él ya estaba acostado, mirando al techo.

—Ven —sugirió abriéndome las sábanas. Obedecí y apoyé la cabeza con el pelo aún mojado sobre su pecho. Él me rodeó con los brazos y me besó en la frente—. Te quiero. Estoy preocupado, Kate.

—Todo va bien, solo necesito dormir un poco y esperar que se me ilumine el Espíritu Santo esta noche mientras lo hago para que me diga por dónde cojones tenemos que seguir — bromeé para que se relajase.

Su aroma era acogedor y familiar, no me habría gustado estar en ningún otro lugar que no fuera allí. Era una persona fuerte y nunca había necesitado a nadie, pero Joseph se había transformado en mi Pepito Grillo, mi cordura, mi razón, mis buenas intenciones al levantarme, era mi medio limón y yo su media naranja, es decir; no teníamos absolutamente nada que ver y sin embargo estábamos hechos el uno para el otro, lo único que a veces se me olvidaba, y era esos íntimos momentos los que me devolvían la lucidez. Realmente lo amaba y quería estar con él.

Creo que tengo un algo en la cabeza que cuando quiere hace mal contacto y me transforma en una persona que no me gusta, una que no quiero ser, una a la que todos odian, incluida yo.

Me quedé dormida mientras él me acariciaba la espalda con dulzura recitando una y otra vez la maldita nota que me traía loca. Una y otra, y otra, y otra vez...

El olor a café recién hecho y la música de Lindsey Stirling me despertaron de mejor humor del habitual. Entre los diminutos orificios de las persianas se colaban discretos rayos de luz que formaban dibujos en la desgastada pared. Hacía frío, quedaba un mes para Navidad, odiaba esas fechas, Clea las adoraba y me recordaban a ella demasiado, antes siempre me reía cuando se afanaba en decorarlo absolutamente todo, pero ahora que eso nunca más ocurriría lo echaba de menos y me partía el corazón. El desagradable sonido del teléfono me devolvió a la vida real, con el nombre de Rich en la pantalla. Le di al botón del altavoz y continué tumbada a la espera de las noticias de mierda que de seguro tendría que darme.

—Kate. —En el instante en el que le oí decir mi nombre di un salto y me

puse el móvil en la oreja, creo que era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila en todos los años que hacía que nos conocíamos. Joseph escuchó la llamada y ya estaba apoyado en el marco de la puerta mirándome con una taza de café en la mano—. Es Lorraine, la han encontrado muerta en el bar.

—Vamos para allá —respondí dando un puñetazo al colchón y haciendo que se me saltasen las lágrimas, no sabiendo bien si debido al dolor de la herida aún abierta o de impotencia y rabia.

—¿Crees que ha sido el mismo? —preguntó Joseph cuando se lo conté.

—Ahora lo comprobaremos, Rich ha sido bastante escueto en explicaciones y tampoco es que yo lo haya dejado hablar mucho. Pobre chica, no puedo quitarme de la cabeza que si el cuerpo hubiese hecho algo por ella en vez de desecharla a la primera de cambio, tal vez no habría terminado así.

—Kate, cada cosa que hacemos repercute en nuestro futuro y ya somos mayorcitos como para hacernos responsables de nuestros actos. Ella escogió ese camino.

—Pero ¡no es justo! —grité pensando en Lydia. Ambas habían decidido descarrilarse y las dos estaban muertas, yo, sin embargo, había tenido otra oportunidad. Los ojos se me inundaron y tuve que abrirlos con fuerza para no derramar más lágrimas de las que ya lo hice por ella.

El bar estaba precintado y alrededor un numeroso grupo de curiosos, entre ellos mi amigo el reportero entrometido que en cuanto me vio empalideció, pero tuvo los santos huevos de acercarse a mí, grabadora en mano, y comenzar a hacerme preguntas.

—¿Sabía que había un asesino en serie en esta parte de la ciudad? ¿Tiene alguna pista sobre quién es el Apóstol de la Muerte?

Cuando escuché que ya sabía la historia me hirvió la sangre lo justo como para quitarle el aparato de un manotazo y llevármelo dentro del escenario mientras él me chillaba e intentaba colarse. Joseph se detuvo delante de sus narices, se puso delante del monigote de reportero y le dijo algo en susurros. No sé qué fue, pero el estúpido miró al suelo y se marchó sin decir nada más. Tendría que apuntar una nota mental de las mías para preguntarle qué diantres le acababa de decir.

El bar estaba destrozado, encima de la barra descansaban dos taburetes de madera, uno de ellos había golpeado todas las botellas del interior rompiéndolas, y un palo de billar yacía junto al cuerpo de Lorraine. En esta ocasión no la tapaba ninguna sábana, el espectáculo era mucho más dantesco, tenía una jeringuilla vacía clavada en el antebrazo, la cara destrozada y completamente ensangrentada. Su larga melena despeinada le tapaba parte de esta y casi lo preferí, estaba acostumbrada a ver cadáveres, pero nunca terminaré de acostumbrarme a ver los de personas que conocía. En la frente tenía un agujero como el de Teresa y supe que se trataba del mismo psicópata, tan solo esperaba que esta muerte no hubiese sido por nuestro encuentro del día anterior y que ya la tuviese en su punto de mira. Era igual de doloroso, pero me hacía sentir menos mal. Al lado de su mano había un rastro de sangre, me agaché a verlo de cerca y comprobé que las yemas de sus dedos también estaban manchadas de rojo. Había intentado escribir algo, pero no le había dado tiempo, era totalmente ininteligible, tan solo se distinguía la primera letra.

P

Estaba segura de que había batallado con todas sus fuerzas. Acompañé el cuerpo hasta la morgue esperando que debajo de las uñas tuviese restos de su asesino, pero en vez de piel lo que encontraron fueron residuos de cera y, teniendo en cuenta que allí no había ninguna vela, debía de ser del Apóstol. Primero el hábito y ahora la cera, teníamos que buscar en iglesias o en conventos o yo qué coño sé, pero tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

La canción que me había inventado para memorizar el escrito de Elizabeth se me vino de nuevo a la cabeza como si fuese un jodido mantra de relajación. Tenía la costumbre de contar todas las cosas para poder aprenderlas mejor, y al salir de la morgue mientras lo recitaba en voz baja fui contando los versos.

«La casa, uno; la basura, dos; los pájaros, tres; la luz, cuatro; el sanador, cinco, y su amigo, seis».

—¡Seis! ¡Había seis nombres en su casa!

—¿Te pasa algo? —me preguntó Rich topándose conmigo en la puerta de su desordenado despacho.

—Elizabeth me dejó una pista ayer sobre lo que le pasó a su hermano, y nombra a cada uno de los involucrados. ¡No sé cómo no me di cuenta anoche! «Bueno, creo que el alcohol y la resaca tuvieron algo que ver», pero eso era secreto de sumario...

—No te sigo, jefa —admitió con cara de lerdo.

—Es fácil —reivindiqué. Le tiré de la mesa unos cuantos artilugios al suelo, cogí un folio y un rotulador y comencé a hacer cábalas como si estuviese más desquiciada de lo que ya estaba—. Mira —le dije haciéndome un croquis para poder esbozar lo que se estaba formando en mi cabeza antes de que se me olvidase.

La casa se vendió y su peso no aguantó. John Walker tenía una inmobiliaria. Uno.

La basura que se hundió al final reflató. Thomas Midgley una empresa de eliminación de residuos. Dos.

Los pájaros dejaron de cantar justo después de respirar. El tercero fue Fritz Haber, una empresa de fumigación.

La luz que anunció nunca brilló. El cuarto Alessandro Volta, una de energía renovable.

El que sanó lo cubrió. El tonto del doctor, Louis Paster, el quinto.

Su amigo de teclas le falló. Seis.

—Este es el único que nos falta, pero que si conjeturamos que nos está dando pistas sobre sus trabajos o de lo que sucedió, tendría que ser otro informático como Charles Cochrane que lo delató o que los encubrió o algo, no sé. ¿Qué piensas? — le pregunté emocionada.

—Capitana, me dijiste que me encargase del caso del Apóstol de la Muerte y sinceramente no tengo ni idea de lo que me estás hablando —se disculpó.

—Cierto, perdona. ¿Te ocupas de buscar iglesias abandonadas o sitios en

los que se realicen actos litúrgicos? —le pedí.

Subí e informé a Joseph y a Grace sobre mi descubrimiento acerca de la nota. Volta seguía sin dar señales de vida y no sabíamos si había sido capturado o no, pero iba a ir a hacerle una visita al único que me quedaba.

—Kate, me voy a quedar con Rich, está muy raro últimamente. ¿No lo has notado?

—No más de lo normal.

—¿No le dijiste que mirase en los ordenadores de los muertos?

—¡Cierto! Se me había pasado y seguro que a él también. Llevar dos casos a la vez está siendo complicado para nosotros, imagínate lo que tiene que ser para él que no está acostumbrado. No seas muy duro.

—¿Yo? ¿Y qué harías tú entonces? —Sonrió, me dio un discreto beso en la mejilla bajo la atenta mirada de Grace, y se marchó.

SIETE

EL DOCTOR DE las narices por lo visto les había puesto bastantes problemas a los agentes que lo custodiaron durante la semana que estuve en el hospital, pero desde que le informaron que Volta había desaparecido estaba más suave que un guante. Cuando llegamos les di permiso a los vigilantes para que se fuesen a sus casas durante dos horas.

—¿Ha sucedido algo más? ¿Han encontrado algún cadáver? ¿Se puede saber por qué no hallan a esa psicópata? —nos preguntó alterado en el instante en que nos vio.

—Nos han mandado la oreja del señor Volta en un sobre —mentí como una bellaca—. Ahora tan solo queda usted, y mucho me temo que Elizabeth no se detendrá hasta verlo muerto.

Noté cómo Grace dejaba de respirar y empezaba a ponerse de colores para evitar no reírse. Juré que si me estropeaba la estratagema la pondría de patitas en la calle... Pasteur se sentó, se inclinó hacia delante y se agarró la cabeza con las manos rascándose de forma compulsiva.

—¡Esto no tenía que suceder! Esa mujer está loca. ¡Loca! ¿Entienden? ¡Nosotros no sabemos nada de su hermano!

—Entonces, ¿ahora reconoce que se conocían entre ustedes? ¿Sabe que ocultar información también es delito, señor Pasteur? —le recordé intentando tensar un poco más la cuerda.

—¡Sí, nos conocíamos!, pero no tuvimos nada que ver con la desaparición del muchacho.

—¿Nos facilitará ahora sus ordenadores para que podamos examinarlos? —añadió Grace entrando en escena. Pasteur entonces cambió por completo de actitud, se le tensó la mandíbula, se puso en pie y nos respondió pillándome por sorpresa:

—Ya he aguantado suficiente, a partir de ahora yo mismo me encargaré de mi propia seguridad.

—Pero no puede marcharse, corre peligro —dije intentando intimidarlo.

—El mismo que aquí. Ya que tienen un trozo de la otra persona a la que según ustedes custodiaban —concluyó dirigiéndose a la puerta, marchándose y dejándonos con cara de pánfilas.

—¿Tú no podías haber mantenido cerrada la jodida boca?

—Solo intentaba ayudar. Además, estoy segura de que se hubiese marchado de todas formas dijésemos lo que dijésemos —se defendió.

Preferí ignorarla y volver al inicio de todo, en esta ocasión no iríamos solas... Llamé a Joseph para que viniese con Rich a casa de Cressida. Ella tenía que tener información del caso de Charles y con todo lo que se había formado no había tenido tiempo de regresar. Cuando Grace vio que aparcamos en la puerta de la ya conocida casa, tragó saliva nerviosa.

—Joseph y Rich no tardarán en llegar, los esperaremos fuera —le dije para que no hiciese ninguna tontería.

Me encendí un cigarro y antes de terminarlo ya tenía el coche de Joseph enfrente aparcando. Sabía de sobra que después de decirle dónde tenía pensado ir tan solo le faltaría poner las sirenas y salir pitando hasta allí.

—Kate —empezó a decir con cara de ogro.

—Bajaremos los cuatro al sótano y no nos moveremos hasta que encontremos el dichoso caso de Charles Cochrane. ¿Entendido? —le interrumpí dejando claro otra vez quién mandaba. Detestaba hacerlo, pero estaba en un modo protector que no soportaba. Él simplemente se relajó, asintió y se adelantó.

El sobrino de Cressida no vivía allí, pero tampoco creía que le importase que fuésemos y que cogiésemos ningún papel. La última vez no puso ninguna objeción, así que en esa ocasión ni me molesté en avisarlo. Entrar me producía escalofríos y me ponía la piel de gallina. Rich y Joseph se sentaron en la destartada mesa que la Pato usó durante tantos años, mientras que Grace y yo íbamos colocando cajas y pasándoles carpetas. El caos que tenía formado era todo un maldito galimatías. Los casos no estaban fechados, ni tenían el nombre de la víctima en el exterior. Supongo que lo hacía así para ponérselo difícil al que quisiera substraerle algún papel.

—¡Esto es una locura! Si al menos supiese qué estoy buscando... —se quejó Grace.

—Cualquier papel que ponga «Cochrane», o «Charles» o «Desaparecido»

—le explicó Rich.

Ya teníamos una montaña de desapariciones y otra de Charles, pero nada de los Cochrane. Comenzaba a pensar que aquello era una pérdida de tiempo. Me senté, puse los pies sobre la mesa, dejé que la silla se balancease con tan solo las patas traseras, me puse las manos detrás de la cabeza y fijé la mirada en el techo aguardando a que mi súplica de la noche anterior aconteciese.

—¡Aquí, tengo algo! —exclamó Grace sobresaltándome y haciendo que perdiese el equilibrio para terminar en el suelo acordándome de toda su bendita familia. Al segundo siguiente Joseph estaba a mi lado intentando levantarme, pero gracias a mirar el techo desde otra perspectiva había descubierto una pequeña abertura justo encima de nuestras cabezas—. Perdón, Capitana, no era nada.

Me subí a una silla sin prestarle atención, y di un pequeño saltito para mover la madera del techo hacía un lado, cuando lo hice una cantidad considerable de polvo junto a una vieja carpeta de cartón azul cayeron sobre mis ojos dejándome la cara del deshollinador de Mary Poppins. Joseph me sostuvo por las caderas y me bajó mientras me decía:

—Sabe usted que no tiene edad para seguir haciendo el mono, ¿verdad? —Me dio un cariñoso beso en la nariz dejándome totalmente avergonzada delante del resto. Recogí el dossier del suelo e intenté disimularlo sentándome y leyendo muy seria todo lo que contenía.

—¡Esto es lo que buscábamos! —Me alegré.

—¿Y por qué lo tendrían ahí escondido? —dijo Rich extrañado.

—Ni idea, pero está la foto de Charles Cochrane. Os leo una de las notas que dejó Cressida: «Charles Cochrane. Técnico informático. He conseguido relacionar con su desaparición a cinco personajes importantes y acaudalados de la ciudad. Mucho me temo que el joven está muerto y que ellos están encubriendo su asesinato. El único problema es que no puedo demostrarlo, las pruebas me han llegado de forma irregular y serían desestimadas en cualquier juicio. Elizabeth Cochrane, hermana del desaparecido, está siéndome de mucha utilidad con el caso. No estoy segura de cómo reaccionará cuando le diga que van a cerrarlo por falta de pruebas y que pondrán a Charles como persona fugada. Tan solo espero que no cometa ninguna estupidez. Por otro lado, Kate Warne sigue mejorando como agente

y me planteo involucrarla en todo esto, todavía no lo tengo decidido. Cressida Dick». —Me costó la misma vida poder decir estas últimas palabras sin que se me quebrase la voz, el labio inferior me temblaba y tuve que mordérmelo para que se detuviese.

Dentro de la carpeta también había una hoja dedicada a cada uno de los hombres que teníamos en el punto de mira, pero Dick había borrado con un rotulador negro de punta gorda la mayoría de las palabras haciendo el texto ininteligible. Me pregunto por qué tanto misterio y ese afán por ocultarlo todo. ¿De qué tenía miedo? Y si pensó en pedirme ayuda, ¿por qué no lo hizo? Mi cara reflejada en su retina el día que la maté volvió a mi mente. Las manos comenzaron a fallarme y los papeles se deslizaron de ellas hasta la mesa desordenadamente. —¿Un cigarro, jefa? —propuso Rich—. Grace y yo podemos continuar un rato sin su supervisión, prometemos no romper nada.

Su sonrisa me tranquilizó y Joseph y yo salimos a que nos diese un poco el aire. Cuando estábamos en el jardín vi una figura correr entre los setos hasta la calle y salí tras ella sin llegar a verlo bien ni a alcanzarlo.

—¡Kate! —gritó Joseph tras de mí sin aliento. En cuanto estuvo a mi lado me puse a conjeturar en alto.

—Si Elizabeth conocía a Dick y ella le habló de mí, hemos encontrado por qué tenía tanto interés en ponerse en contacto conmigo, pero en el último momento algo cambió.

—¿Crees que Cressida estaba enterada de que Elizabeth se iba a hacer pasar por todas esas mujeres para acercarse a esos tipos? No la conocí bien, pero no creo que consintiese poner a un civil en peligro —conjeturó Joseph.

—Efectivamente, no la conocías. Ella habría hecho eso y mucho más. Primero actuaba y luego pensaba las consecuencias. Volvamos dentro, si hay alguien espiándonos no quiero dejarlos solos mucho tiempo.

—Rich, ¿puedes intentar con tu equipo eliminar los tachones para ver lo que ponía debajo? —preguntó Joseph.

—Debería poder hacerlo, si no todo, conseguiré descifrar la mayoría.

—Perfecto —respondí antes de que unas sirenas y una voz me dejase sorda.

—¡Están rodeados! —Al instante unos agentes bajaron y nos apuntaron

con sus pistolas ordenándonos que nos tumbásemos en el suelo bocabajo.

Cuando fui a sacar mi placa uno de los que nos apuntaba vio el arma en el cinturón y pensó que iba a abrir fuego. Lo único que vi fue el destello de la bala salir del cañón y luego alguien me empujó hacia Joseph.

—¿Estáis locos?! —chillé—. ¡Soy la Capitana Kate Warne y estamos en medio de una investigación de homicidio! —El chico que disparó se quedó inmóvil, miré a mi lado y vi a Grace sentada en el suelo sosteniéndose el brazo derecho ensangrentado. Corrí a socorrerla mientras Joseph me hacía de escudo por si les daba por volver a dispararnos—. ¿Estás mal de la cabeza o qué?

—Creo que la respuesta es «o qué» — se burló Grace cerrando los ojos con fuerza. La incorporé y salimos todos de allí igual de desconcertados.

—¡Llama a una ambulancia, imbécil! — grité al que le disparó.

En el exterior de la casa estaba el sobrino calvo de Cressida mordiéndose las uñas. —Capitana, él fue quien dio el aviso —le señaló el policía novato.

—¿Tú no serás tonto?

—Kate, me hicieron una llamada anónima diciendo que estaban robando en esta jodida casa. ¿Qué querías que hiciese? —se defendió.

—¿¡Avisarme a mí!? ¿Por ejemplo?

—¡¡Kate!! ¡¡Corre, se ha desmayado!! — me gritó Joseph desde el jardín trasero. Cuando llegué hasta ellos vi a Grace agachada aguantándole la cabeza a Rich.

—¿Y ahora qué? —pregunté pensando que la del vahído era ella un poco desconcertada.

—Se ha mareado al ver la sangre —contestó ella encogiéndose de hombros.

Las sirenas de la ambulancia se oyeron en la puerta a los pocos minutos y se llevaron al chico en camilla, blanco como las tetas de una monja, hasta el interior del vehículo para reanimarlo mientras que otro sanitario curó a Grace allí mismo. El disparo era superficial y tan solo le dejaría una herida de guerra de las tantas que ya tenía yo. Nos miré a los cuatro y me puse a reír a carcajadas, tenía el peor equipo del mundo. Estaba trabajando con mi pareja, con un informático al que le daba miedo la sangre y con una novata

que estaba colada por mí. De verdad que aquello era de película mala de terror en la que al final moríamos todos si el guionista era lo suficientemente cabrón.

Mi teléfono empezó a sonar y descolgué, todavía riendo, hasta que oí a mi interlocutor, quitándoseme entonces todas las ganas de continuar. Bajé a por los documentos de Cressida, le hice prometer al calvo estúpido que pondría un candado en la puerta del sótano y fui a una de las peores citas de mi vida.

Si algo caracterizaba a Dupín era sus monumentales broncas, y esta tenía toda la pinta de ser de campeonato.

—¿Me puedes explicar qué estabas haciendo en casa de Cressida Dick?! Y espero que sea convincente, porque el alcalde me ha llamado para preguntarme por qué tenemos tres cadáveres de personas influyentes sobre la mesa y también quería saber ¿con qué motivo hemos tenido retenido más de una semana al jodido médico de su mujer! —Las voces se debieron escuchar en toda la comisaría. Ese hombre tenía un torrente de voz tan fuerte que casi me mueve del sitio, por muy firme e inmóvil que yo intentase mantenerme.

—Creo que esto se nos está yendo de las manos —confesé.

Nunca me gustó inventar excusas y aquel hombre se había portado siempre bien conmigo, llegando hasta el punto de ponerme al mando de una comisaría, y sentía que lo acababa de defraudar. Cuando oyó la sinceridad con la que le respondí, suavizó su entrecejo hasta entonces fruncido, suspiró y señaló la silla para que me sentase.

—Kate, ¿por qué no me has avisado antes de que te explotase en la maldita cara toda esta mierda?

—No quise que pensase que no estaba capacitada. Cuando me llegaron las notas del caso de Silenciador, estuve a punto de avisarlo, pero...

—¿Las qué?! —volvió a alterarse, interrumpiéndome.

—Señor, es complicado de explicar.

—Pues desde arriba me piden tu cabeza, así que por la cuenta que te trae espero que seas capaz de hacerlo.

—Esas personas influyentes de las que hablan tienen todas las papeletas de haber asesinado a un joven hace unos años y la hermana de la supuesta

víctima colaboró con la Pato, digo, Cressida, en la investigación. Encontraron pruebas que los incriminaban, pero los métodos que usaron no fueron los más protocolarios, me temo, así que quedaron libres. Luego la esposa de Charles, el desaparecido, asesinó a sus hijos y se suicidó. Tan solo queda de toda la familia viva Elizabeth Cochrane, que ha estado intentando recabar la información para demostrar que su hermano no se marchó y que fueron ellos los que lo mataron, pero creo que se cansó de que la justicia no la ayudase y se la ha tomado por su cuenta.

—¿Y qué hacías en esa casa sin una orden?

—El tonto del calvo me dejó ir el otro día, pensé que no le molestaría que regresase. Estábamos buscando las notas de Dick del caso.

—Kate, sabes que a veces la verdad no siempre sale a la luz y que la justicia no es tan justa como creemos. Tendrías que haber acudido a mí. Ahora estoy entre la espada y la pared.

—Todo se nos complicó cuando apareció el Apóstol de la Muerte. Si no hubiese tenido que llevar los dos casos a la vez, seguro que habría tomado otras decisiones —protesté, total, se iba a enterar de todas formas por la prensa en el momento en el que al reportero le saliese de las pelotas.

—¿Quién?

—Hay un jodido asesino en serie matando prostitutas, camellos, homosexuales y drogadictos en la zona sur de la ciudad.

—Uf. ¿Algo más que deba saber antes de que me linchen a mí también por darte este puesto?

—No, señor.

—Quedas relegada de empleo y sueldo hasta nuevo aviso, mientras, yo ocuparé tu lugar. —Pero, señor...

—No puedo hacer nada más. Estoy intentando salvarte el culo. No te quiero cerca ni de la comisaría ni de ninguno de los casos o la decisión será irrevocable.

Salí de allí dando un portazo que casi desencaja la escuadra de la puerta de mi despacho, bueno, no, de «su» despacho, porque de pronto me había quedado absolutamente sin nada. Todos con los que me cruzaba bajaban la mirada, a medida que avanzaba por el pasillo mis ganas de asesinar a alguien

iban en aumento. Si estuviésemos en unos dibujos ya me estaría saliendo humo por la nariz. Me estaba ahogando, necesitaba aire y lo necesitaba ya. La cabeza me daba vueltas y estaba comenzando a marearme. Sin la placa ni mi pistola me sentía desnuda, indefensa.

Me monté en mi coche mientras mi teléfono sonaba insistente una y otra vez con el nombre tono que le tenía puesto a Joseph, pero lo último que necesitaba eran palabras de aliento, escuchar: «No te preocupes, lo superaremos», era lo contrario a lo que quería oír. Sin darme cuenta conduje hasta el bar aún precintado de Lorraine. Al entrar todavía podía oler la sangre seca de la pobre muchacha. Fui a la barra, me serví un vaso de su *whisky* malo, anduve sobre donde estuvo su cadáver y me quedé allí sentada con la botella lo suficientemente cerca como para no tener ni siquiera que levantarme.

Apagué el teléfono para que no pudiesen localizarme, precisaba estar sola, no, exigía estar sola y emborracharme en silencio. Terminé tumbándome en el frío suelo hasta que, no supe muy bien en qué momento, me dormí.

Oí unos pesados pasos aproximándose y me senté rápido totalmente desubicada. Tan solo había encendido las luces que iluminaban la barra, el resto del local permanecía en penumbra. La silueta de alguien cubierto por una especie de toga se acercaba lentamente hasta mí con una pistola en la mano. Me dispuse a sacar mi arma rápido encontrando el hueco vacío. Intenté verle el rostro, pero la capucha se lo cubría. Me puse de pie y me coloqué en posición defensiva.

—Te estaba buscando, ¿lo sabías? —le dije procurando guardar la calma y robar algunos segundos a mi favor para poder analizar la situación, pero a medida que lo hacía me desanimaba: Nadie sabía dónde estaba, no tenía pistola y, aunque no parecía mucho más grande que yo, y a lo mejor en un cuerpo a cuerpo podría llegar a vencerle, estaba demasiado ebria como para hacerlo, y por otro lado estaba el tema de las balas y eso... Ahí sí que estaba jodida—. Podemos hablarlo. Sé que quieres librar a este barrio de la inmundicia y de esas personas tóxicas, pero te estás equivocando. Soy policía, yo te ayudo, hago lo mismo que tú. Ellos no te entienden—. Cuando oyó eso último se detuvo sin levantar la cabeza ni tampoco dejar de apuntarme.

Aproveché esa micra para agacharme, coger la botella y lanzársela a la cabeza atinando en el blanco, no supe muy bien cómo. Disparó el arma, no se escuchó ningún tiro, tan solo vi por el rabillo del ojo el mismo fogonazo que en el callejón. Recordé que Lorraine le había dicho al energúmeno que la golpeó que saliese por la puerta trasera, le di las gracias en silencio por la ayuda y corrí sin pensar en el dolor que pronto me recorrió la pierna sin mirar atrás. Deslicé hacía la derecha un pequeño cerrojo metálico y hui hasta el coche.

OCHO

PREFERÍ NO MIRAR lo que me había hecho, si era capaz de conducir no pensaba que hubiese sido demasiado grave. Encendí el teléfono y entre las cien llamadas de Joseph había un mensaje de Grace que me decía que si quería hablar estaría en su casa y me mandaba la ubicación. Lo lógico habría sido dar parte a la policía, ir al hospital o a mi puñetera casa, pero no, puse el GPS y salí de la ciudad para meterme en un carril de tierra abandonado de cualquier signo de civilización y, de pronto, mi destino estaba junto a una lujosa mansión rodeada de un gran muro de piedra blanca. La puerta se abrió en el momento en el que el coche se acercó.

El interior era todavía más sorprendente, estaba lleno de setos con forma de figuras de animales que se alternaban con unas estatuas de personas situadas en zigzag. Aquello me recordó a la película de *Percy Jackson*, pero en plan el doble de siniestro, juro que si aparecía una mujer con gafas de sol y un turbante en la cabeza me daría un infarto allí mismo. Aparqué al lado de un camino que llevaba a las escaleras principales del caserón. Al bajarme y poner el pie en el suelo el estallido de dolor fue inaguantable y las fuerzas me fallaron haciendo que probase el polvo que cubría dicho camino.

—¿Estás bien? —Grace estaba ya a mi lado ayudándome a levantarme. Al andar dejé un reguero de sangre que manchó las pulimentadas piedrecitas blancas del suelo—. ¡Estás herida!

—Sobreviviré —respondí a punto de desmayarme.

Entramos en un imponente salón de los que salían en las telenovelas de ricachones y lo único que pude pensar fue en que si ensuciaba algo de allí tendría que pedir un préstamo para poder pagarlo. Grace me sentó en una butaca estilo colonial y fue por vendas y cosas para limpiarme la herida.

—Tengo que cortarte el pantalón —dijo tijeras en mano.

—Mejor eso que aparecer en casa en bragas —bromeé, no supe muy bien ni cómo.

—¿Qué ha pasado, Kate? —preguntó mientras descubría el nuevo estropicio que habían hecho en mi cuerpo. Si continuaban disparándome iba

a parecer un maldito mapamundi...

—Digamos que me han confundido con otra persona —respondí procurando no des-velar la identidad de mi atacante. Sabía que teníamos un topo con el caso de Elizabeth, ¿quién me decía que no era ella? No podía confiar absolutamente en nadie.

La bala tan solo había rasgado la tela vaquera y parte de mi gemelo, esta vez había tenido suerte. Grace sacó una aguja de un botiquín que había traído y comenzó a coserme como si lo hiciese a diario.

—No eres la única que tiene secretos — me dijo al ver mi cara de alucine —. Necesitarás tomar antibióticos, antiinflamatorios y todos los antis que se te vengan a la mente.

—Veo tu apuesta, la subo y... naaah, en realidad no tengo ni zorra idea de cartas. Ponme un vaso de lo más fuerte que tengas en esta choza.

—Pero...

—Pero pollas, soy tu superior —me detuve un momento y me entristecí al darme cuenta de mi error—, o lo era...

—¿Whisky? —preguntó dándose por vencida o apiadándose de mí y más tras la metedura de pata disléxica que acababa de cometer. Regresó al poco con dos vasos anchos llenos y me ofreció uno y un pitillo.

—¿Cómo puedes vivir aquí?

—Digamos que me hice policía por vocación, no por necesidad.

—¿Habéis sabido algo más de Volta?

—Nada, de todas formas, creo que en este momento deberías de preocuparte más por intentar que dejen de dispararte que por tu trabajo.

—Mi vida es mi trabajo. Hay personas que necesitan respirar para vivir y yo ansío descubrir la verdad de las cosas, encerrar a los malos y proteger a los indefensos.

—Te acabas de parecer a un anuncio de alguna heroína nueva de una serie de Netflix. — Sonrió llenándome el vaso de nuevo.

Cuando lo giré para facilitarle la tarea la mano me tembló y derramé lo que me quedaba de líquido sobre su pecho, instintivamente intenté limpiarla con la otra mano dejándonos en una situación bastante incómoda. Ella se

agachó y se colocó a escasos centímetros de mis labios colocando su nariz contra la mía. Suspiré profundamente decidida a cometer otra de las locuras de mi vida, de la que estaba segura de que me arrepentiría, y entonces la campana me salvó. El teléfono de Grace sonó con el tono de *Titanic* rompiendo toda la magia del momento. Ella dio un salto, lo cogió y se fue a una esquina de la estancia, lo que en una casa normal serían unos pocos metros, pero que tratándose de esta era un trecho considerable cómo para que no la oyese si no tuviera el oído tan agudo como lo tenía.

—Te he dicho que no me lames. Creí dejarlo bastante claro la última vez.

Se mantuvo unos minutos callada escuchando a su interlocutor, colgó y se puso a mi lado en el suelo. Bajé como pude y me senté con ella.

—¿Qué quería el reportero cabrón? —Se asombró lo suficiente como para que me diese cuenta de que el farol finalmente era cierto.

—Kate, puedo explicarlo.

—Esto ha sido un gran error. Gracias por curarme —concluí incorporándome dispuesta a irme, pero Grace me sostuvo el brazo y me detuvo.

—Es mi ex —confesó dejándome de piedra—. Tuve la mala suerte de casarme primero con un médico salido que se entretenía mirando a sus pacientes en la consulta de forma, digamos, poco decorosa, y luego ese capullo que ya conoces. Julius Kron. Después de mi mierda de matrimonio Julius estuvo a mi lado y acabé cayendo en sus redes, pero el trabajo siempre estaba por delante de mí y terminé cansándome.

—¿Y por qué no lo habías dicho antes?

—Empezamos con mal pie y no quise estropearlo aún más contándote la verdad. Te prometo que fue él quien cogió los papeles del caso y los leyó, yo no le dije absolutamente nada. Está obsesionado con este asunto por la metedura de pata en la televisión. Antes de ser reportero trabajaba de investigador privado, era muy bueno, pero su último caso se quedó sin resolver y nunca lo superó. Me temo que este es su nuevo reto personal y no cesará hasta obtener la noticia o resolverlo.

—¿Qué quería? —le pregunté con la loca idea de asociarme con Julius y que entre los dos siguiésemos la investigación al margen de la ley cruzando

por mi cabeza.

—Dice que cree saber dónde está Volta.

—¿Dónde?!

—No me lo ha especificado, no se fía de que vaya a buscarlo sin él.

—Llámallo y dile que vamos a su encuentro.

—Kate, estás herida, aún no te has recuperado del todo del anterior disparo y ahora tienes uno nuevo en la pierna.

—Si me tomo los malditos «anti» de los que hablabas hace un rato, ¿cogerás el teléfono y llamarás?

—Después de lo que llevas bebido no creo que te sirvan de mucho, pero los llevaré encima, por si acaso —concluyó resignada.

La cita se concretó a las afueras de la empresa de energía renovable que tenía Volta. Para cuando llegamos, el tipo ya estaba allí con su coche aparcado, fumando y mirando las va llas que delimitaban la propiedad. Gigantescos molinos de viento giraban intentando que dejásemos de cargarnos el medio ambiente. No pude evitar pensar en la cabeza cercenada de alguien que se aproximase más de la cuenta a observar esa maravilla de la mente humana mezclada con la mano de la madre naturaleza que había colocado esa hierba abandonada a sus pies, ambicionando con crecer y llegar a tocar el sol. Era una imagen de postal que quería grabar en mi retina para poder así olvidar el dolor que comenzaba a llenar cada parte de mi cuerpo.

—¿Qué hace ella aquí? Has tardado poco en venderme, ya no te reconozco.

—Yo tampoco me alegro de verte, pero tenemos algo en común: resolver esto de una vez. Y, si para hacerlo tengo que seguir viendo esa asquerosa cicatriz, lo haré.

—No quiero a la policía metida en esto.

—Aquí a la única policía que veo es a tu amorcito.

—¿Te han echado? —dijo en tono de burla a la vez que lo cogía por la garganta soportando el dolor del brazo y de la pierna.

—¿Podrías dejar de mear el uno encima del otro y centraros en qué estamos haciendo aquí, por favor?! —nos gritó Grace.

—He estado investigando —comenzó a decir Julius en cuanto lo solté—. A los anteriores los han dejado en su lugar de trabajo o en su casa, ¿no?

—Y hemos mirado en su casa y aquí, listo, y no hemos encontrado nada —respondió Grace visiblemente hastiada.

—Porque, y disculpa que te lo diga, la policía de aquí no vale ni para estar escondida: Ven colillas y dicen: «Oh, aquí han fumado. ¿Vamos a por otro Donuts?» —relató de forma teatral.

—A todos los polis no nos gustan los dulces. ¡Eso es un jodido mito! —me defendí.

—¿Y tampoco son medio inútiles? ¿Han buscado debajo de los molinos de viento? ¿O es que había que andar mucho?

—Supongo que sí —contesté sin tenerlo muy claro porque cuando lo hicieron yo estaba en el hospital.

—¿Supones? —repitió—. Pues te aseguro que no, porque he estado vigilando cada movimiento que hacían y a esa zona de allí no se ha acercado absolutamente nadie.

—¿Y tú pretendes que allanemos una propiedad privada sin orden ninguna, que nos pongamos a buscar un cadáver en medio de toda esa hierva de allí, de noche, debajo de unas hélices gigantes que van a no sé cuánto por hora, con el viento que hace hoy? —preguntó en modo sarcástico activado Grace. —Exacto —afirmó Julius sonriente como si acabase de descubrir la Atlantis.

—¿Y a qué esperamos? —quise saber, comenzando a andar hacia la verja.

—Eh, un momento. ¿Eso de lo que te queda de tela en el pantalón es sangre? No puedes venir así, ¡nos retrasarías!

—O voy, o en menos de un minuto tienes aquí a toda la puta comisaría. Decide.

—Las damas primero —se resignó extendiendo el brazo.

—Grace, prefiero que no vengas con nosotros. Yo tengo poco que perder y si nos pasase algo debe haber alguien que sepa dónde estamos.

—Kate, no quiero dejaros solos.

—Estoy de acuerdo con el marimacho. Si pasa algo quiero que seas tú quién cuente mi historia.

—Eres un capullo, ¿lo sabes? —le dije.

—Desde chiquitito. —Sonrió de nuevo. Ese hombre conseguía sacarme de mis casillas sin ni si quiera articular palabra.

Dejé que anduviese delante de mí e imité sus movimientos. Nos escurrimos entre las kilométricas líneas de cable metálico que trataban de salvaguardar la propiedad. A medida que nos adentrábamos en el lugar, la hierba iba desapareciendo, dejando paso a unos enormes y delgados tallos de al menos un metro de altura que hacían cola para ser cortados. El manto de la noche cubría la escasa luna que nos pudiese iluminar haciendo que el sonido del viento golpeando las aspas fuese lo único que nos indicaba que íbamos en la dirección correcta. Cuando por fin llegamos a la zona en la que se erguían las colosales máquinas, no pude más que echarme las manos a la cabeza, teníamos por delante kilómetros por recorrer y no estaba segura de que mi pierna pudiese soportarlo.

—¿Y si nos separamos? —le pregunté a Julius.

—¿Sabes que eso es justo lo que se hace antes de que maten a los protagonistas en las películas malas de terror? Si te sucede algo, Grace no me lo perdonaría jamás.

—Bueno, pues intentemos meternos en la mente de Elizabeth. Soy una mujer delgada, estoy cansada, tengo que traerlo de noche, hay un camino para entrar con el coche, pero me pueden descubrir si voy por ahí. No sé si está vivo o muerto, supongo que vivo, en todo caso tengo que traer a un hombre con más años que Matusalén hasta aquí. El sitio donde hemos dejado el vehículo es el mejor para que nadie lo localice..., por lo tanto, yo diría que tiene que estar entre estos primeros.

—¿Y todo eso lo has deducido porque realmente en tu fuero interno siempre quisiste ser asesina y te quedaste en policía?

—No, estúpido. Eso lo digo porque allí veo algo raro. Ese es el único que no está girando — me burlé de él dándole un golpe en la nuca y haciéndolo mirar hacía el mamotreto de unos sesenta metros que teníamos a continuación. Me puso cara de asco y nos dirigimos hasta dónde le acababa

de indicar.

Admirar las aspas de cerca e inertes impresionaba todavía más que observarlas en movimiento. No podías evitar quedarte parado justo debajo y contemplarlas. Me quedé ensimismada durante algunos segundos hasta que la desagradable voz ronca de Julius me trajo de vuelta. No tenía ni idea de cómo Grace se había fijado en un tipo como él: era desaliñado, en las escasas ocasiones que nos habíamos cruzado aún no lo había visto afeitado, y no me refiero a esa barba sutil que puede llegar a ponerte a cien, no, hablo de los pelillos sueltos al estilo borracho de tasca, su olor corporal dejaba bastante que desear y las camisas las tenía llenas de manchas de aceite o de lo que fuese que se hubieran comido a medias. No me acostaría con ese energúmeno cerdo con cara de pies ni con el toto de otra...

—¿Su majestad podría dignarse a venir aquí?

«Si tan solo tuviese mi pistola».

Cuando me acerqué vi con claridad el cuerpo de Volta tirado en el suelo con los ojos abiertos situado en posición de cúbito. Lo que se podía suponer sin alterar la escena era bastante obvio; a su lado había un grueso cable pelado de color amarillo. Al zapato de Volta le faltaba un trozo y cuando me acerqué a mirarlo de cerca pude comprobar que junto con el calzado también se había evaporado parte del propio pie. El jersey estaba calcinado por la parte del pecho. El pobre viejo cascarrabias había sido brutalmente electrocutado. Dicen que la silla eléctrica se hizo para matar de forma indolora, pero tampoco es que quisiese comprobarlo por mí misma.

—Al menos fue una muerte rápida —alegué sin saber por qué. Era la primera vez que empatizaba con el asesino en vez de con las víctimas. Después de leer los archivos de la Pato estaba segura de que esos cinco no eran ningunos angelitos y que se merecían lo que les pasase. Aunque jamás podría decirlo en alto, ya que era una representante de la ley y no una justiciera, pero si me sucediese lo mismo que a Elizabeth no pondría la mano en el fuego por cómo actuaría en su lugar.

—Mira un poco bastante más arriba —continuó Julius siendo él en esta ocasión el que señalaba con el dedo hacía la parte superior del molino.

—¡Mierda! —Desde donde nos encontrábamos se podía distinguir una silueta encima del todo. ¡Eran sesenta jodidos metros de escaleras verticales para ascender y para bajar!—. ¿Cómo cojones ha subido eso ella ahí sola?

—Me da en la nariz que tu teoría de un único asesino empieza a flojear, detective.

Y lo peor es que Julius tenía razón, eso no podía ser obra de una sola persona y, si te parabas a pensar, el resto de las muertes si fuesen perpetradas por un solo individuo es que tenía fuerza sobrehumana o tenerlo todo perfectamente planificado al milímetro, cosa casi imposible porque nunca se puede saber cómo irán surgiendo los factores externos a ti.

Al principio el hueco era del tamaño de un ascensor antiguo. Debido a que Elizabeth se había cargado la electricidad del aparato estábamos a oscuras en el interior de esa cosa y mi intención era subir hasta arriba del todo sin romperme la crisma.

—Espera abajo —le ordené.

—¿No pretenderás...?

—Exacto.

—Tú no estás bien de la... —Nunca lo he estado.

—Te vas a matar.

—No, si me ayudas.

—¿¡Cómo!?

—Vamos a aprovechar el cable que nos ha soltado Elizabeth, me lo ataré alrededor de la cintura y, si me caigo, lo mismo no me hago puré —le expliqué. Me miraba como si hubiese visto a la virgen de Lourdes y le estuviese revelando la verdad de la vida o algo así.

—No va a salir bien.

—Un poquito de optimismo, a lo mejor, me viene hasta bien —le pedí. Me até como pude el grueso cable a la cintura tal y como le dije, y me desabroché la camisa mientras que Julius abría los ojos cada vez más hasta el punto de comenzar a parecer una máscara de las que usan los niños en Halloween—. ¿Puedes al menos cerrar la boca para darme menos grima?

—Perdón —se disculpó y sonó honesto a la par que asustado, lo que no sabía si era por mí o por sus testículos si Grace se enteraba de lo que estábamos a punto de hacer.

Encendí la linterna del teléfono y me lo encajé entre medio de los pechos

aguantándolo con el sujetador, dando gracias por esos kilos de más y mi dejadez ante cualquier tipo de compras. Suspiré y coloqué el primer pie sobre el escalón. Cuando miré de nuevo el camino que me quedaba por delante las piernas comenzaron a temblarme. ¡Eran unos jodidos peldaños metálicos que sobresalían escasos metros del interior del almacén del molino! Me di la vuelta de nuevo y miré a Julius.

—Dame —le dije señalando un bulto que se le notaba en el bolsillo del pantalón.

—Kate, eres muy guapa y comprendo que te sientas atraída por mí, pero creo que esta situación de riesgo extremo te está nublando el pensamiento. Soy un caballero y jamás me aprovecharía de un momento de debilidad como el que estás viviendo.

—¡Oh, por favor! ¡Cállate la boca un rato! —Le metí la mano en el bolsillo delantero del pantalón vaquero mientras él se quedaba totalmente inmóvil y saqué una petaca. Arqueó las cejas y suspiró.

—Bueno, esa era otra opción igual de válida. —Aquel hombre el día que no articulase palabra de seguro que se moriría.

Me tomé el contenido de un trago y comencé a ascender. Si los operarios de esas cosas lo hacían, yo también podría. «Claro que ellos no tenían un disparo en una pierna ni otro en el pecho». Descarté ese pensamiento de mi cabeza y recé para que el invento del teléfono no se cayese porque entonces sí que iba a estar bastante jodida. Lo único que me alegraba era que después de que le revelase a la policía dónde estaba el cuerpo de Volta mi amigo el forense cagueta tendría que hacer lo mismo que estaba haciendo yo e imaginármelo temblar me puso de buen humor. Julius me apuntaba con su linterna desde abajo, pero a los pocos metros la luz de él dejó de ser perceptible y tan solo tenía la mía. El hueco se iba estrechando cada vez más. «Sería divertido que me quedase aquí obstruida y tuviesen que venir los bomberos a sacarme, de seguro que Dupín se ofrecería voluntario para llevarme él mismo a la cárcel de la manita».

—¡Vas bien, vas de puta madre! ¡No mires abajo! —gritó el descerebrado haciendo, cómo no, que echase un vistazo por mi entrepierna.

Cuando comprobé a la altura a la que realmente me encontraba introduje los brazos por la angosta rendija que separaba el improvisado escalón de la pared y me quedé petrificada con los ojos cerrados, sintiendo cómo el cable

de mi cintura me cortaba la respiración. De pronto la oquedad se me antojó diminuta, las fuerzas comenzaron a fallarme, las piernas me temblaban y quería salir de allí, el problema era que la primera idea que se me ocurrió fue soltarme y que todo aquello terminase de una vez por todas.

NUEVE

LA VISTA SE me nubló, comencé a notar el desagradable sabor a bilis en la garganta, los brazos me temblaron y, justo cuando estaba a punto de soltarme, sentí que algo me sostenía el culo. Volví a mirar hacia abajo y me encontré con la risueña y estúpida mirada de Julius, quien sonreía de oreja a oreja haciendo aún más visible su enorme cicatriz.

—Bueno, ¿subimos o nos quedamos a echar un trago? —preguntó haciendo que el ataque de pánico que acababa de sufrir se evaporase por completo.

—Si me vuelves a coger el trasero te patearé las pelotas. —Le sonreí.

Esa era mi forma de ser cortés y agradecerle que me estuviese ayudando y, en el fondo, sé que él también lo sabía, porque torció la boca en un intento de esbozo de enfado y frunció el ceño sin conseguir engañar a nadie. Comenzaba a ver qué veía Grace en aquel tipejo.

Una vez en la cima de aquella cosa, no besé el suelo porque Julius estaba textualmente tras de mí, porque de lo contrario ni me lo habría pensado, pero una tenía una reputación que mantener. Efectivamente, el maniquí estaba sentado en una silla de playa, como mero observador, me recordó a una de mis películas favoritas de Christina Ricci, *Visitantes*, donde castigaban a las personas que se quedaban observando tan solo por el placer de mirar cómo les pasaban cosas malas a otros.

Ese trozo de plástico calcaba a la perfección la figura de alguien inmovible. Ya conocía lo suficiente a Elizabeth y estaba segura de que aquello de los maniqués era una analogía en reivindicación a lo que le había sucedido a Charles.

Después de subir hasta allí y examinar la figura no encontramos resto alguno de ninguna parte humana, así que nos habíamos jugado el pellejo por gusto. Por suerte Julius no dijo nada al respecto y minutos después comenzamos nuestra vertiginosa bajada encabezada por él. Estuvo diciendo estupideces todo el trayecto y para cuando me quise dar cuenta mi pie tocó el estable suelo que tan lejos se me hacía minutos antes.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Avisaremos a Grace de la localización del cuerpo y que ellos se encarguen de buscar pruebas por nosotros. Larguémonos de aquí antes de que nos pillen —concluí regresando con Julius a su coche, no sin antes echar una última mirada al señor Volta y lanzar un sonoro suspiro apiadándome de su ennegrecida alma.

Entrar en casa en esos instantes, después de haber desaparecido tras mi discusión con Dupín, era lo último que me apetecía hacer, pero tenía que dar la cara y hablar con Joseph. Tan solo esperaba que no se hiciera demasiado larga la charla, estaba cansada y me dolía todo el maldito cuerpo. Notaba los músculos de los brazos y las piernas agarrotados. Creo que no había hecho tanto ejercicio en mi puñetera vida y menos teniendo en cuenta que lo que me jugaba era el cuello y no un par de chupitos...

Abrí la puerta como cuando eres adolescente, llegas tarde a casa y no quieres que tus padres se enteren. Anduve de puntillas hasta el dormitorio, le entraba la luz de la farola que alguna lumbrera decidió ubicar en la pared exterior contigua. Joseph siempre cerraba la persiana al completo porque le molestaba la claridad, a mí, sin embargo, me la traía floja, era capaz de dormirme encima de un palomar, y aquella claridad era señal inequívoca de que estaba sola. La cama estaba deshecha pero efectivamente vacía. Lo llamé por teléfono y me salió el contestador de voz. «*Touché*», pensé. Después de haberle hecho exactamente lo mismo a él no podía reprocharle nada por mucho que la angustia me reconcomiese por dentro.

Necesitaba saber que todo andaba bien, así que hice lo que mejor sabía, ser egoísta y llamar a Grace, pero esta también tenía el móvil apagado o fuera de cobertura. Me tumbé en la cama intentando descansar, pero tan solo conseguí dar una vuelta tras otra hasta terminar con las sábanas en el suelo y media taquicardia cuando en mi imaginación, que no era escasa, a los dichosos mamíferos se les puso la cara de Joseph. Cuando estuve a punto de levantarme escuché la puerta principal cerrarse, me puse rápido de lado y me hice la dormida aguardando que se metiese en la cama.

—Kate, sé que estas despierta. Ya me da igual si no quieres contar conmigo ni que forme parte de tu vida, pero esto no puede seguir así. Mañana recogeré mis cosas y me iré a mi casa —dijo suspirando—. Me voy al sofá —concluyó tras mi mutismo.

«¡Mierda!». Quería hablar, decirle que era estúpida, que no se fuese, que lo necesitaba a mi lado, pero algo me lo impedía. No puedo decir si fue por orgullo, por vergüenza, por falta de costumbre o por qué exactamente, el caso es que permanecí mirando el techo mientras las lágrimas me caían silenciosas mojándome las orejas, hasta que, no supe cuándo, me dormí.

Me desperté con un dolor punzante en el pecho y una sensación de ahogo que hacía mucho que no sentía. Lo único que tenía claro era que no quería perderlo, me levanté de un salto y fui corriendo a buscarlo al sofá, pero en vez de encontrarlo a él hallé una nota encima del cojín.

«Kate, te quiero y te he querido más que a nadie, pero no se puede luchar contracorriente. Necesitamos estar un tiempo separados y ver si esto nos lleva alguna parte. No quiero una relación que no tenga futuro. Quiero una vida contigo, quiero un mundo a tu lado, quiero cogerte de la mano cuando necesites ayuda al andar y besarte las arrugas que de seguro tú odiarás, pero que a mí me encantarán. Kate, no quiero que nos volvamos a ver hasta que no tengas claro lo que sientes por mí y si ansías lo mismo que yo. Intenta que no te maten en ese intervalo de tiempo.

Te quiere, Joseph».

Antes de que pudiese digerir lo que acababa de leer mi móvil comenzó a vibrar con número desconocido.

—¿Sí?

—¿Tienes agujetas, Capitana? —la desagradable voz de Julius era justo lo que necesitaba para pagar con alguien mi mal humor, pero continuó hablando—: Ya te habrás enterado de que anoche, mientras nosotros practicábamos la escalada libre, tu Apóstol volvió a hacer de las suyas.

—Por supuesto que lo sé.

No sabía una mierda.

—He pensado que podemos colaborar con esto también, si me das la exclusiva de los dos casos yo puedo echarte una mano. ¿Qué dices?

Permanecí en silencio unos segundos, barajando mis escasas posibilidades.

—De acuerdo, pero yo estoy al mando en todo momento —accedí temiendo arrepentirme.

—He quedado con Grace en el bar de al lado de la comisaría en una hora.

Colgué sin despedirme, me encantaba dejar a la gente con la palabra en la boca.

Mientras me duchaba, notaba cómo el nudo de mi estómago subía hasta mi garganta y sin darme tiempo a salir de la bañera regué el suelo hasta con mi primera papilla. Eran demasiados sentimientos en muy poco tiempo: ya no estaba en el cuerpo y no sabía si lo volvería a estar; había perdido al que seguramente sería el segundo amor de mi vida, con la particularidad de que este no intentaba asesinarme; estaba empezando a beber de nuevo; me sentía más sola que nunca, y los dos casos, que supuestamente no debería llevar, estaban como al principio. No tenía ni idea de por dónde continuar, era un laberinto sin salida.

Suspiré, me vestí con lo primero que pillé y conduje a encontrarme con mis dos nuevos aliados, intentando no pensar mucho en el caos en el que se había transformado mi vida en tan solo unos días.

Llegué antes de tiempo y me pedí un café solo con Bailey, necesitaba que mi cabeza dejase de pensar un poco. De pronto mi memoria fotográfica hizo de las suyas llevándome al cuerpo de Lorraine el día que la acompañé a la morgue.

—¡Buenos días! —dijo Grace dándome una extraña palmadita en la espalda, seguramente no sabía cómo actuar. Julius la seguía de cerca, llevaba la misma ropa del día anterior, los ojos medio cerrados y la marca de las sábanas en la cara.

—¿Te acabas de despertar? ¡Si hemos hablado hace una hora!

—Eh, hay que aprovechar cada momento de descanso, ¿o crees que un cuerpo como el mío se mantiene así de la nada? —se defendió.

—¡Cera! —les dije emocionada.

—¿Qué?! —preguntaron los dos a la vez.

—En el cuerpo de Lorraine se encontraron restos de cera y allí no había velas ni nada que lo contuviese, tiene que provenir del Apóstol. ¿La analizaron?

—Sí, era cera común y corriente, Kate — me desalentó Grace.

—¡Sé que eso es importante, lo sé!

—Si me dejáis participar en esta absurda charla, creo que tenemos que hacer algo radical si queremos que cometa algún error.

—¡Ilumínenos! —le animó irónicamente Grace.

—¿Qué es lo que quiere todo asesino en serie, señoritas policías?

—¿Matar gente?

—Grace, cariño, a veces te sale la vena rubia —se mofó Julius recibiendo una patada en la espinilla desde debajo de la mesa por parte de ella.

—¡Notoriedad, fama! ¡Eso es! ¡Al final va a ser que las dos neuronas que te quedan no están del todo peleadas! —le dije levantándome de la silla y zampándole un sonoro beso en la asquerosa y pegajosa frente, dándome un asco terrible—. En serio, ¿no tienes ducha? ¿Te quitas los calzoncillos como el papel de las magdalenas o qué?

—¡Kate! ¡Qué fatiga! —me reprendió Grace encogiendo los ojos y estoy segura de que procurando no imaginarse la escena.

—¡Joder, fatiga de ti, que eres la que te lo follas! —me burlé.

—¿Me escucháis o vais a continuar diciendo tonterías sobre mi higiene?

—Sobre tu no higiene, querrás decir...

—¡Kate! —volvió a amonestarme Grace. —Vale, perdona, prosiga usted —me disculpé. Cuando estaba triste la única forma que tenía de no caer en el abismo era diciendo necedades, y realmente en ese momento la pena me reconcomía por dentro.

—Sé que lo que os voy a decir puede ser muy arriesgado y que no sirva absolutamente de nada, aparte de que me estaría jugando mi reputación como periodista y que incluso pueda llegar a ir a prisión.

—Resume, Cervantes... —lo interrumpí.

—Se me ha ocurrido que, si damos una noticia falsa sobre él, quizá diese un paso en falso.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Grace.

—Este hombre solo mata a prostitutas, camellos, drogadictos y homosexuales. Tiene que tener un trauma de su infancia con alguno de ellos o con todos. ¿Y si nos inventamos una historia? —continuó Julius.

—Lo veo —dije mientras Grace me miraba sorprendida—. Hay que hacerlo salir de su madriguera. Te escribiré exactamente lo que tienes que decir, para que no metas la pata. Pero hay que advertir a Joseph para que doblen la vigilancia en el barrio donde actúa, no queremos obtener el efecto contrario y que se envalentone todavía más dejando un nuevo reguero de sangre. Grace, ¿puedes hablar con Joseph y contarle lo que vamos a hacer?

—Sí, claro. —Asintió esta un tanto sorprendida tras mi petición.

Permanecí en el bar pendiente de la televisión a la espera de que el feo careto de Julius apareciese en ella. No tenía intención de tomar nada de alcohol, pero las manecillas del reloj no corrían y yo me moría del aburrimiento, de la melancolía y de los nervios. Tenía un batiburrillo de sentimientos inundándome y para cuando me quise dar cuenta tenía un vaso de cerveza vacío en la mano y estaba pidiendo el segundo. La puerta de la tasca se abrió haciendo sonar las estúpidas campanitas que muchos establecimientos ponían para que nadie pasase desapercibido al entrar y que todas las miradas se dirigiesen hacia la entrada. En esta ocasión también funcionó el rudimentario artilugio y mis ojos se encontraron con los de Joseph, quien bajó la vista y al ver el tercio de cebada en mi mano me miró defraudado y salió de nuevo, dejándome todavía más hecha añicos de lo que ya estaba, si es que aquello era posible.

Grace se sentó a mi lado, esta vez me sostuvo la mano y me dio un pequeño y tierno apretón. Pidió otra birra y el mando del plasma que teníamos delante. A la media hora salieron las noticias y en ellas un comunicado urgente de última hora. Mandé callar a todos los clientes con mis modales habituales, deseando que alguien me diese cualquier motivo para poder partirla la cara y echar fuera toda esa rabia que llevaba dentro, pero excepto algún que otro rumor no hubo mayores objeciones. Julius apareció micrófono en mano y comenzó a leer palabra por palabra lo que le acababa de escribir.

«Se informa a toda la población que tras recibir un comunicado de la policía sabemos cuál es el perfil del ya mediático Apóstol de la Muerte, y cito textualmente:

Es un varón de uno sesenta de altura, con graves problemas psicológicos. Fue torturado en su infancia por su padre, su madre era prostituta, le gustaba vestirse de mujer y ha tenido problemas con las drogas. Es una persona débil

y con trastornos de conducta. Se mueve por la zona sur de la ciudad. Si veis a algún individuo de esas características se ruega llamen al número que sale en pantalla y entre todos pondremos fin a esta locura. Muchas gracias. Les saluda, Julius Kron».

Concluyó con una sonrisa y un guiño de ojos que de seguro estaba dirigido a nosotras.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora toca esperar, Grace, la peor parte de ser policía.

—No quiero inmiscuirme donde no debo, pero ¿estás bien?

—No —respondí sorprendiéndome yo misma mientras lo decía—. Joseph se ha ido de casa.

—Estoy segura de que lo arreglaréis. Nunca había visto a nadie sentir tanta idolatría por otra persona en mi vida como la que él te tiene a ti.

—Tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe, pero tampoco quiero pensarlo. Tenemos dos casos entre manos y nos están jodiendo por todas partes en ambos. Ahora mismo es lo más importante, en la vida hay que marcarse prioridades y las mías son estas —argumenté sabiendo que seguramente no ir en busca de Joseph era el peor error de mi vida.

Julius volvió a salir en antena, las dos nos miramos y nos encogimos de hombros dándole voz al aparato. En esta ocasión el rostro del reportero no era tan relajado como la anterior, incluso llegándose a percibir cierto aire de preocupación en su mirada. Tenía la mandíbula apretada, los músculos del cuello tensos y las pupilas dilatadas. «Algo no anda bien».

«Estoy totalmente en desacuerdo en ceder ante amenazas o coacciones, pero les recuerdo que donde manda patrón no manda marinero, y los directivos de esta cadena han decidido, en contra de mi voluntad, darle más notoriedad a este individuo. Dicho esto, le doy paso».

DIEZ

NO PODÍAMOS CREER lo que estábamos oyendo, pero ni nosotras ni el resto de las personas que estaban en el bar. Nadie hablaba ni se movía y, de pronto, una voz alterada por un distorsionador captó la atención de, seguramente, todo un maldito país.

«Este mundo está corrompido por las mentiras. Odio a los homosexuales, los maricones no merecen vivir. Tampoco los alcohólicos, drogadictos ni las prostitutas. Mi misión es ayudarles y limpiar todo eso. No soy un criminal, soy un limpiador, y os estoy librando de la escoria de la raza humana. Solo trato de purificar la Tierra. Tan solo quiero que haya paz. Asesino a gente depravada y sin escrúpulos, aunque a veces hay daños colaterales por vuestra culpa. ¿Verdad, Capitana?».

A continuación se oyó un golpe y a una mujer gritando, llorando e implorando por su vida. El llanto de esa pobre mujer me heló la sangre. La impotencia que sentí en ese instante no era comparable con nada de lo que hubiese vivido hasta entonces. Si hubiese tenido a ese mal nacido delante de mis narices juro que le habría sacado los ojos con mis propias manos. Segundos después un tiro y el pitido intermitente de que la conversación había concluido.

La imagen con el pálido rostro de Julius desapareció y dio paso a unos muy oportunos anuncios. Supuse que, al igual que donde nos encontrábamos nosotras, en el plató también se habían quedado todos estupefactos tras presenciar en directo un homicidio, en parte perpetrado por mi maldita culpa. Pegué un puñetazo en la barra, me levanté del taburete y anduve de un lado para otro recorriendo tan solo unos tres metros en cada vuelta. Tenía los puños tan apretados que podía sentir el dolor de las uñas clavándoseme en la carne de las palmas de las manos.

—Kate, no es... —comenzó a decir Grace.

—Llama a Julius y dile que mande la grabación a Rich. Vamos a atrapar a ese hijo de puta —ordené y continué repitiendo ese mantra desde allí hasta que llegamos a la parte trasera de la comisaría, para entrar en la oficina de Rich sin que nadie nos viese. Cosa poco probable porque mi informático no

es que gozase de muchas visitas. Julius ya estaba esperándonos agazapado tras los contenedores de la esquina del callejón—. ¿Tienes eso?

—Sí —fue lo único que dijo y me dio un pequeño lápiz que sacó del bolsillo de su mugrienta camisa.

—Kate, ¿has oído las noticias? —preguntó Rich en cuanto me vio, sorprendiéndose al reparar en el reportero—. ¿Qué hace él aquí? No, espera un momento, ¿qué hacéis todos aquí? —agregó alterado y desconcertado.

—Quiero que analices esto en una micra de segundo y me digas algo que nos desvele dónde cojones está —dije dando un golpe con el *pendrive* en la mesa justo delante de él.

—Pero, Kate, no estás en el caso. Ni tan siquiera deberías de haber venido —me dijo asustado el chico.

—Cuéntame algo que no sepa. Rich, sé que quieres atrapar a ese malnacido tanto como yo, por favor, ayúdanos —le rogué. Odiaba que el resto viese mi lado débil y humano, pero necesitábamos su ayuda y no había tiempo que perder o el Apóstol seguiría con esa loca vendetta personal de librar al mundo de lo que para él éramos basura.

—Bueno, uno para todos y todos para uno. Total, tan solo nos estamos jugando nuestro trabajo, nuestro futuro y nuestra vida, no hay problema, jefa —concluyó cogiendo el lápiz e introduciéndolo en el ordenador.

—Gracias, eres el mejor del mundo mundial —le aplaudí despeinándole el flequillo con un gesto cariñoso.

El teléfono sonó varias veces sin que le hiciese caso, en ese momento estaba obcecada en encontrar algo en la grabación, lo que fuese, el más mínimo detalle que nos revelase dónde localizar al susodicho, pero a la sexta llamada ya estaba exasperada. Descolgué a mi desconocido interlocutor gritándole el «Sí» más desagradable de mi vida.

—Necesito que nos veamos, siento molestarla, pero tenemos que hablar —dijo la ya conocida voz de Elizabeth. Tan solo la había escuchado en una ocasión, pero todo lo que fue aconteciendo después de ese instante en el que me habló fue más que suficiente para que su timbre no se me borrara de la mente.

—¿Dónde quieres que nos encontremos? —respondí hablando bajo antes de que se arrepintiese procurando que el resto de los presentes en la

habitación no se enterasen de nada.

—En una hora, en Grand Circus Park. Quiero que se meta dentro del pequeño parque que está vallado en su interior para perros.

—¿En serio?!

—Mi sitio, mis normas. Creo que esto no ha sido buena idea.

—No, no, no. Espera, iré, me meteré en el jodido parque con un bozal si quieres.

—Perfecto, allí nos veremos —respondió—. Ah, y, Capitana, sé que es lista y que vendrá sola, si veo a alguien aparte de usted desapareceré y no volverá a saber nada de mí.

—Entendido —acepté colgando, dándome cuenta de que los tres restantes tenían clavados sus ojos en mí.

—¿Y bien? —preguntó Grace subiendo una ceja de esa forma tan *sexy* que tan solo ella era capaz de hacer.

—Tengo que marcharme dos horas, pero necesito que sigáis con la grabación.

—¿Y se puede saber dónde vas? —insistió esta.

—He quedado con Elizabeth Cochrane —confesé.

—No vas a ir sola —afirmó heroico Julius.

—No, porque no va a ir a ninguna parte —añadió Joseph haciendo acto de presencia. Al parecer estaba escondido detrás de la puerta oyendo todo lo que habíamos hablado hasta ahora. «¡Para una jodida vez que decía la verdad...!».

—No tengo ganas de discutir, ella confía en mí gracias a Cressida, y no podemos desperdiciar esta oportunidad. Sabemos que es camaleónica y no tenemos ni puñetera idea de cómo irá, no podemos arriesgarnos a perderla. ¿Te recuerdo a todos los que ha matado ya? —dije encarándome con él.

En cuanto escuché su voz una mezcla de sentimientos afloraron en mi interior. Quería besarlo y pedirle perdón, pero para variar mi corazón opinaba una cosa, mi cabeza otra distinta y mi boca decía lo que le salía del toto sin que pudiese evitarlo. «Ojalá existiesen los subtítulos en la vida real...».

—Estás suspendida de empleo y sueldo hasta que los de asuntos internos digan lo contrario. Ya has tirado por tierra lo nuestro y tu carrera, ¿ahora estás empeñada también en perder la vida? —casi me escupió las palabras mientras me miraba con desprecio apuñalando con cada sílaba mi ya de por sí fragmentado corazón.

—Joseph, creo que esta vez tiene razón — intentó apoyarme Grace.

—Cómo no, habló la defensora de la gran Kate Warne, precisamente tú eres la que deberías de sentirte más culpable por todo lo que está pasando. Desde que apareciste ha vuelto a beber y a ser ese ser despreciable que tanto le gusta ser —esto último lo dijo amainando el tono de voz dándose cuenta de que dos lágrimas enormes acababan de rodar por mis mejillas.

Salí de allí apartándolo de mi camino, envistiéndolo con fuerza, mientras oía cómo me llamaba, pero no pensaba pararme, no iba a detenerme, no tenía ganas de seguir escuchando lo mala persona que era y todo lo que me aborrecía. Corrí lo suficiente como para entrar en el coche, arrancar y marcharme, no sin antes echar una ojeada por el espejo retrovisor y verlo de pie en medio de la calle mirándome. El líquido transparente, tan poco común en mis ojos, comenzó a salir sin que pudiese evitarlo, sin que tuviese ningún tipo de control sobre él, introduciéndose en mi boca y dejándome ese sabor salado que lo caracterizaba. Sé que llorar no me hacía más débil, pero no estaba acostumbrada a dejar aflorar mis sentimientos y una vez que lograban librarse de su yugo poco o nada podía hacer para contenerlos.

Joseph tenía razón en todo lo que había dicho, esa era yo, exactamente esa arpía que acababa de describir con pelos y señales. «Y has tirado por tierra lo nuestro», había dicho. Sabía que estábamos mal, aunque en el fondo pensé que sería algo pasajero como otras veces, no hacía ni dos semanas que hicimos el amor por última vez, dos semanas... Qué lejos me resultaba ahora esa fecha teniéndola tan cerca.

Conduje en modo kamikaze y casi a punto estuve de poner la sirena, tenía tiempo de sobra, pero necesitaba soltar adrenalina de alguna forma y esa era la única que se me ocurrió.

Me gustaba el lugar de encuentro, estaba lleno de fuentes, bancos, árboles y gente con sus mascotas dirigiéndose al pequeño parque en el que, a excepción de mí, todos estaban con sus amigos peludos jugando. Me apoyé en las rejas que separaban la zona canina del resto dejando caer mi cabeza

entre los barrotes. La expresión de Joseph no se me caía del pensamiento. A veces me preguntaba por qué me comportaba así, lo había pasado mal en la vida, pero no me gustaba ponerme excusas a mí misma, era como era y punto. Las personas no cambian, tan solo hacemos creer a los demás que lo hemos hecho, pero en el fondo al final una mariposa bate sus alas y volvemos a ser como al principio. Estaba tan enfrascada en mis pensamientos que no vi a la mujer que se acercaba hasta mí del lado contrario de la reja.

—Debería usted dormir un poco más. — La voz de Elizabeth me sobresaltó y nuestros ojos se encontraron de frente.

La había visto ataviada con diferentes estilos de ropa, con el pelo de toda clase de tonos y matices, con los ojos de distintos colores, pero en esta ocasión la asesina camaleónica decidió ir a encontrarme disfrazada ni más ni menos que de ella misma y, si soy sincera, esta era la versión que más le favorecía, si ignorábamos los grandes surcos negros bajo sus ojos y esos enormes pómulos marcados. Lo único que pude pensar tras verla con ese aspecto de desnutrición fue cuándo habría sido la última ocasión que su estómago recibió algo de alimento. Era la primera vez que empatizaba con el asesino más que con las víctimas y sabía que no me traería nada bueno, pero visto lo visto a aquellas alturas, al karma le faltaba tan solo despeinarme...

—¿Estás bien? —Creo que la sinceridad en mis palabras fue tan obvia que conseguí sacar una diminuta mueca similar a lo que seguramente en otros tiempos fue una sonrisa preciosa.

—¿Ha venido sola?

—Eso me pediste.

—No estaba segura de que me hiciese caso, la verdad. Cressida tenía razón respecto a usted. Lamenté mucho su muerte. —«Yo más que tú»—. Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias, pero no crea que estoy haciendo ningún mal a la sociedad. Esos hombres merecen todo lo que les suceda y más —dijo recordándome las palabras del Apóstol.

—Elizabeth, la ley es una mierda, pero aun así no podemos ponernos una capa y transformarnos en justicieros. Si tan solo hubieses acudido a mí antes de empezar esta locura.

—¿Y de qué habría servido? Mira lo que le sucedió a Cressida, tuvo que

cerrar el caso pese a tener pruebas de que todos ellos eran culpables y a sabiendas de que mi hermano no nos abandonó. ¡¿Sabe lo que he perdido?! ¿Tiene una mínima idea ni tan siquiera de lo que me han hecho sufrir? —La ira, el odio y el rencor rodeaban cada palabra que pronunciaba.

—¿Qué sucedió? Necesito que me des motivos para entender que no eres una loca psicópata más y que merece la pena ayudarte.

—Mi hermano descubrió por error, mientras arreglaba los sistemas informáticos de la empresa a John Walker, que tanto él como los demás eran responsables de las muertes por cáncer de pleura y asbestosis de más de veinte personas a lo largo de estos últimos treinta años. En vez de denunciarlo decidió investigar por su cuenta y se metió a trabajar con cada uno de ellos y así obtener más pruebas, pero algo debió de salir mal y desapareció.

—Debes entregarte y contar todo lo que sabes.

—Y lo haré, pero no hasta que concluya lo que tengo que hacer. Encuentra a mi hermano y yo misma me esposaré.

—Pero ¡no sé por dónde empezar! ¡Tú tienes más indicios que yo! Si quieres mi ayuda tendrás que proporcionarme algo más —le pedí justo cuando unas escandalosas sirenas nos interrumpieron asustando a todos los canes de la zona.

—¡Me has engañado! —chilló indignada.

—¡Noo! ¡Te lo prometo! Ellos no sabían dónde estábamos —me justifiqué, pero no había tenido en cuenta apagar el teléfono ni el GPS del coche. Era un blanco fácil de rastrear y debía de haber sabido que mi discusión con Joseph no iba a caer en saco roto y que movería cielo y tierra para localizarme, solo que en esta ocasión no le costó demasiado porque yo misma se lo había puesto en bandeja. El caos se extendió en todos los que estaban por allí al ver las luces de los coches aproximarse. Alargué el brazo y sujeté la mano de Elizabeth intentando que me contase más cosas—. ¡Dame alguna pista para poder ayudarte y corre!

—El médico, él es el más culpable de todos —confesó atropelladamente. Iba a decirme algo más cuando justo detrás de ella un vehículo estuvo a punto de arrollarla.

Del interior de este salió Nakada, quien tiró de ella con fuerza liberándola

de mi agarre. Tan solo le dio tiempo a pasarme un escurridizo papel arrugado, la metió en el coche y los dos se fueron como almas que lleva el diablo. La cara de estúpida que se me quedó al ver al tonto ayudándola no debió de tener desperdicio, porque me quedé en la misma posición hasta que llegaron los refuerzos.

—¿Cómo cojones no me he dado cuenta antes?! —dije en alto cuando Grace y Joseph se detuvieron a mi lado.

—¿Darte cuenta de qué? —me preguntó Joseph en un tono totalmente distinto al que había usado la vez anterior.

—¿Para qué quieres que te lo diga? ¿Para que mandes al traste de nuevo lo que pueda conseguir?

—¿Cómo no entiendes todavía que todo lo que hago es para protegerte?!

—¡No necesito un maldito príncipe azul! ¡Tan solo ansío alguien que si me ve en el suelo en vez de levantarme se tumbe a mi lado hasta que sea capaz de hacerlo por mí misma! ¡Joder! ¿Tan difícil es de comprender? —bramé dejándolos allí tanto a ellos como a los fisgones que se arremolinaban a nuestro alrededor, estupefactos.

Dupín salió de un vehículo y se aproximó con paso lento hasta nosotros, pero no iba a consentir ni un rapapolvo más, ya estaba harta de que me dijese cómo tenía que actuar, ya estaba cansada de tanta hipocresía, ya estaba hastiada de que todo fuese según las normas. Sabía lo que tenía que hacer y era exactamente lo que haría. Me escapé de aquella jaula sorprendiéndolos antes de que pudiesen detenerme y, como si yo misma fuese la fugitiva, me monté en el coche y hui para hacer lo que mejor sabía: estropear las cosas, pero a mi manera y asumiendo después las consecuencias de mis actos.

La ausencia de luna ocultaba la locura que estaba a punto de hacer. Permanecí inmóvil hasta que todas las luces de la casa se apagaron y empecé con la primera parte de mi plan. Era un hombre de complexión fuerte, me sacaba más de veinte centímetros y tanto mi cuerpo como mi estado físico habían visto tiempos mejores. Saqué la petaca plateada que llevaba preparada y la miré durante algunos segundos viéndome reflejada en su lisa y pulimentada superficie. Hacía años que no la usaba y jamás habría imaginado hacerlo en aquellas circunstancias. Abrí el tapón, la coloqué a una distancia prudencial de mis fosas nasales, no tenía claro si para comprobar

que todo iba según lo ideado o si para intentar arrepentirme y marcharme de allí, pero ya no podía echarme atrás. El olor dulzón de su contenido me dio una bofetada de realidad. Ahora tenía que seguir. Suspiré, me bajé el pasamontaña que llevaba en la cabeza y trepé por la pared menos alta que bordeaba la casa.

Por suerte para mí las malas personas no eran amantes de los animales y no tendría que batallar con ningún fiel amigo que le salvaguardase la espalda. Era un hombre solitario viviendo en aquella gran casa, demostrando su poder ante la sociedad y, en este caso, haciéndose un flaco favor.

Utilicé mi equipo para abrir cerraduras y tras escuchar el clic supe que ya no habría marcha atrás. Subí las escaleras y perseguí los ronquidos que me condujeron hasta una enorme habitación. Allí descansaba Pasteur durmiendo como un bebé. Si en mi conciencia estuvieran todas las muertes de las que habló Elizabeth, de seguro que no podría pegar ojo si no fuese borracha o con ansiolíticos. Saqué mi apreciada botellita, la misma que había sido mi fiel compañera de juergas en otros tiempos y la que en esta ocasión había llenado de cloroformo, la volqué en un pañuelo y lo apreté con todas mis fuerzas contra su nariz. Pasteur abrió los párpados, y al ver a un encapuchado sobre él cubriéndole la cara con algo, se sobresaltó y me lanzó al suelo.

El hombre estaba aturdido, pero no noqueado. Se puso en pie tambaleándose, me incorporé dispuesta a repetir la misma operación y me di cuenta de que el anestésico estaba esparcido por la alfombra y que la botellita se encontraba completamente vacía. Anduvo algunos pasos acorralándome contra la pared, extendió sus manos y me agarró por el cuello, estrangulándome, pero para mi suerte las fuerzas comenzaron a fallarle y se derrumbó de bruces contra mí dándome un cabezazo y haciendo que cayese al suelo de culo. Su nariz quedó justo sobre mis partes nobles y sus brazos rodeaban mi cuerpo en su último intento inútil por mantenerse en pie. Tenía las manos desmesuradamente grandes, siempre había pensado que los médicos tenían que tener los dedos finos y pequeños. También se podría deber a mi fobia a asistir al ginecólogo. Cuando estaba asustada comenzaba a divagar y estaba perdiendo un tiempo muy valioso en pensar estupideces... Me lo quité de encima como pude, le sostuve ambas manos y tiré de él con fuerza hasta llevarlo a un butacón de la habitación que estaba colocado en un extremo más alejado de las ventanas. Levantarlo no fue tarea fácil,

incorporar un peso muerto de tal tamaño fue más complicado de lo que imaginé.

Saqué la cuerda que había traído en mi pequeña mochila y lo até con ímpetu esperando que no se soltase o estaría en serios problemas. Encendí una de las luces de las mesitas de noche y la cubrí con un trozo de sábana a modo teatral para darle a aquello un poco más de misterio. Estaba realmente nerviosa, era la primera vez que me veía metida en un lío de tal magnitud. Me senté en la cama y aguardé paciente a que se espabilase, tampoco había inhalado tanto cloroformo como para estar allí hasta mañana, o al menos eso deseé.

ONCE

AL RATO DE esperar, aburrida como una ostra, decidí echarle un poco de agua a ver si se espabilaba, y vaya si lo hizo... Pegó un grito como si lo estuviese matando y me dio un susto de tres mil pares de narices, provocando que el resto del líquido del vaso acabase en mi cabeza, porque di un estúpido saltito.

—¿No había nadie más preparado para secuestrarme? —se mofó al verme chorreando.

Ahora tenía otro problema, llevaba el pasamontaña para que no me reconociese, pero habíamos hablado lo suficiente como para que supiese de sobra quién era. Me acababa de dar cuenta de que mi plan tenía serias lagunas. Había dos opciones: o me marchaba y dejaba allí al tonto, o me delataba. Como siempre, escogí la menos peligrosa y me quité la cosa de la cabeza.

—Hablemos en serio —le dije intentando respirar aire fresco.

—¿Capitana? No me lo puedo creer. ¡Está acabada! —se jactó sonriendo.

—Yo ya no tengo nada que perder, pero ¿y usted? Sé lo que hicieron, tengo todos los datos de las personas a las que mataron.

—Si eso fuese verdad no estaríamos aquí, sino en comisaría.

—¿Qué hicieron con el cuerpo de Charles Cochrane?

—No tengo ni idea de lo que me está hablando. Creo que está sufriendo otro ataque de los suyos, ¿está segura de que no necesita regresar al psiquiátrico del que nunca debieron dejarla salir?

El muy mierda se había estado informando sobre mi pasado, aunque tampoco me sorprendió en demasía, sabía que tenía contactos en todos sitios y a un personaje como él no le debió haber costado adquirir mis informes médicos. Tenía que jugármela y rápido, habíamos esperado demasiado y estaba a punto de amanecer.

—Sé que usted fue el que se encargó de dar los falsos informes de defunción de muchas personas y que sus amigos fueron los que le pagaron

para que lo hiciese. Si me dice dónde está el cadáver del chico le prometo que yo misma pactaré un acuerdo con el fiscal. —La cara de Pasteur cambió en el instante en el que escuchó el farol.

—No es tan sencillo como usted cree. Si supiese quién más colabora con nosotros no estaría tan decidida a destapar todo.

—Pues ilumíneme, ayúdeme y yo le ayudaré. *Quid proquo*, señor Pasteur.

—En su equipo hay... —No le dio tiempo a finalizar la frase cuando un punto de mira óptica rojo se quedó parado directamente en su frente, la luz venía justo de mi espalda.

Para cuando me dio tiempo de girarme, el sonido del disparo ya se había efectuado y mi secuestrado yacía con la cabeza caída hacía un lado. Los sesos estaban esparcidos por los cristales y cortinas que estaban tras la silla. Intenté detener al asesino, pero algo me golpeó en la cabeza y de nuevo todo era oscuridad.

El escandaloso sonido de las sirenas me hizo volver a la realidad. Me dolía la cabeza a rabiar y estaba totalmente desorientada. La luz entraba por los enormes ventanales cuando pude abrir los ojos lo suficiente me topé con el cuerpo inerte de Pasteur sobre la silla y los restos resacos de sangre y cerebro emborronando los hasta hacía poco translúcidos vidrios. Al llevarme las manos a la cabeza algo cayó de mi mano derecha dando un golpe seco contra el suelo, la recogí y me la acerqué a la nariz, aún olía a pólvora. La puerta del dormitorio se abrió con fuerza y varios policías entraron gritando. —¡La sospechosa está armada!

—¡Suelte la pistola!

Me incorporé aún aturdida asiendo el arma por la culata con dos dedos y el cañón dirigido al suelo.

—¡Kate! ¡¿Qué coño has hecho?! —la voz de Joseph me devolvió la consciencia casi al cien por cien. Di algunos pasos hasta él, pero uno de los agentes se interpuso entre nosotros y me derribó de un golpe en el estómago dejándome casi sin respiración.

Recuerdo que me arrebataron la pistola, me esposaron a la espalda y me llevaron escaleras abajo hasta meterme en un furgón sin ventanas, de los que en tantas ocasiones había conducido.

Sabía que me hablaban o que lo hacían entre ellos, no lo tenía claro,

escuchaba las palabras como si estuviese en otro lugar, las oía de fondo, al igual que cuando vas en el tren y el murmullo de las voces te molesta, pero no puedes llegar a comprender lo que dicen. Estaba en una especie de limbo catatónico que me era demasiado familiar. En mi cabeza lo único que resonaba era Pasteur diciendo que: «Si supiese quién más colabora con nosotros no estaría tan decidida a destapar todo». Pero ¿quién?

—Kate Warne, tiene derecho a solicitar un abogado, si no puede permitírsele el estado le facilitará uno de oficio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. ¿Ha entendido lo que le acabo de decir? — Reconocí la cara del fiscal regordete con bigote mal recortado que se encargaba de la mayoría de los casos en mi distrito.

—¿No está viendo que no le está entendiendo nada de lo que dice?! — Joseph entró igual que una exhalación en la sala de interrogatorios hecho un basilisco casi escupiendo espuma por la boca—. ¡Quiero un análisis médico y psiquiátrico antes de que hable con usted!

—¡Joseph, salga de aquí ahora mismo! — Dupín acababa de entrar en escena cogiendo a mi pobre ángel de la guarda del brazo sacándolo a empujones.

Sabía que me estaban mirando a través del espejo con doble cara y que continuaron allí su discusión. Podía oírlos. Mi rostro reflejado en el cristal me devolvió la mirada, estaba hecha un asco, tenía sangre seca en la frente y una herida bastante fea, otra para la innumerable lista de marcas que ya llevaba tatuadas en el cuerpo. No podía centrarme. «¿Por qué no podía hacerlo?, ¿qué me habían hecho?, ¿qué me había pasado? Y lo peor, ¿cómo iba a explicar lo sucedido?».

El tonelito de hombre que tenía delante me miró consternado ante mi mutismo, se encogió de hombros, se secó el sudor de la frente con el típico pañuelo de tela que llevaban los abuelitos y se marchó dejándome ensimismada observándome las manos. Al rato grande la puerta se volvió a abrir, tenía la boca seca. «Ojalá alguien me trajese un vaso de agua», pero en lugar de eso apareció un tembloroso Rich que me cogió de las esposas y me sacó de la habitación. Lo seguí hasta su oficina y a continuación salimos por la puerta trasera, dónde nos aguardaba Grace montada en un coche con el motor en marcha. Rich me subió en la parte

trasera, le dijo algo, cerró la puerta y nos marchamos de allí, descuadrándome todavía más de lo que ya estaba.

—¡Kate, no te duermas! Puedes hacerlo, intenta no dormirte. ¡Te necesito en tus cinco sentidos! ¡Mierda! —Grace me vociferaba mientras conducía y le daba puñetazos al volante, pero mis párpados se iban cerrando como antiguas persianas agotadas por el peso de los años—. ¿Estás seguro de que aquí no nos localizarán?

—No, nadie puede relacionarnos. ¿Quieres tranquilizarte de una vez? —La desagradable voz de Julius me espabiló y salimos del coche para entrar en su apartamento.

—Por el olor a mugre que hay a mi alrededor me temo que ya no estamos en Kansas.

—¡Kate! —exclamó Grace sentándose en el suelo y mirándome como si estuviese a punto de palmarla. Julius me abrió los ojos y me apuntó con la linterna del teléfono directamente en ellos poniéndome de un humor de perros.

—¿Se puede saber qué coño haces?

—¡Intentar salvarte el culo! —alegó.

—¿Por qué me habéis sacado de la comisaría? ¡Ahora pareceré culpable! —les chillé sentándome. Ambos se miraron el uno al otro y a continuación a mí. Sus expresiones me dijeron que ya me habían juzgado y condenado—. ¡Oh, por el amor de Dios! ¡Yo no le hice nada a ese tipo!

—Kate, te hallaron en su dormitorio con una pistola y un tarro de cloroformo. Pasteur estaba atado y están sacando epiteliales de las cuerdas y ADN de toda la escena del crimen — me informó Grace.

—Sé que parece que fui yo, pero no es así. Juro que tan solo quería asustarlo para obtener información sobre el paradero del cuerpo de Charles Cochrane.

—Te entendemos, Kate, el hombre era mezquino y mala persona, a cualquiera se nos podría haber ido la mano —agregó Julius.

—¡He dicho que no fui yo! ¡Ha sido una jodida encerrona! ¡Y ahora gracias a vosotros no me podrán hacer análisis toxicológicos para demostrar

mi versión! ¡Muchas gracias!

—Kate, yo pensé que...

—¿Qué pensaste, Grace?! ¡Hazme un favor y deja de hacerlo porque se te da como el puto culo!

—Ella tan solo quería ayudar —la defendió Julius intentando serenarme y haciéndome sentir como una maldita perra cuando reparé en lo vidrioso de los ojos de la pobre chica.

—Lo siento, Grace. Estoy muy nerviosa, no he querido decir eso —me disculpé agarrándome el poco pelo que me quedaba y tiré de él.

—¿Qué hacemos? —me preguntó retomando el aliento y tragándose las lágrimas.

—No lo sé, Grace, no lo sé —confesé.

—Pues haz lo que mejor sabes. Analiza todo lo que ha sucedido hasta llegar a este punto —me aconsejó Julius.

—¿Y Rich? —dije de pronto cayendo en la cuenta de que él era quien me había sacado de comisaría.

—Estará bien, no te preocupes. Se ha encargado de las cámaras de vigilancia para que nadie descubra cómo escapaste —me explicó Grace.

—Le debo mucho a ese pequeño niño informático —dije en tono melancólico—. Dame papel y boli. Vamos a hacerte caso por una vez, sin que sirva de precedente, pero antes necesito ir al servicio, si es que tienes...

—Es fácil, está igual que en un bar; al fondo a la derecha —dijo yéndose a buscar lo que le había pedido y recordándome la falta que me hacía tomar algo que contuviese alcohol.

El retrete no había visto una escobilla en su vida. Los derrapes marrones en tres dimensiones me revolviaron el estómago y vomité hasta la primera papilla, con el inconveniente de que cada vez que me acercaba a la taza el olor a amoníaco me penetraba en la nariz y agudizaba mi fatiga. Me enjuagué la cara y me sequé como pude con la manga de la chamarreta vaquera.

—¡Eres un cerdo!

—¿En la cárcel están más limpios?

—Puedo jurarte que sí.

—¿Nos podemos centrar, por favor?

—Vale, Grace. A ver, empecemos. Ahora sabemos que Nakada trabajaba con Elizabeth todo este tiempo. —Sonreí satisfecha.

—¿Y ya está? —se sorprendió Julius—. Eso lo podría haber deducido cualquiera, vaya mierda de detective estás hecha.

—¿Sabes hacerlo mejor? —insté al prepotente reportero.

—Por supuesto. Yo, primero, para un buen artículo, me haría las preguntas y después intentaría responderlas con los datos que tuviese. ¿Sabemos por qué Elizabeth mata a todos esos tipos?

—Para vengar a su hermano, encontrar su cuerpo y descubrir a los culpables —respondí hastiada.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque son unos asesinos —añadí.

—¿Por qué? —repitió.

—Porque ha dejado de creer en la justicia —se adelantó Grace.

—¡¿Por qué?! —reclamó subiendo el tono de voz y tocándome el toto.

—¡Porque la ley es una puta mierda y no hemos hecho nada para agarrar a esos malnacidos! —le chillé.

—Y si de la única que se fía es de ti, ¿por qué la encerrona? —preguntó.

—¡Ni puta idea! ¿Dejamos ya el jueguito antes de que te abra la cabeza con lo primero que pille?

—No, Kate, tiene razón Julius. Ella solo ha hablado contigo y te ha ido dando pistas tanto para que la atrapemos como para que descubramos la verdad. ¿No te parece extraño que de pronto intente quitarte de en medio de un plumazo? Se quedaría sola, no hay nadie que la comprenda como tú. ¿Qué ha cambiado?

—¡Nakada! Él es el único factor variable de esta ecuación —deduje—. ¿Puedes decirle a Rich que busque todo lo relacionado con él?

—Ahora mismo, jefa —respondió Grace más animada al ver mi cambio de actitud. Cogió el teléfono y se fue a la ventana para tener cobertura, en

aquel cuchitril no funcionaba ni el teléfono...

—¿Y bien? —pregunté nerviosa cuando colgó.

—Dice que hay un revuelo horrible en la comisaría, que te han puesto en busca y captura —me explicó.

—¡Joder, eso reduce mis movimientos!

—Kate, no es todo. Han dicho que eres peligrosa y que pueden dispararte si ven que las cosas se salen de madre. Estás acusada de homicidio en primer grado, han encontrado tus huellas en la pistola, tu ADN en las cuerdas, y eres la única acusada. Alegan que se te ha vuelto a ir la cabeza y que te lo estás tomando como algo personal. Si te cogen te mandarán al psiquiátrico de nuevo —se lamentó Grace.

—Ahora mismo para poder exculparte solo podemos atraparlos a ellos y hacerlos confesar —agregó Julius quitándole hierro al asunto, como si eso fuese lo más sencillo del mundo...

—Nakada no es su verdadero nombre, se lo cambió, ese es el apellido de su padre adoptivo, que era chino. Rich está buscando posibles direcciones donde puedan estar escondidos, pero tardará un rato.

—Grace, ahora mismo solo podemos tirar de eso —añadí asimilando todo lo que había dicho.

Prefería morir antes de volver a estar encerrada. Había perdido a Joseph, mi trabajo y la poca reputación que conservaba. Ya no me quedaba nada. Visto así, morir tampoco era un mal plan.

—¿Cuál fue el primer sitio en el que encontrasteis a Elizabeth? —preguntó pensativo Julius.

—En su casa —dijo Grace.

—¿Perdemos algo con volver? Antes no sabíais que tenía un cómplice y seis ojos ven más que cuatro —argumentó siendo lo más coherente que llegué a escucharle.

Cambiamos de vehículo y cogimos la tartana de Julius, la cual no era muy distinta a su cuarto de baño. Lo primero que saltaban a la vista en las alfombrillas eran los restos de comida basura para llevar, latas de cervezas vacías y algo verde, que juré que se acababa de mover. Lo peor de todo era

que en esos instantes era una fugitiva y tenía que ir tumbada en los asientos traseros escondida entre toda aquella basura. Mi cara cayó justo al lado de un plástico transparente y alargado con un líquido blanco seco en su interior. Cerré los ojos, contuve la respiración, me sostuve el estómago y recé para que el trayecto fuera lo más corto posible.

Julius aparcó cerca del cercado que bordeaba la casa donde Grace se quedó colgando. Recordar ese momento hizo que de pronto me resultase muy lejano. Grace tocó la ventanilla dándome vía libre para salir de aquel calvario y poder tomar aire.

—Grace.

—Dime, Kate.

—Follará del carajo.

—¿Cómo?!

—Que o tiene la polla de Nacho Vidal o por mi madre que no me explico qué hacías con un tipo como este.

—Tengo mi encanto —respondió por ella, dándome una palmadita en el trasero y saliendo a correr antes de que le arrancase los dientes.

Una vez dentro lo primero que hice fue volver a subir a la buhardilla, si había algo que encontrar sería allí donde estaría, estaba segura, pero jamás habría pensado toparme con aquello. Mi cabeza comenzó a dar vueltas, a hacer conjeturas y a martillearme las sienas en menos de tres segundos

DOCE

EL CUERPO DE una chica de no más de quince años yacía a mis pies. Tenía un agujero en la frente y a su lado había una pistola semiautomática Taurus del calibre 9. Su larga melena estaba despeinada, sucia y manchada de sangre.

—¿Ella estaba aquí la vez anterior?

—¿Tú no serás tonto? —No tenía ni idea de qué hacer ahora, a cada paso que íbamos dando nos topábamos con la muerte. Estaba totalmente perturbada.

—Kate, debo llamar para que vengan a analizar este sitio, tienes que irte.

—¡Grace, lo sé! ¿Podéis callaros los dos una jodida vez para ver si a mis neuronas les da por pensar? —Grace se agachó y miró de cerca el cadáver con tristeza—. Ha sido él —concluí por fin tras unos largos minutos de silencio en los que los ojos de la pobre criatura parecía que me persiguiesen adonde quisiera que fuese de la habitación.

—¿Quién? —preguntó intrigado Julius.

—El Apóstol. Es su *modus operandi*, un disparo en la cabeza. Nos faltaba por encontrar a la mujer que asesinó en directo mientras charlaba contigo, con un solo grito no pudimos distinguir y dimos por hecho de que se trataba de alguien mayor, pero él dijo que esta vez iba a suceder por nuestra culpa. ¿Y si se refería a esto? Siempre se escuda asesinando a personas de segunda, según él. Creo que esto ha sido tan solo una advertencia para demostrarnos su poder —discerní en alto, más para intentar digerirlo yo misma que para aclararles a ellos nada.

—Pero ¿por qué aquí, Kate? —titubeó Grace—. Esto no tiene ningún sentido, son casos totalmente distintos.

—Tienen una conexión entre ellos, el problema es que hasta ahora no hemos tenido las pistas para deducirlo —continuó Julius intrigándonos a las dos—. Tú, Kate. Ambos están obsesionados contigo. Elizabeth se enteró de tu valía y de tu existencia por la anterior jefa de policía y, por otro lado, el psicópata del Apóstol se ha visto expuesto por tu culpa. Los dos tienen una

conexión contigo, no es muy difícil averiguar en qué casos trabajas y creo que vino hasta aquí para seguir llamando tu atención.

—¡Joder! —exclamé.

«¡¿Señor Karma, podría mandar personas normales a mi vida por una vez?!». Lo peor de todo el asunto era que Julius tenía razón, si lo analizaba desde un punto de vista neutral era muy posible que yo fuese la responsable de tal vínculo y eso me ponía todavía peor cuerpo del que ya tenía con respecto a toda aquella masacre.

—Kate, tenéis que iros. En cuanto termine aquí os llamaré y nos encontraremos. No nos sirves de mucho ente rejas —insistió Grace dándome un cariñoso apretón en el hombro.

La dejamos allí avisando a la policía del nuevo descubrimiento y nos marchamos. Esta vez me negué rotundamente a ir a menos de tres metros de los condones usados de Julius y me ubiqué delante. Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta para no rozar nada que no fuese necesario del asqueroso habitáculo y comencé a jugar con el papel que continuaba en uno de ellos. Julius condujo sin rumbo durante algunos minutos, los dos nos mantuvimos en silencio, tan solo mirábamos la carretera y agradecí esa mudez. Mi mente necesitaba descansar y poner en orden todo. «Joseph». Necesitaba hablar con él explicarle que no se me había ido la olla y que no era culpable del asesinato del doctor. Sabía que no me entregaría y mi alma ansiaba verlo, sentirlo, tocarlo, olerlo y besarlo. Pensar en él alteró aún más mi ya maltrecho corazón haciendo que se encogiese hasta el punto de llegar incluso a dolerme.

—¡Para! —ordené a Julius.

Si me hubiesen dicho que mi vida iba a depender de la persona con la que peor me llevaba del mundo me lo habría tomado a broma, pero no, allí estaba involucrándose en mis problemas, jugándose el tipo por alguien que lo despreciaba tan solo por el amor que sentía por Grace.

«No se merece el trato que le doy, en el fondo es buena persona», pensé.

—¿Te estás meando o qué? —Y aquí mi anterior pensamiento se fue a la mierda.

—Dime la verdad, ¿dónde te criaste?

—¡Joder! Me dices que me pare así, de sopetón, ¿qué quieres que piense?

—Quiero llamar a Joseph, tengo que contarle...

—Es demasiado peligroso, Kate, no sabes cómo reaccionará —me interrumpió.

—Él jamás haría nada que me perjudicase.

—¿Estás totalmente segura? —preguntó arqueando las cejas.

—¿Por qué? ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Nada.

—¡Ahora lo sueltas si no quieres que te arranque la lengua! —amenacé.

—Grace nos pidió ayuda a los tres para liberarte, a Rich, a él y a mí.

—¿Y? Abrevia que para contar una cosa das más giros que mi vida.

—Dijo que no, ¿vale? Tan solo intentaba decirlo de forma delicada, para variar —se quejó, dejándome de piedra.

—¿Cómo que se negó? De seguro él ya tenía otra idea en mente y no la chapuza que hicisteis —protesté mientras él pegaba un frenazo que casi me hizo salir disparada y atravesar la luna delantera—. ¿Estás loco?

—¡Vamos a dejar algo clarito! ¡No me caes bien y es obvio que yo a ti tampoco, aunque esté aquí como un estúpido jugándome la vida por ti sin necesidad, pero Grace te tiene cariño, no sé exactamente el motivo! Aunque siempre le gustaron los animales salvajes y abandonados —terminó diciendo a la vez que le abofeteé la cara, salí del coche dando un portazo y continué andando en línea recta alejándome de ese malnacido—. ¡Kate! ¡Kate, por favor! ¡No seas cría! —chilló a mi lado conduciendo en paralelo—. Kate, no lo he dicho queriendo, bueno sí, pero es que sacas lo peor de mí.

—¡Vete a la mierda! —grité sin mirarlo volviendo a meterme las manos en los bolsillos. Cuando el papel rozó de nuevo las yemas de mis dedos, un pequeño *flash* atravesó mi mente haciendo que me detuviese de pronto. Lo saqué, lo leí, me di un puñetazo en la cabeza con él y me monté de nuevo en el vehículo.

—Eres muy rara, ¿lo sabías?

—Ya sé dónde tenemos que ir —agregué suspirando.

—¿Y te apetece compartirlo?

—A las oficinas de John Walker.

—Si me comentas que te lo acaba de decir el Espíritu Santo el que sale corriendo del coche soy yo.

—No, imbécil. Mira —le enseñé la desgastada nota de papel que me dio Elizabeth en el parque el día que nos encontramos y que a mí se me había olvidado por completo. En ella ponía:

Estoy segura de que Charles está enterrado en la empresa de construcción. Suerte.

—¿Has sabido eso todo el tiempo?

—¿Puedes conducir sin abrir la boca hasta que lleguemos?

—No prometo nada —me advirtió dando la vuelta en dirección a lo de Walker.

Desde que John fue asesinado la empresa había dejado de funcionar. La pobre viuda del traje de tubo estaba demasiado ocupada gastándose el dinero del seguro de vida que le vino cuando el otro la palmó y se había desentendido por completo de la inmobiliaria. Lo que para nosotros fue de gran ayuda porque no teníamos guardas a los que sortear y podíamos centrarnos en buscar el cuerpo. El sitio no es que fuese inmenso, pero, oye, con tan pocas pistas aquello era misión imposible.

—El trocito ese de papel de mierda que me has enseñado no tendrá el mapa del tesoro escrito por detrás, ¿verdad?

—No, Julius, no tengo más datos —respondí crispada.

—Pues nos queda un rato... —Empecé a caminar haciendo una especie de batida como las que se efectúan cuando se buscan pruebas en lugares abiertos, pateando la tierra bajo mis pies sin dejar de mirar al suelo durante al menos una hora y media—. ¿Podemos irnos? —rogó mi compañero porculero sentado sobre un montículo arenoso, jugando con la misma, y fue entonces cuando se me ocurrió.

—¡Eres un maldito genio apestoso! —grité dándole un beso en la cara que lo dejó totalmente descuadrado.

—Me das miedo.

—¡Calla y aprende!

Saqué el teléfono y llamé a Rich.

—Hola, compi. No puedo darte muchas explicaciones, pero necesito un favor. Tienes que traerme a la constructora de Walker el *Findar*. —Mi interlocutor permaneció callado durante algún tiempo—. Por favor, no te lo pediría si no fuese cuestión de vida o muerte, lo necesito urgentemente. Sabes que no te lo pediría de no ser así.

—Están todos en casa de Elizabeth con el nuevo cadáver, tardaré unos diez minutos.

—¡Sí! ¡Te quiero, enano! —le dije saltando de alegría mientras colgaba.

—¿Podemos compartir esa euforia repentina?

—¡Tierra! Esto es tierra, no es cemento, es tierra.

—Exacto, ¿y por consiguiente...?

—Le he pedido a Rich que traiga el *Findar* —repetí sentándome a fumar un cigarro a su lado mientras llegaban los refuerzos, pero Julius prosiguió mirándome con cara de no entender una mierda de lo que le estaba diciendo—. ¡El georadar!

—¿Y por qué lo haces todo tan complicado?

—Porque me gusta ver la cara de tonto que pones cuando no tienes ni pajolera idea de qué hablo. —Sonreí echándole el humo en la cara.

Como prometió, a los diez minutos vimos un furgón de la policía acercándose conducido por Rich. Ya le habíamos abierto la reja así que aparcó a nuestro lado y se bajó del vehículo todavía más pálido de lo que ya era. Algo no iba bien.

—Lo siento, Kate, no sé mentir y me ha cogido sacando esto por atrás —se excusó el muchacho cuando alguien salió de la parte trasera.

—¿Tenías pensado llamarme en algún momento? No sé, ¡lo mismo tu pareja está un poco preocupado por eso de que estés en paradero desconocido y acusada de asesinato!

—Joseph, no quise meterte en esto.

—¿Y a todos los demás sí? ¿Incluso a este? —dijo señalando a Julius con repugnancia.

—Pero ¡¿por qué os ha dado a todos vosotros por mí?! —

—¡Cállate! —le gritamos Joseph y yo al unísono.

—¿Rich, has traído el Findar? —apremié intentando que el enfado de Joseph fuese disminuyendo si cambiaba de tema.

—Claro, solo hay que bajarlo —afirmó Rich sin saber si esconderse, salir corriendo o si ocultar la cabeza dentro de la tierra y hacer él mismo las funciones del aparato.

—¿Podemos concluir con esto y luego si quieres me llevas esposado tú mismo a comisaría?

—No quiero entregarte, Kate.

—Pues tampoco es que quisieras ayudarla antes... —añadió entre dientes Julius. Joseph al oírlo se abalanzó sobre él, lo sostuvo por la pechera de la camisa y pegó la cara a la del reportero hasta que las narices se rozaron.

—¡Lo que no quería era dejarla con el puto culo al aire tal y como habéis hecho vosotros! ¡Ahora sí que parece culpable! —Levantó el puño con la intención de destrozarle el rostro, pero le agarré el codo impidiéndoselo—. ¡¿Estás con él ahora?! —La mirada de desprecio que me lanzó fue de tal magnitud que lo solté rápido y di un paso atrás temiendo llevarme yo el golpe. Joseph nunca había sido un hombre agresivo, pero creo que su nivel de aguante había superado el límite con creces.

—Lo han hecho para ayudarme, Joseph, por favor, tranquilízate —le supliqué, pero en vez de escucharme se marchó andando por la carretera con las manos todavía cerradas—. Terminemos con esto.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó temeroso Rich.

—El cuerpo de Charles Cochrane.

—¿Sabes cómo se usa este cacharro? —sondeó Julius con total parsimonia como si no hubiese sucedido nada.

—Sí, funciona con ondas electromagnéticas. Estas antenas de aquí emiten impulsos a través del suelo, mandándole los datos al ordenador de arriba, nos muestra la imagen por colores de los distintos materiales y el espesor de lo que sea que tenga abajo. Al poder reconocer el fosfato puede decirnos si hay huesos o no —respondió Rich como si le estuviese hablando a otro cerebritito.

—A ver, tarugo, el cortacésped sicodélico este que ves aquí nos dirá

dónde está —abrevié.

—Vale, realmente no entiendo por qué os complicáis tanto la vida a la hora de hablar — concluyó encogiéndose de hombros.

Pasamos la máquina por cada metro de suelo que había en la finca. Yo de vez en cuando miraba hacia el camino rezando por ver la figura de Joseph acercándose, pero con lo cabezota que era sabía que eso no ocurriría. Me volví a centrar y acompañé a Rich en cada paso que daba observando atenta la pantalla del ordenador. La noche comenzaba a echársenos encima y casi habíamos mirado milímetro por milímetro la parte trasera. Julius se metió en su coche y se echó a dormir concediéndome la oportunidad de poder hablar con Rich a solas.

—No he podido agradecerte lo que hiciste por mí. No tenías por qué haberte jugado tanto el tipo, lo hubiese entendido si no, ¿lo sabes?

—Lo sé, Capitana, pero te lo debía. No he sido del todo sincero contigo en algunos aspectos —comenzó a decir cuando llegamos a la única parte del terreno que tenía hierba y un pequeño árbol creciendo sobre él.

—Rich, ponlo aquí —lo interrumpí. El chico puso el cacharro lo más cerca que pudo del endeble tronco y sonrió.

—Aquí hay algo, y por el tamaño, la tierra movida y la presencia de fosfato, podría asegurar que es un cuerpo.

—¡Bien!

—¿Y ahora? —me preguntó.

—No lo había pensado, sabes que me voy guiando por mi instinto.

—Ahora deberías irte y dejar a la policía continuar. —Joseph estaba a mi espalda sosteniéndome la cintura. Parecía que la caminata y el tiempo de reflexión le habían ido bien.

—Joseph, quise llamarte. Yo no lo maté, me tendieron una trampa. Te lo juro —dije girándome para quedar mirándole los ojos.

Joseph me puso un dedo en la boca señalizándome que no hablase y me besó. Fue un beso tierno, tranquilo, cálido, fue un beso con sabor a hogar, uno de esos de los que hacía tanto que por un motivo u otro no nos dábamos.

—Lo sé, pero procura que no te maten hasta que no logremos esclarecerlo

todo. ¿De acuerdo?

Asentí y regresamos al coche de Julius. Estaba con la boca abierta y la solapa de la chaqueta llena de babas, si no hubiesen estado los cristales cerrados de seguro que podríamos haber escuchado los ronquidos a pocos metros antes de llegar. Joseph dio dos golpes en el cristal sobresaltando al reportero e indicándole que bajase la ventanilla.

—¿Has vuelto para acabar la pelea?

—No, estoy aquí para decirte que como le suceda algo no pararé hasta desollarte vivo —repitió la muestra de cariño de antes, cerró la puerta del coche cuando ya estuve dentro y regresó con Rich.

Con tal de no escuchar el incesante parloteo de Julius puse la radio y las primeras palabras que se oyeron en ella fueron: «La policía está cada vez más cerca del Apóstol de la muerte. Su última víctima ha sido una menor de quince años. ¿Ha cambiado su *modus operandis*? ¿Ya no hay nadie a salvo en la ciudad? ¿Dónde está la Capitana Warne? Fuentes cercanas nos informan que se encuentra en busca y captura por asesinato a sangre fría. ¿Será verdad?».

—Todo se aclarará —me alentó Julius, apagándola.

—¡Odio a los putos paparazis!

—Gracias —se burló.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Has hablado con Grace?

—Sí, hemos quedado en su casa. No creo que te busquen allí, además, esa dirección no la sabe nadie. Estarás bien.

«Estarás bien». Me pregunté si alguna vez volvería a estar bien.

Grace nos aguardaba fuera de la vivienda vigilando que no nos siguiese nadie. Me temí que los demás comenzaban a estar igual de paranoicos que yo.

—Me han llamado para ir a hacer el levantamiento del cadáver encontrado en la propiedad de Walker. ¡Buen trabajo!

—Gracias, Grace. Elizabeth nos dio las piezas del puzle y nosotros solo las seguimos. Ahora nos falta demostrar mi inocencia y eso va a ser más complicado, porque de qué me sirve que se aclare que ellos lo asesinaron.

Ya están especulando que se me ha ido la pinza. —Por un instante me vine abajo y me entraron ganas de llorar a moco tendido, sentía una sensación rara, tenía el estómago revuelto.

—Kate, tienes mal aspecto, deberías intentar descansar un rato. Me tengo que ir, pero Julius se quedará contigo.

—¿Crees que voy a dormir sabiendo que todos me buscan? ¡Mi cabeza no para de dar vueltas y el problema es que ya no sé cómo seguir! —sollocé sorprendiéndome incluso a mí misma. Me sequé las lágrimas rápido e intenté retomar la compostura.

—Todos tenemos derecho a caer, lo que hay que saber es hacerlo el tiempo suficiente como para que ayude a llegar más lejos al impulso que venga a continuación —dijo Julius poniéndome la mano sobre el hombro, provocando el efecto inverso al que esperaba. En vez de animarme, un grifo extraño y desconocido se abrió en mi interior, me senté en el escalón del porche y lloré desconsolada, ni supe durante cuánto tiempo, agarrada a Grace, quien había corrido a colocarse a mi lado.

—Llamaré a Joseph para decirle que se encargue él —dijo Grace.

Mi primera intención fue detenerla y decirle que no era necesario, que me encontraba mejor y que se fuese a hacer su trabajo, pero mi boca no articuló palabra alguna, simplemente asentí y me acurruqué mientras me fumaba un cigarro. La verdad es que estar allí tranquila, en la oscuridad escuchando el aire mover la copa de los árboles que me rodeaban y el lejano cantar de un grillo era lo mejor que me había pasado en semanas. Es triste cuando la vida se complica tanto que no nos fijamos en estos pequeños detalles: en el olor del viento, de la humedad, de la vida. «Sí, la vida huele y la mía tan solo lo hacía a mierda».

—Kate —me llamó Julius interrumpiendo mi gran y escatológico pensamiento—. Si Grace se va a quedar contigo voy a aprovechar para ver de qué me puedo enterar en la calle. Las personas suelen saber más de lo que dicen, con algunas cervezas y este careto me contarán más que a la policía.

—De acuerdo, gracias.

—Nos vemos pronto.

Fue en ese instante, al concluir esa frase, cuando descubrí qué le gustaba a Grace de él. Era un desastre de persona humana y de físico tampoco es que

fuese a ganar un concurso de belleza, pero como suele ocurrir, cuando traspasas las primeras capas de una persona y llegas a su corazón es donde encuentras si merece la pena o no. Por cómo te trata cuando tienes un mal momento, o por cómo se mantiene firme a tu lado pese a no tener por qué. Se despidió con la mano antes de salir de la finca y desapareció en la negrura del carril que conducía hasta la casa.

Grace me hizo un riquísimo chocolate caliente y me contó más sobre la niña que estaba en casa de Elizabeth. Encontraron su bicicleta tirada en una esquina antes de llegar a su casa cuando regresaba del colegio y a plena luz del día. Supuse que el Apóstol estaba viendo las noticias en el teléfono cuando se la llevó, lo que quería decir que se dirigía hacia la vivienda de Elizabeth para alguna otra cosa y que al oír los comentarios de Julius se enervó y cambió de planes. A lo mejor alguien por la zona lo vio, dudo mucho que fuese por la calle con la toga. La chica se llamaba María Verónica y estaba comenzando a vivir. No podía quitarme de la cabeza que si no hubiésemos dicho nada la criatura todavía seguiría viva. Ese era otro cadáver más que sumar a, mi ya larga, lista de errores mortales. De pronto el teléfono comenzó a sonar con número desconocido. La voz temblorosa de Nakada al otro lado me pilló desprevenida.

—Señora Warne, Elizabeth quiere suicidarse, dice que ya han encontrado los restos de su hermano y que no le queda nada más que hacer en la vida. Sé que usted puede ayudarla. Necesito su ayuda.

—Intenta detenerla hasta que lleguemos —le pedí. Me facilitó la dirección donde se encontraban y Grace y yo salimos en su busca—. ¿Cuántas pistolas tienes?

TRECE

EL EDIFICIO EN cuestión era una iglesia presbiteriana que tuvo mucho renombre en la ciudad, hasta que la crisis hizo que la gente tuviese que abandonar sus casas y en el 2010 se quedó totalmente sola. Resultaba extraño ver frente a esa imponente construcción de estilo gótico inglés dos restaurantes de comida basura y un solar en construcción. Las casas habitadas más cercanas estaban a varias manzanas de allí. Aparcamos en la misma puerta y tanto Grace como yo nos quedamos pasmadas observando la grandeza de aquel lugar desamparado. Nos miramos, cogimos aire y atravesamos la colosal entrada. Una vez dentro, la luz de la luna entraba por las vidrieras rotas de la planta superior, provocando que el lugar pareciese entre sombrío, tenebroso y encantado. Al fondo del todo y justo frente a nosotras descansaba un órgano, que abarcaba gran parte de la pared, aguardando que algunos dedos volviesen a posarse en él. El silencio en el lugar, o más bien la falta de sonido alguno, me puso la piel de gallina. El olor a moho proveniente de la madera de los bancos y la humedad de los restos de moquetas, que quedaban en suelo y paredes, hicieron que tuviese que cubrirme la nariz para que una arcada no subiese por mi estómago.

Cada situación tiene un olor característico, no solo las cosas lo tenían. Detestaba poseer mi memoria, me permitía poder jugar con según qué cosas y los olores era algo que me fascinaban. Aquel lugar, por ejemplo, olía a tristeza, a abandono y a sufrimiento. ¿Cómo pueden sufrir unos muros de piedra caliza? Yo pienso que pueden, cada uno es libre de creer lo que desee. Un crujido hizo que volviese a centrarme.

Bajamos hasta la zona donde estarían dirigidas todas las miradas si el lugar estuviese vivo. El pasillo nos llevaba hasta una mesa de oratoria situada justo en el último extremo.

—¡Pepe! ¿Estás ahí? —le grité sin percatarme de que mi voz golpearía las paredes de piedra de la gran iglesia, devolviéndomela desde todos los puntos en forma de macabro eco que parecía reírse de nosotras.

—¡Aquí! ¡Necesito ayuda, por favor! —En esta ocasión sucedió exactamente lo mismo y ninguna pudimos reconocer el lugar de procedencia

del sonido.

—Revisa la parte de abajo y yo miraré la de arriba —le ordené a Grace con la naturalidad de quienes se encuentra en otra misión más, con la peculiaridad de que yo ya no era policía y ella no tenía por qué obedecerme.

—Kate —dijo antes de que me diese tiempo a dar un paso en busca de las escaleras que conducían a la segunda planta. Me volví a mirarla, se aproximó a mí, me agarró por el cuello de la chaqueta y me besó. La sostuve por la cintura procurando que no se me cayese el arma y le devolví el beso, sabía que no estaba bien, quería, amaba a Joseph, pero no sabía qué sucedería allí esa noche e igual que mi corazón sentía que no estaba bien hacerlo, mi cabeza racionalizó que era eso precisamente lo que ella necesitaba—. Ten cuidado, por favor.

A medida que subía las escaleras, iba viendo mejor. Arriba del todo aprecié un bulto en el suelo que se movía muy despacio o, al menos, eso me pareció distinguir entre las sombras. No fue hasta que estuve lo suficientemente cerca que me percaté de que se trataba de Pepe, estaba cubierto de sangre, se sostenía la rodilla y me miró aliviado en cuanto me vio.

—¡Señora, por favor! —me suplicó. Recorrí los pocos metros que nos separaban y me agaché a su lado sin dejar de vigilar todo lo que nos rodeaba.

—¿Puedes levantarte? ¿Dónde está?

—No lo sé, tenía un cuchillo e intenté arrebatárselo, pero ella me cortó. ¡Me duele mucho! —Apóyate en mí e intenta caminar —le mandé agarrándolo y cargándolo casi a la espalda. Cojo y, como buenamente pudo, fue bajando los escalones a mi lado.

—¡Se ha vuelto loca, señora!

—Tranquilo, ya estamos aquí, no te pasará nada. ¿Llevas mucho tiempo desangrándote? —De ser así necesitaba un torniquete urgentemente y los primeros auxilios nunca fueron lo mío.

—Creo que hace una hora o así que se quedó inconsciente.

—¿Cómo? —le pregunté mirándolo por si estaba empezando a delirar.

—Ups, me temo que se acabó actuar. Me lo estaba pasando bien. ¿Las putas lesbianas como tú y la zorra de tu amiga tenéis siempre que

estropearme la diversión?

—¿Tú?! —exclamé alucinando, pero antes de que me diese tiempo a reaccionar, Pepe ya me había empujado por las escaleras haciendo que rodase y me fuese golpeando con cada maldito peldaño de piedra.

Aterricé sobre una de las pocas moquetas que todavía sobrevivía evitando así que me diese un golpe en la cabeza. Cuando alcé la vista, Pepe ya tenía la pistola levantada y acababa de apretar el gatillo. Era físicamente imposible escapar, pero sí intentar que el tiro no fuese mortal. Me moví a un lado y al segundo pude notar cómo la bala me atravesaba la pierna. Dolorida y sin poder levantarme, me arrastré buscando algo que me sirviese de bastón para poder incorporarme, y justo entonces alertada por el disparo, Grace apareció y se puso en el punto de tiro de el maldito Apóstol de la Muerte. Un segundo y certero proyectil salió directo hasta ella haciendo resonar los muros, hasta el punto de que pareciese que se iban a derrumbar y lapidarnos, acertándole a mi amiga y compañera, tumbándola en el frío suelo. Vi su cuerpo caer a cámara lenta y sus ojos cerrarse despacio mientras no dejaban de mirarme suplicantes, implorándome que la ayudase. Saqué fuerzas de donde no las tenía, me levanté rápido y volví a mirarlo, pero él aprovechó el tiempo de confusión para terminar de bajar y darme un golpe con la culata en la cabeza haciendo que lo viese todo negro.

—¡Kate, Kate, Kate, por el amor de Dios, despierta! —la voz de Grace sonó como si estuviese muy lejos de mí. A medida que iba recobrando la consciencia el dolor de mi cuerpo también se fue haciendo presente. Me punzaban las muñecas, la cintura y un tobillo, pero lo que más me preocupaba de todo era que no me sentía la pierna donde había recibido el impacto. Abrí los ojos, pero el derecho lo tenía empapado en sangre y no era capaz de enfocar—.

¡Kate! ¡Aquí, mírame, ¡vuelve conmigo! —¿Grace? —fue lo único que pude decir antes de quedar paralizada por lo que estaba viendo. Estaba a mi lado, la había subido a una cruz y colgaba de ella con el cuerpo y la ropa hechos girones. Quise correr a ayudarla, pero cuando intenté moverme me percaté de que yo estaba exactamente igual que ella o casi peor, si es que eso era posible—. ¿Dónde está?

—Allí —susurró moviendo la cabeza hacia delante.

A un metro de nosotras, en el suelo, había una especie de mesa de altar,

sobre él y también maniatada se encontraba Elizabeth completamente desnuda, tumbada bocarriba con el cuerpo lleno de profundos cortes en forma de cruz. La expresión de terror y dolor de su rostro no podría ser descrita con palabras y sin embargo es algo que no se borrará de mi retina mientras viva.

Nakada estaba sacando pelucas y ropas de una bolsa de basura de las de comunidad y las apilaba al lado de la mesa. Llevaba su ya conocida indumentaria de monje y se movía con total parsimonia como si tuviese todo el tiempo del mundo para hacer lo que fuese que pretendía. Se acercó a Elizabeth con un traje y una peluca, reconocí esta última de las que esta tenía almacenadas en su buhardilla, era con las que había estado engañando a los cinco asesinos de su hermano tiempo atrás. Lo que no me cuadraba, si se suponía que eran cómplices, por qué la estaba torturando de aquella manera y, además, Elizabeth se movía por un deseo imparable de venganza que nada tenía que ver con el instinto homicida de Nakada. De nuevo sentía que algo se volvía a escapárseme, era como si intentase formar un solo puzle con piezas de dos completamente distintos.

Cuando la mujer lo vio aproximarse y colocarle sobre el cuerpo la ropa, comenzó a implorar que la matase, pero él, lejos de satisfacer sus deseos, se retiró la capucha, le sonrió y le acarició la mejilla de forma paternal.

—No te abandonaré, cuando hayamos terminado serás libre de demonios y podrás ir a reunirse con el altísimo. Tú eres distinta a ellas —le explicó mirándonos con asco y escupiendo al suelo inmediatamente después—. El diablo va primero a por las personas buenas y puras de corazón como tú, mi querida Elizabeth, pero no pasa nada, yo sé cómo ayudarte—. Sacó del cinturón que le ajustaba el hábito un puñal curvo y lo clavó a través de la ropa que le había sobrepuesto, hundiéndolo dentro de la carne de la mujer que soltó un alarido como nunca antes oí.

—¡Maldito hijo de puta, suéltala! —grité usando para ello todas las fuerzas que poseía.

Tenía los dedos amoratados y adormecidos, las ligaduras de mis muñecas soportaban el peso de mi cuerpo y cortaban el riego de sangre. Hacía tiempo que tan solo sabía que continuaban unidas a mí por un leve hormigueo que sentía de vez en cuando proveniente de ellas. Nos había crucificado tanto a Grace como a mí. Di gracias al cielo porque el desgraciado de Nakada

supiese que si nos clavaba las palmas, al igual que ponía en la Biblia, estas se habrían despedazado por el peso, y en su lugar había optado por atarnos. Eso o que no tenía clavos cerca...

—¡¡Tú, la culpable de todo!! Esto iba a ser una curación privada y bonita donde mi Elizabeth expulsaría los demonios que la obligaban a transformarse en otras mujeres y a copular con esos hombres.

—¿En serio? ¡Estás loco, psicópata de mierda! ¡Ella no está poseída, imbécil! —me apoyó Grace al ver que casi no podía respirar y mucho menos hablar.

—¡Vosotras sois las que estáis llevando este mundo a la destrucción! ¡Impuras fornicadoras de Satán!

Le retiró el vestido y lo arrojó al montón que ya estaban en el suelo. Encendió una cerilla y la agregó a la improvisada hoguera mientras se quedaba mirando como ardían. El olor a pelo chamuscado de las pelucas era realmente vomitivo. Regresó a Elizabeth, la besó en la frente y con el mismo cuchillo que acababa de usar para perforarla le hizo un corte en el cuello. — ¡¡Noooo!! —chillamos Grace y yo al contemplar la barbarie que estaba cometiendo sin poder hacer nada para evitarlo. Elizabeth giró la cabeza y me miró, vi cómo sus labios se movían e intentaban decirme algo, y aunque de su boca no brotó ningún sonido, pude traducirlo:

—Gracias.

—¡Juro que acabaré contigo! —le amenacé llena de ira e impotencia. Elizabeth después de todo por lo que estaba pasando se detuvo a agradecerme que hubiese revelado la verdad sobre la muerte de su hermano.

—Descansa, princesa, pronto todo acabará —le prometió. Se agachó a su lado, colocó las manos bajo la sangre que emergía de su cuello y le pintó una cruz en la frente. Entonces un teléfono empezó a sonar en algún lugar de la gran iglesia resonando en todas las paredes al igual que mi voz antes, desconcertando al asesino.

—¿Dónde está? ¿De quién es? Putas, ¡¿qué brujería es esta?! —vociferó Nakada acercándose a nosotras. Tiró al suelo la daga y sacó una pistola—. No merecéis que me manche las manos con vuestro veneno sangriento.

—Nos veremos en el infierno —le advertí sonriendo. Si iba a morir lo haría puteando a ese cabrón y sin demostrar ni un ápice de debilidad. Sabía

que Clea me esperaba y no me daba miedo morir. Una bala colisionó contra la pared que estaba más cerca de Nakada, era imposible que proviniese de su arma y un ínfimo rescoldo de esperanza recorrió mi ser. Nakada se resguardó tras la mesa que sostenía el ya cuerpo inerte de Elizabeth, y disparó a ciegas hacía el frente. Otros tantos le fueron devueltos en respuesta y fue entonces cuando lo oí.

—¡Estás rodeado! ¡Sal con las manos en alto! —le ordenó Joseph. Pero ¿cómo?, era imposible que nos hubiese rastreado, le quitamos el localizador a los teléfonos cuando escapé de la comisaría. Por muy cerebritito que fuese Rich, que lo era, no tenía forma alguna de haber podido localizarnos—. Ya lo tienes bastante crudo, no nos lo pongas más difícil—. Joseph siempre evitaba matar, incluso tratándose de aquel desquiciado—. Voy a acercarme.

Nakada me miró, inclinó la cabeza para un lado, esbozó una gran sonrisa es su asquerosa cara de loco y se levantó escondiendo la pistola bajo la manga del gran hábito.

—Estamos en paz —me dijo sin dejar de sonreír. Hizo el amago de levantar las manos como si se estuviese rindiendo, pero en su lugar vació el cargador entero en la cabeza de Joseph.

—¡¡Nooooooooo!! —El aullido me salió de las entrañas lastimándome incluso las cuerdas vocales. Joseph cayó al suelo con el cráneo destrozado, Rich corrió a su lado y me miró, tan solo me miró. Por un momento pensé que si dejaba de ver aquello desaparecería, podría ser que tan solo fuese un sueño, que estuviese inconsciente y mi sique me la estuviera jugando de la peor de las maneras. Cerré los ojos y los apreté.

—¡Con cuidado! ¡Bajadlas con cuidado! — La voz de Dupín estaba justo debajo de mí. Unos brazos me sostenían mientras que otros me desataban, podía notarlo, pero no verlo, continuaba con los ojos cerrados, no quería abrirlos, aún no.

Alguien me colocó sobre una superficie plana que se movía con ruedas, lo supe porque noté los baches bajo mi cuerpo que iba dando pequeños saltitos. Otro alguien me agarró la mano, la de ese alguien era suave y pequeña, llena de durezas y delicada a la vez. Grace, era ella, estuve segura de que se trataba de ella, pude notarlo. Las patas de la camilla que me transportaba se plegaron y dejaron de moverse, íbamos en una ambulancia, lo supe porque las sirenas no me dejaban oír mis propios pensamientos. El

movimiento de otros alguien y unos gritos me rodearon en el momento en el que entramos en el hospital, lo adiviné por el olor a desinfectante, se me daba bien aquello, creí que podría continuar el resto de mi vida con los ojos cerrados y aún así saber qué pasaba a mi alrededor, no era complicado. Dejé de notar la mano que me consolaba en silencio, pero antes de que desapareciese Grace lloró, sus lágrimas mojaron mi cara y dejaron ese desagradable sabor salado en mis labios. Luego el desinfectante fue todavía más notorio que antes, eso quiso decir que entraba en quirófano, pero ¿por qué?, yo quería irme. Ya nada me retenía a este funesto lugar, ya nada enturbiaba mis ganas de morir, era lo que realmente quería, lo que necesitaba, nunca tuve nada tan claro en toda mi vida. Estaba convencida de que no abriría los ojos nunca más.

—¡Bajad la dosis!

—Pero ¡doctora...!

—¡Está embarazada!

Y fue solo entonces cuando los abrí.

CATORCE

EL ENTIERRO DE Joseph fue una ceremonia menos íntima de lo que me hubiese gustado. A la prensa, en el instante en el que se enteró de que fue asesinado por el Apóstol de la Muerte, le faltó tiempo para acampar frente a mi casa, a la comisaría e incluso al hospital. Debí haberme llevado muchos días allí después de la intervención, pero tendría que estar muerta antes de faltar a su último adiós. Sabía que era un momento en el que se me estaba permitido llorar y derrumbarme. El amor de mi vida, la única persona que me había querido y cuidado de verdad, estaba dentro de un ataúd con la cara tan destrozada que no pudimos ni dejarlo abierto. Tenía el corazón roto y dividido, por un lado quería marcharme con él, pero por otro antes de irse me había dejado un trocito de su ser dentro de mí y era mi deber defender de este mundo de mierda a esa criatura. Aunque no tuviese ganas de vivir ni de respirar, a partir de ahora tendría que hacerlo sí o sí.

A mi lado, inseparables, Grace, Julius y Rich aguardaban por si tenían que sacarme de allí. Dupín llevó a la policía vestida de gala y le hicieron a Joseph un pasillo de espadas en señal de respeto, disparando unas salvas cuando el féretro se introducía en la tierra para no salir de allí jamás. ¿Que si dolía? Sí, más que nada en este mundo, pero todavía no había terminado.

Por primera vez en mi maldita vida sabía lo que tenía que hacer.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, Kate?

—Señor, usted ha sido como un padre para mí y le agradezco todas las veces que me ha ayudado, pero quiero cambiar de vida, necesito hacerlo.

—Tómate unas vacaciones, descansa, es normal que estés mal, pero esto es tu vida, Kate —Dupín insistió en que cambiase de opinión, pero la decisión estaba más que tomada.

Grace se empeñó en que me fuese a vivir con ella hasta que me tranquilizase y, eso fue lo que hice, necesitaba mantener la mente fría para lo que iba a llevar a cabo y estando en nuestro hogar tan lleno de recuerdos de seguro que me habría metido en la cama para no levantarme más. Las cosas seguían sin cuadrar. Nunca encontramos las pruebas de que los Cinco, como

me gustaba llamarlos, hubiesen asesinado a Charles, tan solo encontraron su cuerpo en la propiedad de Walker y eso no era una prueba incriminatoria. Era imposible que hubiesen borrado todo rastro de lo que hacían y el por qué lo hicieron. Por otro lado, Nakada continuaba en paradero desconocido, esa noche escapó y, pese a ser el hombre más buscado de la ciudad, era como si se hubiese esfumado de la faz de la Tierra. ¿Por qué trabajó con Elizabeth para después torturarla como lo hizo? Había tantas cosas de ese puzle que seguían sin cuadrarme que me pasaba las noches en vela intentando pensar igual que él.

—Kate, tienes que parar.

—¿Qué? —Estaba ensimismada mirando la pared del despacho de Grace. Se lo usurpé en cuanto me trasladé y comencé a crear mi propia pizarra del caso, bueno, de los casos.

Cada noche me sentaba en el cómodo sillón de cuero negro reclinable de los que tenían un artilugio en la parte inferior para subir los pies, del que me había adueñado, y permanecía allí frente a las fotos de los cadáveres, las pistas y los lugares de los crímenes hasta que los pájaros anunciaban que un nuevo día estaba por comenzar. Grace me traía un chocolate caliente con nubes flotando y se sentaba a mi lado hasta que se le cerraban los ojos y yo la mandaba a dormir para, a escondidas, poder fumarme mi dosis diaria de nicotina. La gente ve mal que las embarazadas fumen y nos miran como si estuviésemos cortando en pedazos al bebé, pero la realidad es que la ginecóloga tras conocer mi situación me recomendó no dejarlo y creo que es la única vez que estuve de acuerdo con un matasanos. Pero Grace no lo veía como yo, así que para no discutir y aún sabiendo que ella era consciente de que lo hacía, me escondía para que no me viese.

No había vuelto a aparecer ninguna víctima que coincidiese con la forma de actuar de Nakada. Pusieron su casa patas arriba y la precintaron para que no tuviese dónde regresar y si lo hacía poder tener constancia de que lo había hecho. Algo se me escapaba, él era una persona que estaba trastornada y dentro de su locura creía que era la mano ejecutora de un ser superior que le hablaba, no se iba a detener por miedo a ser atrapado como otro psicópata más, él no temía a la muerte, pero sí al infierno.

—No puedes seguir atormentándote con esto cada noche. Necesitas descansar y lo sabes. —Cuando esté muerto descansaré.

—Kate, por favor, no hagas ninguna locura, llevas así dos meses, no puedes estresarte en tu estado.

—Es imposible que ninguna otra persona pueda llegar a estar más tranquila que yo —me burlé.

—Kate, no tenemos pistas, no sabemos por dónde seguir.

—¿Alguien quiere *pizzas*?! —Julius apareció con dos humeantes cajas familiares de comida basura.

—¡Estoy cansada de decirte que no traigas esas porquerías para la cena!
—Grace pretendía que mi dieta, a excepción de nuestro ya ritual nocturno, fuese saludable, y Julius para variar no le hacía ni puñetero caso en nada.

—¿Te he dicho que estás más bonita cuando te enfadas? —le respondió dándole un beso y recordándome demasiado a Joseph.

Grace había decidido concederle una oportunidad y yo realmente me alegraba por ellos. Eran una pareja con una segunda oportunidad cuidando a una embarazada psicótica. En cuanto terminase todo, los dejaría tranquilos y me marcharía.

—Grace.

—No.

—¡Si todavía no te he dicho nada! —gimoteé.

—No hace falta. Sé de sobra que no será nada bueno... Has puesto esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa que estás poniendo ahora mismo. —Cierto, lo estás haciendo —la apoyó

Julius.

—Pero ¿tú de parte de quién estás?

—De quien folle.

—¡Cerdo! —le dijimos las dos a la vez dándole cada una un manotazo en un hombro distinto, haciéndolo que casi tirara la comida.

—Quiero regresar a casa de Nakada.

—¡No!

—Por favor, sé que podemos encontrar algo, no puede haber desaparecido así como así. Y sabes que soy la mejor investigando los sitios.

—¡No!

—Bueno, pues nada, al menos lo he intentado. Seguiré cada noche aquí sentada esperando mi ración diaria de azúcar y llorando por el difunto padre de mi hija. El mismo que no descansará jamás y se revolverá en su tumba porque tú no quieres ayudarme a localizar a ese malnacido. No pasa nada — gimoteé teatralmente y me puse a hacer pucheros.

—Eres una zorra manipuladora.

—Lo sé, pero ¿ha funcionado?

—Si Dupín se entera que te he llevado allí me destituirá.

—No va a echar a la mejor y más dócil Capitana que ha tenido en la comisaría —la halagué.

Cuando entregué mi dimisión del cuerpo, añadí una carta de recomendación para que Grace fuese mi sucesora, pese a sus pocos años en el cuerpo tenía méritos de sobra para ejercer tal cargo y Dupín me debía una por acusarme de asesinato y ponerme en busca y captura, así que no fue difícil conseguirlo.

—Yo lo veo y me apunto —dijo Julius encogiéndose de hombros para exasperar a Grace más que para ayudarme a mí...

—No puedo con vosotros.

—¡Guay! ¡Vamos! —exclamé dando un salto de la silla.

—¡¿Ahora?! —exclamó la pobre Grace.

—¿Cuándo mejor?

—¡Al carajo la cena! —se lamentó Julius revoleando las cajas sobre la mesa.

Nakada vivía en una casa medio en ruinas en la peor zona de la ciudad, esa misma que se quería encargarse de limpiar. Por lo visto no fui nada desencaminada con el análisis psicológico que le hicimos. Sus hermanos le hacían vejaciones, su madre era bipolar y su padre biológico los abandonó. Según los vecinos que conocían a la familia, por lo visto una vez lo obligaron a ir al colegio vestido con la ropa de una de sus hermanas. Se

metió en el ejército, pero lo echaron tras suspender un examen psicológico.

Era el claro caso de abuso infantil que concluyó en esquizofrenia paranoide. No sentía ninguna empatía con él, al contrario que me pasó con Elizabeth, era un asesino y un psicópata y había que quitarlo de las calles antes de que siguiese matando.

Grace retiró la cinta de la puerta y entramos en aquel cuchitril. En cuanto encendimos la luz de la primera estancia cientos de cucarachas corrieron a esconderse en cualquier recoveco. Odiaba a esos bichos, pero no se podía esperar otra cosa si se trataba de la casa de una persona así. La mesa estaba atestada de platos de plástico con restos de comida, y habría jurado que debajo de uno de ellos había algo con pelos que se movía, pero preferí no confirmarlo para no vomitar allí en medio. Cuando supe que estaba embarazada comprendí las náuseas, el extremo sentido del olfato, el cansancio y el malestar, mi cuerpo me estuvo mandando las señales, solo que yo no supe leerlas. Si en ese quirófano hubiese perdido también al bebé estaba convencida de que no estaría buscando respuestas en esos instantes.

Miramos en todos los sitios donde poder esconder algo en la casa sin saber exactamente qué, pero sabía que tenía que haber algo, el puto karma no podía ser tan cruel conmigo.

—Si fueses un puto loco, ¿dónde guardarías algo? —pensé en alto dándome golpecitos en la barbilla y girando sobre mí misma para ver mejor cada parte de la casa. Esta constaba de una habitación que le servía a la vez de cocina, dormitorio y salón, y un mugriento baño todavía peor del que tenía Julius en su casa.

—Kate, ¿se te está yendo la pinza? —me preguntó Julius sentándose en el roñoso sofá y retirando una cucaracha del reposabrazos con los dedos.

—Te vas a lavar con lejía antes de volver a acostarte conmigo —le advirtió Grace con cara de asco.

—¿Te pegan, te muerden? ¿Entonces? ¿Sabéis que estos pobres bichitos después de que los roce un humano van a un rincón a lavarse durante horas?

—Sigo pensando que eres un cerdo y no quiero saber cómo tienes ese dato... —respondió Grace.

—¡Joder! ¡Vaya mierda de infancia habéis tenido! Seguro que tampoco guardabais la marihuana en la cisterna para que no os pillasen vuestros

padres. —Grace y yo nos miramos y sonreímos, para a continuación regresar la vista hasta él—. ¿Qué? ¡No! ¿Habéis visto cómo está? ¡Ni yo metería ahí la mano, venga ya!

Julius se subió a la taza, a regañadientes, apoyando los pies en los lados procurando no caerse dentro. La tapa que debería cubrirlo era inexistente y no teníamos forma de esconder los olores que salían de ahí. Pese a que no sería capaz de comer nada en días tenía que quedarme y ver si encontraba algo. Introdujo la mano en la cisterna, le faltaba la cadena metálica que suelen tener para poder hacer su función, expulsar agua al inodoro...

—¿Ves algo? —lo apremié, no aguantaría mucho más tiempo allí.

—¿Quieres hacerlo tú? ¡Mierda! —gritó dando un salto y regresando al suelo.

—¡¿Qué?! —preguntamos Grace y yo.

—¡Hay una jodida rata muerta ahí dentro! No pienso sacarla.

—¿Tú no eras el machito que no le temía a los bichos? —le recordé.

—Una cosa es una cosa y otra es otra.

—Aparta —dije empujándolo a un lado del diminuto baño—. Me subí, respiré hondo, cogí aquella cosa muerta y la tiré fuera casi dándole en la cabeza a Julius, a quien le faltó gritar y salir corriendo.

—¿En serio? —se mofó Grace.

Debajo del animal había una bolsa con algo, solo deseaba que no fuese droga porque entonces estaríamos como al principio. Se la pasé a Grace y salimos de allí casi atorándonos en la puerta por querer hacerlo todos a la vez.

Grace selló el lugar otra vez con un nuevo precinto para que nadie notase que habíamos entrado, y regresamos a la casa. Una vez en el despacho saqué de la bolsa una antigua y desgastada biblia. Pasé las páginas esperando encontrar algo, pero nada de nada, tan solo era un jodido libro para que ese maniático tranquilizase su conciencia.

—¿Nada? —preguntó Julius.

—¡Nada! —chillé y la arrojé contra la pared sin poder reprimir la impotencia que sentía, separándole la cubierta del resto de las páginas del

golpe.

—Espera —me avisó Grace recogiénola y colocándola de nuevo en la mesa—. Mira.

El forro estaba pegado con cinta adhesiva de doble cara, y dentro de él había un papel con los nombres de todas sus víctimas y los motivos por los que, según él, tenían que morir. Había más nombres de los que conocíamos. Aquello le daría muchos dolores de cabeza a Dupín, tendría que volver a abrir casos ya cerrados, o archivados, pero todo el mundo tiene derecho a que se le haga justicia, sea drogadicto, alcohólico, millonario o prostituta...

—¿Qué es esta última palabra de aquí? — señaló Julius.

—Pulse igual a cientos de fornicadores — leí en alto.

—¿Qué es Pulse? —preguntó Grace.

Intentamos buscar en internet, pero no encontramos nada en la ciudad que nos revelase las intenciones de Nakada. Necesitábamos la ayuda de nuestro informático particular de manera urgente, así que Grace salió a llamarlo por teléfono.

—¿En serio os estáis comiendo las *pizzas* de hace horas? —Alucinó cuando regresó y nos encontró zampando a dos carrillos.

—Yo estoy embarazada.

—Yo soy un gordo.

—No puedo con vosotros, de verdad que no —dijo sentándose a nuestro lado y cogiendo otro trozo. Julius y yo nos miramos y nos reímos. Era la primera vez que sonreía desde que Joseph murió, me sentí culpable por ello, pero en el fondo sabía que mi mente estaba empezando a estar mejor porque dentro de poco tendría la cabeza de su asesino.

QUINCE

RICH SE LLEVÓ un rato buscando algo que pudiese tener que ver con Nakada, mientras los demás lo mirábamos fijamente casi sin parpadear. Hasta que por fin separó la vista del monitor del ordenador y nos sonrió.

—¡Hecho!

—¿En serio? —pregunté sin querer cantar victoria todavía.

—A diecisiete horas en coche de aquí hay una discoteca homosexual que se llama Pulse, es lo único que se me ocurre.

—¡Los va a matar a todos! —Se horrorizó Grace llevándose las manos a la cabeza—. Decía cientos de fornicadores, tiene que ser ahí. Está obsesionado con los homosexuales.

—No si podemos impedirlo.

—Hay que avisar a Dupín, Kate.

—Grace, no sabemos cuándo lo hará, ni si lo hará, ni si estamos en el camino correcto, tan solo es una conjetura que hemos sacado del interior de una biblia que estaba en una cisterna rota en su casa. No podemos alertar a una ciudad entera por una suposición.

—Estoy de acuerdo con ella —dijo Julius.

—Y yo —agregó Rich.

—¿Y qué proponéis que hagamos? ¿Ir, infiltrarnos y esperar a que aparezca? —ironizó Grace sin saber que ese era exactamente el plan que íbamos a llevar a cabo.

Si aguantar a Julius bajo el mismo techo en un gran caserón era un infierno, hacerlo dentro de un coche ya era para cortarte las venas. Nos costó convencer a Grace, pero éramos mayoría y no tenía nada que hacer, así que supongo que pensó que mejor unirse a nosotros antes que arriesgarse a dejarnos actuar por nuestra cuenta.

Cerca de la discoteca había un motel donde las parejas que se hubiesen conocido allí aprovechaban y pasaban la noche. Utilizamos esa ubicación y

aguardamos a que fuese la hora de actuar. Grace cogió una habitación con Julius y yo compartí la mía con Rich.

—¿Te ocurre algo?

—Nada.

—Rich, ya has hecho bastante, no tienes por qué seguir, lo entenderé.

—No es eso, tengo la cabeza en otras cosas, pero sí quiero ayudarte en lo que pueda. Joseph también era mi amigo —dijo mientras le temblaba el labio inferior. Realmente era un niño en un mundo de locos, él no era policía de calle y en aquel último mes no había hecho otra cosa. No comprendía cómo seguía cuerdo después de los dos casos en los que le había tocado participar.

La teoría era disfrazarnos y pasar desapercibidos entre la multitud. Por lo visto esa noche era el especial de música latina y habría aún más gente de la habitual. Si yo fuese Nakada, sería cuando actuaría.

La discoteca comenzó a llenarse hasta que perdí la cuenta, pero por lo menos habría unas doscientas personas allí. El local estaba dividido en tres zonas, bueno, en cuatro si contabas un pequeño patio para fumadores. Encima de la barra había *strippers* y *drag queens* bailando, si he de ser sincera eran guapísimos tanto ellos como ellas, y eso que mi interés por el sexo era totalmente nulo, pero no podía negarse lo evidente. Me alucinaron las paredes, en un principio parecían totalmente blancas y luego iban cambiando de color según la luz LED que se proyectase en ellas. Sobre nosotros en una enorme lámpara imitando a un candelabro se encontraba el DJ animadísimo pinchando bachata, merengue y salsa. Nakada era latino y de seguro que, si algo odiaba más que a los homosexuales, era a estos pero con su misma nacionalidad. Cada vez estaba más segura de que sería allí dónde todo terminaría, para él y para mí.

Nos situamos en puntos estratégicos para poder tener controlado el acceso, si entraba por allí lo veríamos rápido. Estaba empezando a llevar regular eso de tener que ir al servicio cada veinte minutos, pero no me quedaba más remedio. Cuando entré casi me caí de culo. Los baños estaban contruidos con vidrio polarizado como el de la sala de interrogatorios, por lo que desde dentro se podía ver todo lo que sucedía fuera. Era muy desagradable mear mientras ves a todo el mundo a tu alrededor.

Con el bolso colgado al cuello, el cigarro en la boca para aprovechar el

tiempo, las manos apoyadas a ambos lados y las piernas semiflexionadas era casi físicamente imposible atinar dentro del boquete. Estaba sumergida en la cavilación de llegar a entender el por qué las mujeres iban de dos en dos al baño, cuando pasó justo por delante de mí. En vez de su ya conocido hábito llevaba una sudadera con capucha e intentaba cubrirse la cabeza, pero era él, estaba segura.

Según el plan, tenía que avisar a los demás y así poder capturarlo entre todos, cosa que no tenía pensado hacer. Esto era personal y se trataba de algo entre ese malnacido y yo. Me escondí la pistola bajo la camisa, me atusé la ridícula peluca verde que Grace me había obligado a usar, y corrí tras él antes de que se me perdiese. Estaba nervioso, doblaba la cabeza de un lado para otro lanzando miradas de asco a todos con los que se cruzaba. Parecía que sabía bien adónde se dirigía hasta que una pareja gay se paró justo delante de él y se dieron un beso de película, con lengua incluida, y creo que eso terminó de matarlo. Vi cómo sacaba el arma y se dirigía directo a ellos para dispararles, así que hice lo único que se me ocurrió para poder evitarlo. Me paré y lancé tres tiros al techo. El caos comenzó entonces, nadie sabía la procedencia de estos.

Algunas personas corrieron para intentar huir, mientras otras se tiraban en medio del suelo de la pista y suplicaban por sus vidas. Nakada, sorprendido, se giró y quedó justo delante de mí. Nuestros ojos se quedaron fijos, inmutables, ninguno de los dos quería retirar la vista ni hacer ningún movimiento. Hasta que de pronto él sonrió, esa misma sonrisa que me lanzó antes de terminar con la vida de Joseph, y fue cuando supe que tenía un as bajo la manga. Volví a disparar de nuevo para que las personas que todavía estaban allí se escabullesen como pudiesen. Grace, Julius y Rich estaban lo suficientemente cerca de mí como para poder verlos sin necesidad de mover los ojos.

—Tú otra vez...

—Yo otra vez —repetí intentando ganar tiempo para que hubiese el menor número de víctimas posibles.

—¿Sabes que no saldrás viva de aquí?

—¿Y tú sabes que te perseguiré hasta el infierno?

—¡Dios está conmigo, yo iré al cielo, maldita perra!

—¿Seguro? ¿Estás totalmente seguro de eso? —dije, acercándome poco a poco, milímetro a milímetro, lo suficiente como para que no se diese cuenta de lo que estaba haciendo.

La música seguía sonando, aunque ahora la cabina estaba desierta y las doscientas personas que ocupaban el lugar, hacia tan solo unos minutos, se habían evaporado asustadas por los tiros. Vi a Rich a mi derecha aproximarse y si yo lo percibí él también. Nakada se giró y sacó una granada de mano de las que usan en la guerra. Aquello no lo habíamos pensado... Todos creímos que utilizaría su pistola como las veces anteriores, pero estábamos equivocados. Si tiraba de esa anilla moriríamos en segundos.

—¡Detente o tendrán que recoger vuestros restos del techo! —amenazó el psicópata percatándose de la presencia de la otra parte del grupo y por consiguiente poniéndose más nervioso aún. Mi informático preferido se había venido arriba e intentaba acercarse a él.

—¡Rich, para! —le ordené.

—¿Rich? ¡Tú eres el cobarde que ayudó a mi Elizabeth! —le gritó.

—¡¡Cállate!! —chilló Rich.

—Rich, no le hagas caso, solo quiere distraerte —le advertí.

Nakada se giró otra vez para mirarme sin darse cuenta de que yo ya estaba encima de él. Agarré la granada en su mano y nos quedamos en esa posición hasta que habló:

—¿Pudiste encontrar todos los trozos del cornudo de tu marido?

La sangre comenzó a hervirme, le di un cabezazo a la vez que con los dientes le apretaba la nariz con todas mis ganas mientras él chillaba como los cochinos cuando se dirigen al matadero y son conscientes de su fin. Aproveché que soltó un poco la peligrosa que pelota por la que luchábamos y sin siquiera pensar en las consecuencias le di un manotazo y la lancé hacia donde estaba Grace. El Apóstol de la Muerte me propinó un puñetazo en el estómago dejándome sin respiración, derribándome en el suelo a pocos metros. Sacó su pistola y me apuntó con ella. Justo cuando iba a ejecutarme, Rich se colocó de pie frente a él deteniendo la bala con la pistola pegada a su cuerpo. Julius usó ese instante para empujar y derribar a Nakada, sentarse sobre él y ponerse a darle puñetazos uno tras otro hasta que Grace lo detuvo o creo que lo hubiese matado con sus propias manos.

No podía moverme, el dolor recorría mi cuerpo entero y noté cómo un líquido caliente descendía por mis pantalones manchándome de sangre. Me arrastré como pude hasta Rich que permanecía boca abajo inmóvil y lo giré tirándole del brazo hasta colocarlo en mi regazo. El muy imbécil había parado el proyectil con su estómago, puse la mano taponándole la herida, la sangre le salía como si un grifo se hubiese abierto en su interior. Le mecí con delicadeza y con la mano que me quedaba libre le acaricié el flequillo. «¿Qué has hecho?», pensé mientras podía sentir cómo se le iba la vida a cada segundo que pasaba.

—¡Rich, Rich, todo saldrá bien, te lo prometo! ¡Rich, Rich, no te vayas por favor! —le grité mientras lo acunaba como si de mi propio bebé se tratase. Rich abrió los ojos, extendió la mano y me dio un USB ensangrentado.

—Lo siento mucho.

—¡Nooooo! —chillé desgarrándome la garganta por tercera vez en mi vida.

DIECISÉIS

NAKADA FUE DETENIDO y acusado de todos los asesinatos de los nombres que había en la biblia, más los de Joseph y Rich. Dentro del USB que me dio Rich estaban las pruebas que demostraban que Walker, Midgley, Volta, Pasteur y Haber estaban asociados. Ahora comprendimos la nota que Elizabeth nos dejó:

«La casa que vendió su peso no aguantó».

John Walker había estado vendiendo casas con amianto azul del más peligroso que existe.

«Los pájaros dejaron de cantar después de respirar».

Fritz estaba usando el mismo veneno con el que lo mataron para fumigar las casas de John sin tener en cuenta las medidas ni los tiempos necesarios, y llevaban la muerte de una niña ya a sus espaldas.

«La luz nunca llegó a brillar».

Se suponía que Volta instalaba los paneles solares, pero estos funcionaban tan solo el tiempo de la garantía y luego los propietarios tenían que llamarlo para que le solucionase el problema.

«La basura que se hundió reflotó».

Thomas utilizaba los cimientos de las casas que Walker construía para deshacerse de productos tóxicos, envenenando así los huertos cercanos y enfermando a los que los consumían. «El sanador lo enfermó».

Pasteur se encargaba de firmar como que todo estaba en perfecto estado tanto para el medio ambiente como para la sanidad pública.

Y por último:

«El amigo de teclas le falló».

Charles había sido el informático de todos ellos y descubrió lo que estaban haciendo, pero antes de que pudiese reunir las pruebas suficientes para denunciarlos lo mataron y lo enterraron en la propiedad de Walker. No sin antes encontrar a otro que hiciese el trabajo de Charles, pero en esta

ocasión pagando por su silencio. Elizabeth descubrió a Rich y lo chantajeó con contarle todo si no la ayudaba. Toparse con Nakada fue cosa del destino, Elizabeth no era mala, la hicieron volverse mala, ella iba a los albergues a ayudar dándole de comer a los indigentes, mientras que Pepe lo hacía para escoger a su próxima víctima. Una noche la siguió hasta su casa, el demonio tenía corazón y se había enamorado de Elizabeth, pero cuando esperó fuera y la vio salir como otra persona distinta su mente enfermiza conjeturó que estaba poseída y que tenía que sanarla, nos reveló Nakada en el interrogatorio. Y el resto de la historia ya la sabéis.

—¿Tiene algo más que testificar? ¿Por qué cree que usaba los maniqués?

— Los de asuntos internos nos interrogaron durante horas a los tres por separado para ver si nuestras versiones coincidían y no nos soltaron hasta que no estuvo todo en orden.

—Creo que tan solo era una mujer desesperada con más información de la necesaria que quiso llamar mi atención— concluí.

Me escabullí hasta las celdas con la intención de terminar lo que había empezado, pero cuando llegué Nakada estaba llorando sentado en un rincón con la cabeza apoyada en las piernas.

—¡Tú tienes la culpa! El Señor me ha abandonado por no concluir su mandato —gimoteó.

—¿Ya no te habla?

—Sí.

—¿Y qué es lo que te dice ahora tu Dios?

—Que me mate —respondió poniéndose en pie y dándose un cabezazo contra los barrotes haciéndose una herida en la frente.

Saqué la pistola y la apreté contra su cabeza—. ¡Mátame! ¡Me lo debes!

—No soy Dios, y tú tampoco...

Guardé el arma, avisé a los de la guardia para que lo vigilaran y me marché.

La tranquilidad de oír las olas golpear contra el casco del barco, el olor a sal del océano, el murmullo de las gaviotas indicando el puerto, adoraba esa sensación.

—Sí quería matarlo, por supuesto que sí, pero, entonces, ¿qué me haría

distinta a él? Merecía lo que le sucediese en la cárcel y vivir el resto de sus días pensando que ese ser que le hablaba le había abandonado. Si hubiese disparado la única que habría sufrido las consecuencias hubieras sido tú, mi pequeño tesoro —dije en alto mirándome la barriga como si ella pudiese entenderme, yo sabía que podía.

Leí por última vez el recorte de diario que me había conducido hasta aquel barco, hasta aquel lugar, hasta nuestro nuevo hogar, lejos de la ciudad, del ruido y de la locura que todo ello conllevaba, pero, por desgracia, malos había en todas partes y quién mejor que yo para detenerlos...

«Chica desaparecida. La policía no tiene ninguna pista. Los familiares están pensando en recurrir a detectives privados para encontrar respuestas».

Glosario de nombres

Kate Warne

En el 1855, entró a las oficinas de quien era el primer detective en la historia estadounidense, Allan Pinkerton, para pedirle trabajo como investigadora. Entre sus argumentos estaba el que, como mujer, podría infiltrarse en ambientes donde los hombres no podían entrar y hacerse amiga de las esposas de los sospechosos para conseguir información. Al día siguiente de esa entrevista, Warne se convirtió en la primera mujer detective en la historia de Estados Unidos. Warne, viuda a los veinticinco años y nacida en Nueva York, fue tan exitosa en su trabajo que no tardó en convertirse en la mano derecha de Pinkerton. Él comenzó a contratar a más mujeres investigadoras y Warne terminó supervisando un departamento de detectives donde todas eran mujeres.

Joseph Bell

La gente dice que Joseph Bell fue el que había inspirado a sir Arthur Conan Doyle para escribir sobre Sherlock Holmes. Fue cirujano personal de la reina Victoria y también enseñó en la escuela de medicina de la Universidad de Edimburgo. Inspiró el inicio de algunas de las técnicas forenses que son famosas en el campo de la ciencia forense en la actualidad.

Clea Koff

Con solo veintitrés años fue seleccionada para unirse a un equipo de quince expertos forenses para ir a Ruanda con el fin de investigar la evidencia física de los crímenes de guerra. También es la fundadora de «El Centro de Recursos de identificación para Personas Desaparecidas», que ayuda a las familias a encontrar a las personas desaparecidas en los Estados Unidos. También ha escrito un libro sobre su experiencia en Ruanda, *El lenguaje de los huesos. Una antropóloga forense busca la verdad en las fosas comunes de Ruanda, Bosnia, Croacia y Kosovo*.

Cressida Dick

A los cincuenta y seis años fue nombrada como la primera jefa de policía en los ciento ochenta y siete años de vida de Scotland Yard. «Hoy es un día histórico en Londres», proclamó el alcalde Sadiq Khan, en el momento de dar la bienvenida a la primera mujer en asumir el mando de la mayor fuerza policial de Europa, con cuarenta y tres mil agentes y un presupuesto de tres mil seiscientos millones de euros. Cressida Dick llegó a ser responsable de la unidad contraterrorista de la policía londinense, pero sus relaciones tensas con el entonces jefe de policía, Bernard Hogan-Howe, propiciaron su salida a un puesto de menor relevancia en el Foreign Office. Hogan-Howe abandonó el cargo cinco años después.

Rich Skrenta

Hace treinta y un años, Rich Skrenta, un joven de quince años de Pittsburg, inició un camino que hasta hoy se presenta como uno de los peligros más comunes para los usuarios de ordenadores al crear a Elk Cloner, un virus que se propagaba vía disquete en el sistema operativo utilizado en los Apple II. Su método consistía en copiarse de un dispositivo a otro, y tenía como objetivo molestar a los usuarios, enviando un poema cada cincuenta reinicios del aparato.

C. Auguste Dupín

Es un detective de ficción creado por Edgar Allan Poe. Dupín hizo su primera aparición en *Los crímenes de la calle Morgue*, en 1841, considerado el primer relato policial. Vuelve a aparecer en *El misterio de Marie Rogér* en 1842 y en *La carta robada*, de 1844. Sirvió de modelo al resto de los personajes del género. Grace Humiston. También conocida durante un periodo de tiempo como “la señora Sherlock Holmes”, fue una mujer que consiguió humillar a la policía neoyorquina tras encontrar a la niña desaparecida Ruth Cruger de 18 años, en 1917, junto a su compañero el detective Julios J. Kron, cuando todo el Departamento de Policía de Nueva York iba a cerrar el caso. De esta impactante y sorprendente historia real se escribió la obra “Mrs Sherlock Holmes”, en la que se narra cómo la abogada, detective y primera mujer fiscal se convirtió en una de las mayores combatientes del crimen en una época en las que las mujeres ni si quiera tenían derecho al voto.

Elizabeth Jane Cochran

Más conocida por su seudónimo Nellie Bly, fue una periodista estadounidense que se hizo famosa por su viaje récord alrededor del mundo en setenta y dos días cuando intentaba emular a Phileas Fogg, el personaje de ficción de Julio Verne y por un reportaje en el que trabajó encubierta para informar de la situación de las enfermas de un manicomio desde dentro. Fue pionera en su campo y creó un nuevo tipo de periodismo de investigación. Se convirtió en una de las primeras mujeres corresponsales de guerra. Nellie Bly es, por tanto, una figura destacada en diferentes ámbitos: Pionera del periodismo de investigación, magnífica escritora, aventurera y un referente

feminista que logró vivir de su pasión y llevarla a cabo libremente en una época en la que el papel de la mujer a menudo se limitaba al de esposa y madre.

John Walker

Fue un químico y farmacéutico inglés nacido en Stockton-on-Tees. Inventó en 1826 accidentalmente la cerilla de fricción mezclando clorato de potasio (KClO_4) y sulfuro de antimonio (Sb_2S_3). En 1827 empezó a comercializar su descubrimiento en su farmacia de Stockton bajo el nombre de “luces de fricción”.

Tomas Midgley

Fue un ingeniero mecánico y químico estadounidense. Desarrolló el tetraetilo de plomo que durante décadas fue un aditivo para la gasolina y que terminó afectando a muchos habitantes del planeta por el plomo. El tetraetilo de plomo terminó prohibiéndose en 1996. Años más tarde inventó los clorofluorocarbonos (CFC).

Alessandro Volta

Fue un químico y físico italiano, famoso principalmente por haber desarrollado la pila eléctrica en 1800. La unidad de fuerza electromotriz del Sistema Internacional de Unidades ha llevado el nombre de voltio en su honor desde 1881.

Charles Cochrane

Hermano de Elizabeth Cochrane, murió en acto de servicio en la guerra.

Louis Pasteur

Fue un químico y bacteriólogo francés, cuyos descubrimientos tuvieron enorme importancia en diversos campos de las ciencias naturales, sobre todo

en la química y microbiología. A él se debe la técnica conocida como pasteurización. A través de experimentos refutó definitivamente la teoría de la generación espontánea y desarrolló la teoría germinal de las enfermedades infecciosas. Por sus trabajos es considerado el pionero de la microbiología moderna, iniciando la llamada «Edad de Oro de la Microbiología».

Fritz Haber

Fue un químico alemán, galardonado con el Premio Nobel de Química de 1918 por desarrollar la síntesis del amoníaco, importante para fertilizantes y química. Haber, junto con Max Born, propuso el ciclo de Born-Haber como un método para evaluar la energía reticular de un sólido iónico. También ha sido descrito como el «padre de la guerra química» por su trabajo sobre el desarrollo y despliegue del gas dicloro (antiguamente cloro) y otros gases venenosos durante la Primera Guerra Mundial .

Julius Kron

Nació en Hungría y emigró a los Estados Unidos alrededor de 1905. Encontró empleo como detective para diferentes agencias en el área de Nueva York. En 1915, fue a trabajar para la abogada Grace Humiston y fue fundamental para ayudarla a resolver los crímenes de los acusados por error. Su caso más famoso fue el del asesinato de Ruth Cruger, quien desapareció en febrero de 1917 en la ciudad de Nueva York. Recuperaron su cuerpo en una tumba subterránea.

María Verónica T.P.

Víctima de Pedro Pablo Nakada. Esta vez el asesino no se justificó, y dijo que María Verónica era la única de sus víctimas que no merecía morir, que la mató sin ver que era una menor, en una ocasión en que fue a matar “fumones” a Santa Rosa y, al ver que venía una persona, le disparó dos veces, aunque se sintió terrible cuando se acercó y comprobó que se trataba de una adolescente. Aunque fuere así, Pedro dijo que quería robar la bicicleta, pero no la robó porque tenía una llanta averiada.

Teresa C.A.

Víctima de Pedro Pablo Nakada, muerta por traumatismo encéfalo craneano perforante, ocasionado por un proyectil de arma de fuego. La asesinó porque era drogadicta y prostituta.

Lorraine Page

Antes de ejercer como prostituta, era una agente de Policía de los Ángeles, pero cayó presa de la drogadicción y para mantener su adicción, tuvo que prostituirse en las calles de su ciudad. Se hizo famosa gracias a una hazaña policíaca que realizó, para capturar a un asesino en serie que masacraba a prostitutas.

Pedro Pablo Nakada

Se estableció en Huaral, donde causó el pánico de los ciudadanos al acabar, según confesó el mismo, con unas 25 personas, todo para “limpiar el mundo de la escoria” y, de ese modo, obedecer a Dios, que según él le ordenaba matar. Padecía “esquizofrenia paranoide”, pero que era capaz de distinguir el bien del mal. Se declaró inimputable la sentencia de 35 años, y Pedro fue conducido al Pabellón de Psiquiatría del Penal de Lurigancho. Lógicamente, la sociedad peruana prefiere que Pedro se quede allí el mayor tiempo posible, ya que admitió públicamente que, de estar libre, seguiría cumpliendo su sanguinaria misión “purificadora”. Fue detenido justo antes de llevar a cabo una matanza con una granada en una discoteca.

Glosario de Lugares

Grand Circus Park

El distrito histórico de Grand Circus Park contiene el Grand Circus Park de cinco acres en el centro de Detroit, Michigan, que conecta el distrito de los teatros con su distrito financiero. Tiene un parque canino que siempre está lleno de personas jugando con sus mascotas.

Tom's Tavern

Este es un tesoro de Detroit. Tom abrió sus puertas en 1928, pero el camarero Ron desempeña ahora el propietario y conserje. Normalmente se abre a las 7:00 p.m, pero no esperéis ver el lugar lleno de coches. Habitualmente parece vacío, pero los lugareños saben que sólo tienes que tocar la puerta. Era uno de los mejores bares clandestinos de Detroit.

Iglesia presbiteriana

La iglesia Presbiteriana de la Avenida Woodward de Detroit fue construida en 1911, en pleno apogeo del llamado “revival gótico” estadounidense, diseñado por el arquitecto Sidney Badgley. Habiendo llegado a formar parte del Registro Nacional de Lugares Históricos en 1982, la iglesia quedó abandonada en la primavera de 2010, cuando la crisis financiera e hipotecaria de los Estados Unidos golpeó fuertemente a Detroit, forzando a muchos de sus habitantes a buscar oportunidades en otras ciudades cercanas, o fuera del estado de Michigan.

Discoteca Pulse

En la noche del 12 de junio de 2016 hubo un tiroteo en el que 50 personas murieron y 53 resultaron heridas en la discoteca gay de Orlando. A fecha de hoy quieren hacer un monumento en el sitio en el que se encontraba la sala de fiestas.

Me he permitido cambiar esa trágica noche, simular que no sucedió nada

y que detuvieron al asaltante, pero como por desgracia ya sabemos a veces la realidad supera a la ficción. La homofobia es un mal que sigue estando en el mundo, aunque la mayoría no quiera reconocerlo.

Agradecimientos

En esta ocasión mi mano derecha con la documentación ha sido Emma Torrents Lemonche, mil gracias por ayudarme a encontrar cosas tan rebuscadas. Haces lo imposible posible.

La portada es, como siempre, de mi gran Mónica Gallart, la que hace un trabajo inmejorable con cada nuevo reto que le planteo. ¡Eres la mejor!

El prólogo y la corrección vienen de la mano de Noelia Medina, que como ya es habitual en mí no tuvo elección. Mil gracias, loquita.

Las lectoras cero que me han acompañado, reñido y ayudado cuando estaba a punto de tirar la toalla han sido Patricia Duque Medina, Chus Domínguez Páez, Sonia Fernández, Puri Real Garry, Ana Tinoco, Ana Porras, Verónica Espino, Aroa R. Cantero, Ani Escobedo Morente, Emma Torrents Lemonche y Noelia Tejada Casero. Gracias por manteneros más firmes que yo y animarme a continuar.

Me gustaría mencionar a Manu Smith, del canal de YouTube «El rincón lector de Manu», por su ayuda desinteresada y su gran trabajo tanto conmigo como el resto de compañeros de letras independientes. Chapó por ti.

A mi Noni García que como siempre ha estado en los momentos malos apoyándome de forma incondicional. Gracias, sister.

A mi madre por no dejarme caer y aguantar mis cambios de humor.

A mi pequeño «gremlin» particular, porque sin ella no tendría motivos para pasar las noches en vela intentando superarme.

Y a vosotros, todos y cada uno de los que estáis leyendo estas líneas, porque hacéis que escribir tenga sentido y que continuar con esta loca lucha de letras merezca la pena cada día. Mil gracias.

Este libro ha sido particularmente difícil de escribir para mí por varios motivos: Primero porque superar o igualar las expectativas de *El último Susurro* no era moco de pavo, y segundo porque mi vida ha cambiado de forma radical a medida que iba escribiendo cada nuevo capítulo, pero finalmente, aunque tarde, aquí lo tenéis. Espero no defraudaros.

Biografía



Gema Tacón, nació en Cádiz, en 1981. Estudió en el Liceo Sagrado Corazón.

Es la autora de la saga juvenil ilustrada, iniciada en 2015, *La reina de las sombras*. *Escondida* representó su debut en el mundo literario. Le siguieron *Vencida* y *Condenada*. Además, ha realizado una incursión en el género de la comedia romántica con su obra *¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices? 1 y 2*.

La vida secreta de la última Wiccana salió en 2017, adentrándose en una novela de fantasía y acción basada en la religión Wicca.

El thriller *El Último Susurro*, que seguramente os apasionará, participó en el concurso Amazon 2017, siendo la novela con más comentarios positivos.

Continuó con el thriller paranormal, *El nido del Lobo*, que conseguirá que te quedes más de una noche sin pegar ojo, volviendo a ser la novela más comentada del concurso Amazon 2018.

Y por último esta gran esperada segunda entrega de la serie *Susurros*, *El Apóstol de la Muerte* en la que nos encontramos con un nuevo caso de la detective Kate Warne y que espero os fascine tanto como su predecesor.

